Martí.

CUBA

VOL. II.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

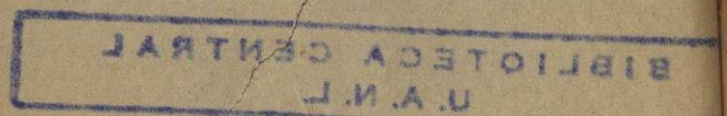
HABANA
GONZALO DE QUESADA
EDITOR
MCMI

La Propaganda Literaria. Habana.

8047

F1759
M3
v.2

F1759
M3
V.2



Fiel al propósito de conservar la obra literaria del Maestro, se publica este segundo volumen, igual al primero, á manera de guía para posteriores y perdurables ediciones, en medio aún de la dolorosa labor de constituir la patria.

Por el orden de las materias se ve como un artículo de fecha posterior hase rescatado del olvido después de un discurso pronunciado años antes, como las piedras preciosas que esmeriló el artista se van encontrando en su América—que él defendió y amó tanto—viniendo á formar este libro mosaico en que brillan siempre su fecundidad inagotable y variada, la pureza de su alma y el noble ideal inspirador de toda su existencia.

Esta época es de creación y de tanteos y de acomodamientos políticos; todavía las artes y las letras no encuentran el sosiego, el público, la voluntad que demandan. Cuando se lucha, cuando se duda, cuando se pierden, acaso, las esperanzas en medio de las tormentas de las pasiones y de los rayos de fuerza abrumadora, difícil es poner en guirnaldas, los nenúfares y los lirios, admirar el encaje sutil, apreciar la obra delicada del orfebre.

¡Y estamos en la brega con mucha tempestad y mucha angustia! Sólo el amor filial ha podido vencer las dificultades de reunir las hojas de este libro, donde hay aroma suave y tintes espirituales

que recuerdan la flor y la luz y también hay corceles que arremeten, aceros que pelean y fe que guía.

En esta prisa y ansiedad se nos ha escapado algún guijarro, algún descuido. Fermín Valdés Domínguez—¿y quien con más derecho que él, que fué su almohada y su consuelo en días luctuosos?—nos los hace notar en el artículo de Viniegra—español honrado que tributó al cubano amigo, su recuerdo, poniendo los reparos siguientes al párrafo tercero: "Martí fué preso por una carta que escribimos y firmamos, los dos, en Octubre del 68. Y con nosotros mi hermano Eusebio, Manuel Sellén y un francés, Atanasio Fortier; el único que logró la libertad fué este último por ser extranjero. A todos se nos juzgó en Consejo de Guerra, y Martí y yo fuimos condenados á seis años de presidio, pena que se nos conmutó: á él por la deportación á España y á mí por un año de encierro en un calabozo de la Cabaña, año que pasé en él. Y mi hermano y Sellén fueron deportados á España. Y no es cierto que Martí se fugara de España al concluir sus estudios."

Lo cierto,—y ha de proclamarse bien alto porque estas acciones levantadas no deben perderse,—es que Domínguez, al ser deportado, después de los sucesos del 27 de Noviembre, encontró al Maestro en España, pobre y enfermo, tan enfermo y tan pobre que no había podido examinarse de una sola asignatura y Domínguez le llevó á vivir con él, le cuidó como si fuese su propia sangre, le pagó la carrera de derecho, de administración y de letras, y lo acompañó hasta el Havre, de donde se dirijía á México á trabajar al lado de su familia; y con el último apretón de mano le dió el último puñado de plata que le quedaba!

Otra aclaración me manda haga aquél más que amigo, hermano: "*El Diablo Cojuelo* no fué el primer trabajo político de Martí. Martí publicó un periódico, *Patria Libre*, en que escribieron Rafael Mendive y el viejo Cristóbal Madan; solo se tiró un número; hay un artículo notable, y su drama "Abdala." Yo publiqué, después, *El Diablo Cojuelo*, se tiró también un solo número: el fondo es de Martí y algún suelto, lo otro es del Dr. Joaquín Núñez de Castro, Antonio Carrillo y O'Farril y mío."

El lector,—más agradecido de que salvemos la obra del Maestro que de censurarnos por estas faltas naturales—nos ha de perdonar.

Y ya que hablamos de agradecimiento—siempre grato de mostrar cuando es merecido—vaya el nuestro más sincero á quien ha hecho posible reunir estas páginas, al Dr. Vidal Morales, hombre que guarda, cosa rara en esta tierra en que nadie piensa en el mañana, y que tiene una cualidad más rara aún, la de no guardar, como un avaro, para que se coman las polillas, lo que su cariñosa admiración atesora, sino que dá lo que guarda y ayuda al que trabaja.

En el trabajo, amable por cierto, de poner estas hojas bajo la cubierta azul, no debo dejar de recordar las manos bondadosas que me han ayudado: las del Dr. Gonzálo Aróstegui, José D. Poyo, Néstor L. Carbonell, José María Izaguirre, Julio Ponce, Rafael de C. Palomino, Carlos M. Trelles y B. Costales Sotolongo. ¡Ojalá que muchas más se apresten á buscar en la mina inagotable que legó

aquél gigantesco cerebro, á fin de sacar á relucir tanto fino é inmortal!

La patria, Méxicc, Centro-América, la Argentina, el Uruguay, los Estados Unidos, esconden en sus periódicos y revistas una biblioteca entera. Solo es menester la dedicación y la ternura para agruparla. ¿Y quién que sea cubano y rinda culto á lo mas grande que ha producido su tierra, no aportará esa dedicación y esa ternura para que se perpetuen, á través de los tiempos ingratos, y de los acontecimientos fatales, las manifestaciones excelsas de aquél que lo dió todo: mente, corazón, alma y vida para que tuviéramos la patria buena y grande?

¡Quizás cuando ella no exista resplandezca aún en el genio que cantó sus glorias, que despertó sus hijos al combate, que luchó por su honor y por su libertad y que murió por ella: Martí!

GONZALO DE QUESADA.

19 de Mayo de 1901.

JOSÉ MARTÍ

POR

MANUEL DE LA CRUZ (1)

(1) Publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 26 de Septiembre de 1895.

DESDE NUEVA YORK

I

El cuarto, frío y silencioso, sobrecoge el ánimo. No es un nido vacío, mejor recuerda una tribuna rota, un taller que se transforma en sepulcro, en relicario de memorias dolorosas. De allí, como alondras, echaron á volar estrofas que eran raudales de poesía; allí nacieron las arengas que habrían de resonar, entre nubes irisadas de imágenes esplendentes de color y de luces, ó entre obscuridades de metáforas incompletas como bocetos de Rembrandt, á manera de trompa épica, removiendo la conciencia popular y adobando la fibra, á su sugestión nerviosa y candente, para las reivindicaciones trágicas. Allí el tribuno meditó sus oraciones, cinceló sus cantos el bardo, forjó sus frases, sus períodos mórbidos y pintorescos el escritor infatigable, obsedido por sus preocupaciones de artista, y dejó huella profunda el obrero perseverante y luminoso de los más grandes y más nobles ideales.

Raro es el libro que no muestra, como estela de luz, el vestigio de sus meditaciones, la acotación que le iba sugiriendo la lectura rápida, en el tráfago de una vida que fué en gran parte un torbellino, dedicación profunda á actividades diversas, vida de melancólico abnegado. Ya es Emerson,

á quien, como á Carlyle, amaba acaso por la forma extraña y el fondo místico de sus concepciones; ya es Poe, á quien debía admirar, á título de imaginativo vigoroso y audaz, por su maravillosa imaginación, por sus osadías de crítico, por la genialidad de su temperamento artístico; ya es, en fin, el libro del compatriota, que le reproduce, como en suave melopea, oída sólo con el corazón, ecos y rumores de la tierra natal, lejana y martirizada, y que le arranca notas marginales que son ayes del alma, gritos de cólera ó alaridos precursores de próximas luchas. Y aquí y allí, en el blanco del diario, en una cuartilla, la sentencia ó el bosquejo de un artículo, escrito por mano rauda, en caracteres ininteligibles. La mayoría de sus libros eran libros de América, Oyuela, Obligado, Mitre, López, Vicuña Mackenna, Calcaño, Montalvo, Palma, Peza, Prieto... Eran sus favoritos, los más leídos, los que saturaban de americanismo latino su alma americana, que había bebido á raudales, viajando ó leyendo amorosamente, efluvios de la naturaleza y auras del espíritu de esas sociedades, en cada una de las cuales, por juro de simpatía, hubiera podido tomar carta de naturaleza. En la Argentina como en Méjico, en Chile como en Guatemala, hubiera sido reputado como un representativo, porque todo lo que en América, como sociedad nueva, democrática y republicana, es negación del espíritu europeo histórico y clásico, todo eso tenía una cualidad en su ser, todo eso, en formas diversas, se encarnaba en su personalidad, tan llena de alientos y de anhelos. Así se concibe que el alma americana vistiera de duelo por su muerte, que su trágico fin arrancara

tantas lágrimas, que todos vieran en la víctima ilustre, un hombre símbolo que desaparecía.

Cuando se siente el frío del aposento, solitario y mudo, y se mira la mesa de trabajo, polvorosa y recargada de diarios, folletos y libros, y se tornan los ojos al campo humeante y ensangrentado en que rodara acribillado á balazos, el contraste entre su vida de apóstol casi romántico, artista y refinado y su fin de mártir, impone á la fantasía la apoteosis de la leyenda. Y aun esa leyenda que va rodeando su figura como un nimbo de destellos de oro, es leyenda americana, es decir, realidad que empieza con todos los deslumbramientos de una fantasía poderosa que tiende sus alas de cóndor y se baña regocijada en luz de sol y acaba por cruento sacrificio, desplomándose del corcel de guerra arrebatado por el fragor del combate, poeta que acaba como soldado, tribuno que expira como héroe Eso es América. Murió como había soñado morir, como había profetizado que moriría. Y murió como actor prominente en la que puede ser postrimera tragedia de redención americana, último duelo á muerte entre la sociedad nueva y la metrópoli europea, monárquica, hierática, prefiriendo siempre las catástrofes de la epopeya á las magnánimas concesiones del derecho, del humanitarismo y de la civilización. Y así considerado, si para sus compatriotas es un héroe mártir, para toda la América que creó la tradición gloriosa de la independencia, que llenó su alma de nobles ambiciones con el ejemplo de sus próceres, Martí es también un mártir que ya tiene un nicho en el panteón de esa ágape de glorias americanas, más grandes y más amadas mientras ma-

yor fué su tenacidad y su consagración á la causa de la patria que crearan con el filo de la espada ó con las concepciones de sus almas privilegiadas.

Martí pudo recorrer tan vasto y complicado ciclo por su vehemencia y su perseverancia.

Hijo de valenciano, ó derribaba el obstáculo ó perecía junto á él. No hay rasgo de su vida en que no surja en todo su relieve su voluntad de hierro. Hecho el propósito, no sometía á cálculo el esfuerzo: ¡á vencer! este era su grito heróico. El visionario que sus enemigos representaban como inofensivo fabricante de figuras retóricas en perpetuo, incurable desvarío, desató guerra formidable sobre la colonia que parecía sorda á sus cantos de sirena. Su vehemencia era el alma de su oratoria. Por esto se concibe fácilmente cómo pudo ser orador popular, popularísimo, hasta despertar la idolatría, siendo de suyo orador de estilo elevado, esencial y profundamente literario, quintaesenciado y frecuentemente obscuro. Su vehemencia vibraba hasta en el timbre de su voz; según los que le oían habitualmente, pocos oradores han dado á su palabra el tono, el calor y la fuerza que imprimía Martí á sus discursos. Era improvisador, y su imaginación nunca le fué infiel, aun cuando escalaba la tribuna sin más preparación que la fatiga abrumadora de la cotidiana faena, toda de pura labor mental. Y fuera de la tribuna, en el diálogo, en la conversación íntima, la magia de su palabra era más atrayente y profunda, más sugestiva y poderosa la fuerza de su vehemencia. Así se explica y concibe que llevara á cumplido término la obra á que consagrara todos sus esfuerzos, haciendo del afiliado un sectario, un fanático político, un creyente en quien la potencia de la fe determinara la acción eficaz que ni vacila ante el sacrificio ni se amedrenta ante el holocausto.

La oratoria, con sus recursos habituales, no realiza estos milagros. Para ello es preciso que entre como primordial elemento una sinceridad profunda, y la sinceridad ha de ser fruto de un corazón sano. Un hombre bueno, sencillo, ingenuo, es de suyo un caudal ignoto de elocuencia: si á aquellas cualidades se alían la energía del carácter y la soberanía de la inteligencia, consagradas al servicio de una causa que está en estado latente en cada conciencia como aspiración más ó menos vaga, como ideal, más ó menos definido, de bienestar colectivo, entonces esa elocuencia revestirá los prestigios del apostolado, reviviendo en nuestros días de zozobras y de crisis mentales períodos semejantes á los del profetismo israelita. De aquí que el orador llegue á ser el verbo de su auditorio: que éste sea—sociedad, pueblo ó nación—una gran alma que tiene una sola voz para expresar sus emociones; que esa voz sea un hombre, una encarnación, y que la apología del representativo sea como la síntesis del elogio á que son acreedores los representados.

Los que mantienen vivo el culto á los grandes idealismos, se descubrieron con respeto y derramaron lágrimas de dolor ante el cadáver del hombre que en las postrimerías del siglo había ido á los campos de su patria á ofrendar su vida por ideales históricos.

Pero con él fueron al sacrificio, al ara trágica, millares de hombres que comulgaron con su palabra, vibrante de emoción y de poesía, que como

él amaron la libertad y tenían el impulso heroico del desprecio de la hacienda y de la vida. Su elogio, por lo mismo, será el elogio de su pueblo, del que ha venido á ser, en días de sangre y de revuelta, alto y luminosísimo exponente.

II

Acabada la cruenta guerra de los diez años (1879), volvían los emigrados al seno de la patria, desgarrado el corazón por el desastre de aquel esfuerzo titánico, muchos sin fe, sin esperanzas, todos resignados y prestos á reanudar con la misma porfía de la guerra la labor interrumpida. Se recogieron los escombros y con ellos empezaron á levantarse sobre las ruinas las nuevas fábricas. Parecía iniciarse una nueva era. En aquellos días renacieron los liceos y las academias. Muchos de los que en ellas habían alzado la voz en torneos literarios, en debates especulativos de estética y filosofía, habían sucumbido en el trágico decenio, unos combatiendo, otros, menos afortunados, en la plataforma del patíbulo. La primera solemnidad literaria con que se inauguró aquel período de renacimiento fué—¡triste augurio!—una velada fúnebre. Un poeta mediocre, Alfredo Torroella, después de un martirio análogo al que soportara el ilustre Heine, acababa de morir en su mismo pueblo natal, tras largos años de expatriación. Poco antes de expirar, brotó de su lira la más melodiosa y sentida de todas sus poesías. La obra maestra fué su último gemido de enfermo y el más triste y conmevedor de los epitafios. Los que acababan de restituirse á sus hogares se congregaron para tributar un homenaje de afecto á aquel pobre emigrado que vivió gimiendo en tierra extraña, mordido por el dolor físico y agostado por las torturas de la nostalgia. La triste vida del poeta, la imagen de sus huérfanos, que quedaban sin pan y sin abrigo, la tristeza de las almas allí congregadas, cual más, cual menos, llena de recuerdos amargos, de heridas no cicatrizadas aún, daban á la solemnidad aspecto de un funeral. Las plumas, las flores, los rizos, el perfume, el color de la juventud, no desvanecían la sombra de melancolía que flotaba en el aire y saturaba las almas.

Hizo la apología del poeta difunto un orador casi desconocido, pues el único discurso que hasta entonces había pronunciado, había circulado poco, era pecaminoso, y no presumía de oración de vuelo. Era un brindis en un banquete político, altisonante y con cadencias de estrofas, en que ofrecía alzar su copa si la evolución se encaminaba á lograr toda la soberanía compatible con la más alta dignidad del ser humano, y quebrarla y desertar del festín si no se levantaba el pecho varonil y fuerte para afrontar con brío todas las adversidades del destino. Este brindis le hizo sospechoso, pero no popular. La oración fúnebre de Torroella fué el estreno de la oratoria de Martí. Aun creo verle, aun resuena en mis oídos su acento, con tono gemebundo y dicción clara y esmerada, propia del que habla para grabar la palabra en la mente y en el corazón. Breve, sobria, doliente, la elegía, serena y cadenciosa, fluía tranquila y fácil como el llanto. De vez en cuando un arranque tribunicio ponía alas al período y revoloteaba alto, como águila que parece que va á posarse en el sol. Allí estaba,

completo aunque no en la plenitud de su desarrollo, el orador de la propaganda revolucionaria, el artista que supo conquistarse tan grande y legítima reputación en el mundo neolatino. Su auditorio lo oía con regocijo, con religioso recogimiento. Al pronunciar la frase final fué aclamado. Tuvo aplausos y recogió flores que habían perfumado senos y cabelleras. Estaba anonadado por la emoción y el triunfo. Vuelve ahora á aparecer á mis ojos, la frente amplia y luminosa, encendidas las mejillas, arrasados los ojos, vivos y profundos. Allí nació su popularidad, al lado del cadáver de un poeta que gimió en el destierro por su amor al ideal de la independencia patria. Aquella misma noche, en la misma tribuna, para pagar un tributo de amorosa gratitud al poeta difunto, recitó unos versos Juan Gualberto Gomez, el escritor que más tarde ganaría lauros y fama con su pluma de periodista. El mulato, que iba á verter una lágrima en el sepulcro del hombre que había mirado con piedad y ternura á los hombres de su raza, hacía también su estreno aquella noche ..... Pasaron los años, José Martí vino á establecerse á esta ciudad de Nueva York, Juan Gualberto Gomez fué á Madrid á secundar en la prensa y la tribuna la campaña abolicionista iniciada por el infatigable publicista Rafael María de Labra. Regresó Gomez á la Habana, y en 1894 era en la isla el agente más activo, más hábil, más osado y perseverante de José Martí, delegado del partido revolucionario cubano. Hoy el cuerpo destrozado de José Martí yace en un sepulcro del cementerio de Santiago de Cuba y Juan Gualberto Gomez, su amigo, su aliado, yace en una mazmorra del presidio de Ceuta, víctima de una sentencia inicua. Ambos afrontaron el sacrificio por la misma causa. La noche de recuerdo luctuoso en que uno y otro hicieron su aparición en la tribuna, fué como el desposorio de sus conciencias. Desde entonces los unió la más cordial y sincera amistad, y la ola tumultuosa de la revolución, trágica y ciega en sus furores, separó sus destinos fundiendo sus almas; Gomez vió siempre en Martí el apóstol, el guía, el jefe, lo amó entrañablemente y fué de los pocos que, desde el primer instante, tuvo fe en su probidad de hombre público, en sus concepciones de agitador, en su sinceridad y en su entereza de revolucionario.

Lejos de Cuba, su ascendiente en su patria era secundario y debil. La influencia social estaba vinculada en los oradores del partido autonomista en relación constante con el pueblo, sobre cuya conciencia actuaban constante y eficazmente. Los discursos del orador emigrado apenas llegaban á los oídos de sus compatriotas: las hojas que los llevaban á la isla, eran secuestradas por la policía. Martí, demócrata por convicción y por abolengo, enderezó su elocuencia al pueblo cubano emigrado en los Estados Unidos, que ascendía á más de 25,000 individuos, obreros y productores en su mayoría. Les dió por programa su ideal, la redención de la patria, los organizó y disciplinó, y esperó el momento en que la evolución política, como él habia previsto, culminara en un fracaso. Llegado este momento histórico, despareció como por ensalmo, el prestigio y la popularidad de los autonomistas, y al conjuro del "metaforista delirante," del "histérico pictórico," del "desequilibrado" y del "cerebral," como piadosamente le llamaban sus

adversarios y enemigos, cayó un partido y surgió una revolución formidable y popularísima. Habló al corazón del pueblo, le dió cita para el porvenir, cita trágica, y el pueblo, que es artista por intuición, leal y noble, acudió al llamamiento. ¿Por afán de ganar aplausos y homenajes? No; por impulsos invencibles de su sinceridad. Martí compartía en pobre mesa el pan del obrero; del anarquista empedernido, con su lógica y su persuasión seductora, hizo un revolucionario práctico y humano; del holgazán hizo un ciudadano útil y laborioso; del enemigo, un aliado consecuente; del indiferente, un patriota exaltado hasta el fanatismo. El que recorra las ciudades del Estado de Florida, donde plantó su tienda la mayoría de la emigración cubana, se dá cuenta á seguida de como el amor de aquella gente hizo de José Martí un ídolo. Cuando iba en peregrinación á aquellas tierras, iba de triunfo en triunfo, aclamado como un Mesías, oído como un profeta. Fué, en gran parte, el educador de su pueblo. Cuando circuló la noticia de su muerte, el primer impulso fué el del que rechaza una idea como una impostura sacrílega. Precedentes inolvidables y circunstancias accidentales y típicas dieron margen, primero, á que se pusiera en duda la veracidad de la noticia, después á que se creyera, no sin fundamento, que la noticia de su muerte era una patraña echada á volar por el gobierno de España para desconcertar y desorganizar al partido revolucionario. Se creyó en su resurrección, y ésta se festejó con manifestaciones inauditas de alborozo. Cuando se tuvo el convencimiento de que no era una fábula el drama de Dos Ríos, la exaltación patriótica llegó á su

colmo: entonces creció y fué más unánime el sacrificio de sus idólatras para mantener la guerra que él había encendido y predicado, y en la que había sucumbido en la apoteosis del martirio.

III

Era Martí un espíritu melancólico, un alma triste El discurso con que inauguró su ciclo revolucionario, pronunciado en Tampa, es un ejemplo acabado de la tristeza latente en su naturaleza. Y la expresión más constante y varonil de aquel estado de su ánimo, era el presentimiento, casi el deseo, de sucumbir en Cuba peleando por la libertad, al pie de aquellas palmeras que Heredia echaba de menos en las márgenes del Niágara, y que él pintaba airosas, esculturales y susurrantes, en sus arengas patrióticas.

Raro es aquel de sus discursos en que no surja aquel presentimiento; puede decirse que desde el primer instante, firmó el pacto de morir combatiendo por el ideal que predicaba. En la carta-manifiesto en que invitaba, en el período de la conspiración, al general Máximo Gómez á que aceptase la dirección suprema del ramo de la guerra, no le invitaba á recoger laureles y á terminar gloriosamente la obra interrumpida en 1878, no; lo invitaba á que abandonase su hogar, y fuese á Cuba, desnuda la espada, á morir peleando por la independencia. La carta ya famosa, en que daba el último adiós á un escritor dominicano, escrita la víspera de salir para Cuba, que es un modelo de ternura, de elevación moral, y que conmueve y

trae sollozos al pecho más frío, presagia su próximo fin.

Ya se había desposado con la novia pálida y yerta, con la última musa de los que han amado y sufrido los dolores más profundos y silenciosos.

Máximo Gómez trató de impedir á toda costa que Martí le acompañara á la isla. Toda la energía, todo el imperio, toda la natural elocuencia del caudillo respetado por sus años, la fuerza de su carácter y el prestigio de su gloria, nada pudo contra el firmísimo propósito de Martí.

¿Cómo podía regresar al extranjero, por trascendental que fuese su gestión como delegado diplomático, si viviría atormentado de continuo por el remordimiento de no estar al lado de aquellos que, á su llamamiento, habían acudido á derramar su sangre por la causa de la independencia?

Y con este argumento, logró desarmar y convencer al caudillo que lo amaba como á un hijo predilecto.

Afrontando riesgos, la vigilancia del crucero y la cólera del mar embravecido, llegó á Cuba. La primera fuerza rebelde á que se incorpora, por orden del general Gómez, aclamó á Martí mayor general. Al lado del Generalísimo iba de campamento en campamento, ébrio de felicidad, recibiendo ovaciones. A su paso concertaba voluntades y recogía sufragios para organizar el gobierno de la república.

Marchando de oriente hacia el centro, siempre al lado del general en jefe, se inclinaron hacia el sur, donde el Contramaestre vierte sus aguas en la corriente caudalosa del Cauto. Aquí apareció el enemigo, Gomez exploró el campo y creyó propi-

cia la ocasión para librar un combate de efecto. Su primera precaución fué ordenar á Martí que ocupase el lugar de menos peligro, y cumplido este deber, marchó á dirigir el combate. Cuando estaba más empeñado en éste, un ayudante le llevó la triste nueva de que Martí desobedeciendo sus órdenes, se había lanzado á la pelea y caído á los primeros disparos de la tropa española. Gómez, desconcertado, cargó entonces á la cabeza de sus jinetes para rescatar el cadáver de su ilustre amigo, pero la tropa había perdido la fuerza de la acometividad y el mismo general Gómez estuvo á punto de perder la vida, confesando que aquel arrebato lo puso en tan grave peligro cual no recuerda otro en su larga carrera de soldado de grandes audacias. Malogrado el esfuerzo, rodeado de gente bisoña en su mayoria, renunció al empeño y siguió su ruta para realizar su paso estratégico de oriente al centro. No murió Martí porque jinete inexperto, el brioso caballo que montaba lo llevase en frenética carrera hacia las filas españolas, sino porque se le presentó la ocasión, que perseguía con ahinco, de iniciarse en la vida de soldado. Cargó y tuvo la desgracia de caer herido de muerte en el ímpetu de la carga. Su cadáver rodó á los piés de sus enemigos. Identificado por el guía, fué sepultado, y luego desenterrado, embalsamado, conducido á Santiago de Cuba, donde tuvo lugar el sepelio definitivo, entre la general incredulidad, estimulada por todas estas insólitas circunstancias. Dos correos, expedidos por el general Máximo Gómez, dando cuenta del suceso á las emigraciones, fueron capturados por los españoles, y la prensa de la Habana, adicta al go-

bierno metropolítico, discutía la veracidad de la noticia, que era—decía—una verdad presentada con todos los caracteres de una fábula aparentemente urdida.

La convicción, adquirida á tan caro precio, tras tanta zozobra y tanta esperanza malograda, produjo tal exaltación en los ánimos, que el obrero duplicó su contribución voluntaria para la guerra y las madres tenían que vigilar á sus hijos adolescentes para que no se escapasen á engrosar las filas revolucionarias.

En esta ciudad (en febrero de 1892), refiriendo una de sus excursiones á las poblaciones alzadas por el trabajo cubano en el Estado de Florida, decía Martí: "Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver á mi tierra en pie. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud. Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder crear, con los retazos de un pueblo de amos y de siervos que fué echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pecho á pecho lanzó al mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó sin ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de razas y procedencias diferentes que un sistema de odio crió cuidadosamente para esclavos.... La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían á dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido á la muñeca, el acero de que se fabrican á la vez las plumas y las

espadas!.... Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos lo ven, y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran á la cumbre á los disertos y apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcán hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas y subir con él!.... El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete á su esposo, en la casa de palmas.... Estamos aquí para decir que le cumplimos á la patria lo que le teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados.... ¡Estas citas que nos estamos dando á un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de ternura y arrebato místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre cubano, dicen que hemos juntado á tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, y en Cayo Hueso brilla el sol, y en Nueva York da luz la nieve, ¡y que la historia no nos ha de declarar culpables!

"Otros llegarán sin temor á la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes; yo tiemblo avergonzado, tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia.

"Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estre-

lla en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie y decir: "¡presente!"....

"El verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, ó no se ejercitó con desinterés y eficacia. No estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heróicas, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir, sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos á dejar caer la espada. Como el viejo Schamyl de Circasia, somos los cubanos todos,—¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!—cuando vemos vivo, ó veneramos muerto, á uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que le improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias!—ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Obra de hombres, prometemos. Si el clarín suena allá, con todo lo que

tengamos hecho, iremos á donde nos llame el clarín. Aquí, de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, á los cubanos fieles, esparcidos al viento del mundo; y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!"

Hemos reproducido estos pasajes, de dos discursos famosos, más que para evidenciar la lucidez y alcance de la mirada de Martí, más que para exponer su carácter como propagandista y político de acción, para poner de relieve su fe profunda en las virtudes cívicas de su pueblo, la noble sinceridad de sus propósitos de revolucionario, el tono profético de sus arengas, acreditado con creces con los sucesos acaecidos después del histórico 24 de febrero de 1895, y cómo desde que inició su campaña tribunicia, se impuso el deber de dar el primero el ejemplo de trocar el acero de la pluma por el acero de la espada del guerrero. Todavía en el mes de marzo, días antes de salir para Cuba en compañía del general Máximo Gómez, escribía en Montecristi (República Dominicana) á su amigo el señor Federico Henríquez y Carvajal: "Escribo conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va á quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra ó en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de

su casa enamorada y feliz á pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar á convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida. Yo evoqué la guerra, mi responsabilidad comienza con ella en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio: hay que hacer viable é inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme á mi deseo único, quedarme, me quedo en ella: si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador y morir, callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir á este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvaron la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos; usted, con sus canas juveniles, y yo, á rastras, con mi corazón roto. De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano? ¿Y hay quién lo sea mejor que usted? Y Gómez ¿no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior

dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, á sangre y á cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino. A quien me ama, le digo en un gran grito: ¡hermano! y no tengo más hermanos que los que me aman. Levante bien la voz, que si caigo será también por la independencia de su patria."

IV

Acaso el homenaje más grato á los manes de un desaparecido sea la revelación de su espíritu, en la realidad de sus cualidades y en el concierto de su conciencia y de su obra. Esto no es un panegírico ni siquiera una semblanza. Para lo primero nos falta serenidad, para lo segundo necesitaríamos el tiempo y la labor que demanda un libro. Es una impresión, un haz de reminiscencias y emociones que deponemos como corona de adelfas sobre el sepulcro del hombre ilustre que tuvo en estas columnas cátedra y tribuna, y que tuvo el don de hacerse amar, de mover los corazones hacia su egregia personalidad y hacia la causa por que ofrendara su preciosa vida.

JOSÉ MARTÍ

POR

LEANDRO J. DE VINIEGRA [1]

(1) Publicado en *El Industrial* de Antofagasta, Junio 5 de 1895.

No en Yara sino en la hermosa capital de Cuba, fué donde el joven Martí dióse á conocer á los dieciocho años de edad, por sus ideas de rebelión contra el gobierno español.

Gobernaba la isla en 1869 el general Caballero de Rodas, militar que se había hecho terrible por la energía de su carácter y las severas disposiciones y castigos con que trataba de contener la insurrección, ya entonces iniciada en algunos puntos de aquella.

Existía en la Habana una sociedad secreta de jóvenes estudiantes, que, con el entusiasmo y falta de reflexión de los primeros años, tenían sus reuniones, y formaban sus proyectos de rebelión, bajo serias amenazas que mutuamente se hacían, de castigar al que entre ellos llegara á faltar á los juramentos que los unían, para oportunamente contribuir al triunfo de la iniciada insurrección. Por poca precaución y demasiado confiados, fueron sorprendidos por las autoridades en una de sus frecuentes y nocturnas reuniones. Presos y secuestrados los documentos y escritos que les hallaron, á los dos ó tres días, por influencias de principales familias de la Habana, los pusieron en libertad, con las garantías competentes de las personas que por ellos intercedieron. Pero no sucedió así con Martí, al que se le atribuía la presidencia y redacción del regla-

mento que se encontró entre los documentos recogidos. Sin embargo, deseando la autoridad que no siguiera diversa suerte que sus compañeros, le hizo comprender que si al prestar su declaración manifestaba ignorar cual de sus compañeros era el autor del reglamento, asegurando no serlo él, se le suspendería la causa, y sería puesto en libertad. Lo condujeron ante los jueces, le presentaron el reglamento, y al tomarlo en sus manos, solo dijo:—"Al terminarlo olvidé firmar,"—y levantando una de las plumas de la mesa del juez, escribió la fecha de aquel día y al pié—"*José Martí*, presidente."

Fácil era prever lo que había de suceder.

Al día siguiente, con el vestido de presidiario y el grillete al pié, trabajaba en las calles de la Habana, recibiendo la comida que le enviaban su padre y hermana en los puestos y horas de descanso. Su firme carácter y levantado espíritu, no dominaron la debilidad y falta de fuerzas de su joven naturaleza. Enfermó y hubo que cambiar los trabajos del presidiario por la prisión en el destierro, enviándolo á la Isla de Pinos. En ella se dedicó á estudiar y á la lectura meditada de la Santa Biblia que hizo entonces por primera vez.

En juego nuevas influencias, se consiguió del capitán general lo mandara á España, salió en 15 de Enero de 1871, y ya en Madrid siguió estudiando hasta recibirse de abogado. Aprovechando la revolución que por entonces cambió el gobierno de España, desapareció de Madrid y fué á Francia, después á los Estados Unidos, Méjico y Centro América, siempre asociado á los que desde esos puntos intentaban, infructuosamente, el triunfo de sus planes revolucionarios en Cuba.

El año de 1878 se aprovechó de la amplia amnistía dada para los desterrados cubanos, y volvió á la Habana, en donde abrió su bufete en sociedad con su amigo el doctor don Miguel Viondi. Pudo ganar una fortuna, pero como siempre conspirara, el gobierno llegó á ver en él un temible auxiliar que con su prestigio y partido en la causa separatista podría comprometer de nuevo la paz y el orden de la Isla. Se le propuso declarara con su firma, en uno de los periódicos de la plaza, su adhesión al gobierno de España, si quería continuar viviendo en la Isla, ó que se preparase para salir en el próximo vapor-correo, bajo partida de registro, á disposición del gobierno de Madrid. Contestó lo que era natural en su carácter y en lo arraigado de sus ideas:—"¡Martí no es de raza vendible!"

Abandonó á su padre enfermo y de avanzada edad, á sus hermanas que vivían de él, á su amante esposa, espiritual joven con la que contrajo enlace durante su residencia en Méjico, y á un ángel, fruto de su amor, que era toda su delicia; y á fines de septiembre de 1879, pisó la cubierta del "Alfonso XII," en calidad de preso, rodeado de numerosos amigos que quisieron ir hasta á bordo á darle el adios de despedida.

Yo desempeñaba en ese barco las funciones de contador, y pude apreciar en los 17 días de navegación, el valor, el mérito de aquel noble corazón! Desde luego su esbelta figura, su mirada penetrante á la vez que cariñosa, su argentina voz, todo él inclinaba á conquistarse y atraerse la simpatía y admiración desde el primer momento que se le trataba.

Cuanto de sus antecedentes dejo descrito, se lo

oí relatar con lágrimas, al recordarlo en las noches en que ya todo en silencio á bordo, iba á la contaduría; y en mi camarote, que con ella se comunicaba, nos amanecíamos, estando yo extasiado oyéndole, hasta que el baldeo nos hacía recordar que era hora de suspender nuestras gratísimas tertulias. Así solamente se comprende que relaciones que tanto tardan en intimarse en tierra, se estrechen con las expansiones mutuas de ilimitada confianza, teniéndose solo por testigos la inmensidad del cielo y esa mar tan temida, pero tan querida, cuando en apacible bonanza parece el celeste lecho que convida á que le confiemos tranquilamente los secretos de nuestra vida!

Una noche contemplaba yo á Martí embelesado como siempre que le oía, y sintiendo vehementes deseos de conocer hasta qué extremo tendría que renunciar España á un hombre de tanta valía, traje la conversación al recuerdo de las discordias entre peninsulares é insulares; opinando que no debían los últimos pretender separarse de una nación cuya historia é inmarcesibles glorias la colocan á la altura de los principales pueblos de la tierra.

Miróme fijamente, y, oprimiendo entre sus manos una de las mías me contestó:

—¡Ah! Viniegra.... pero nó; antes de hablar yo, dígame, se lo ruego: ¿qué entiende usted por patria, cómo me definiría usted ese sagrado nombre?

—Patria,—le dije—tal como yo la creo y amo, es la familia, es la cuna desde la que dimos el primer beso á nuestra madre del alma y las caricias al padre idolatrado; patria es el altar en que aprendimos á orar á la Virgen Santísima, es la escuela

en la que con la enseñanza de las primeras letras, principió á desarrollarse nuestra inteligencia; es la historia de nuestros antepasados, y es hasta el aire que respiramos en la bendita tierra en que nacimos. ¡Todo eso es la patria!

—Bien! Bien! Encantador!—me interrumpió entusiasmado y en seguida continuó:—Amo á mi viejo padre de origen español con toda la vehemencia de mi exaltada fantasía; admiro y respeto las heróicas proezas de la nación española; pero la patria que *él* y *ella* me dieron, ni es patria ni es mía mientras sienta el peso y opresión del grillete, con que, custodiado por opresora fuerza, trabajé en las calles de la Habana: esa deshonrosa y pesada cadena no lastima sólo mi nacimiento cubano; lastima también la cuna, los altares, el cielo de esa bendita flor americana; y mientras sus eslabones, atravesando el océano, vayan á postrarse á los piés de los reyes de España, en su elevado y majestuoso trono, los cubanos no tendremos patria.

Nuestras miradas se cruzaron con cierta expresión de tristeza, sin que ni una palabra viniera á los labios á revelar lo que las almas de un español y un cubano sentían en ese momento!

Desde aquella noche, en nuestras agradabilísimas tertulias mutuas consideraciones nos impidieron volver á tratar sobre nacionalidades, cosa que á los dos nos entristecía!

La relación de nuestros dolores, de los sufrimientos y penas con que á los dos, por distintas causas, nos perseguía el destino; sus bellos y elocuentes recuerdos en historia, en literatura y en ciencias y el de la familia amada, eran los temas de nuestra conversación, con los que yo salía ganando, pues

adquiría de manera grata y sin esfuerzo la instrucción de aquella portentosa inteligencia.

A la llegada á Santander nuestra despedida puede conocerse por las dos siguientes cartas, que al darle publicación hoy, á los 16 años de escritas, sentiría se atribuyera á deseos en mí de hacer gala de favores recibidos, y no el deber de agregar un título más de nobleza á la memoria del que hoy ya no existe! La vanidad proclama sus propios méritos cuando aun tiene algo que esperar de ellos, y yo en el día doy por terminadas todas mis aspiraciones:

"Vapor *Alfonso XII*, Octubre 11 de 1879.—Señor don José Martí.—Varios amigos, y, muy escialmente, mi tan querido doctor Lebredo, me hablaron de usted para que dulcificara cuanto posible fuera las incomodidades del viaje, en las condiciones especiales que usted lo emprendía. Lebredo suprimió toda recomendación, asegurando que sin ella nos habríamos de relacionar íntimamente. El conoce á usted con su corazón de poeta sensible y *encantador* (perdón por la usurpación de esta frase en sus labios). Me conoce á mí con natural inclinación hacia todo lo bello, hacia todo lo bueno; qué extraño sería si así vaticinara?

Nada valgo ni para nada sirvo: sólo puedo ofrecerle un desinteresado cariño, creado con la facilidad con que mi inteligencia se apasiona de la espiritual palabra que arrebata y conmueve cuando con sublime talento se revelan los nobles y generosos sentimientos del corazón!

Su país y las letras tienen aún mucho que esperar de usted, y usted, por justa compensación, que el destino le reserva á días de opresivas contrariedades, días de felicidad en los que verá unido á los triunfos adquiridos hasta hoy su laureado nombre, fijado con brillantes é imborrables colores en la historia del porvenir!

Si alguna vez, en medio de glorias y triunfos literarios, detiene sus recuerdos en la pobre expresión de estos renglones, dedique una memoria en su corazón cual eco que responda á la que conservará de usted siempre hermanada á su admiración y cariño.

LEANDRO J. DE VINIEGRA."

"A bordo del vapor *Alfonso XII*, en Santander, Octubre 11 de 1879.—Amigo mío:

Sólo su bella y generosa carta hubiera podido hacer mayor en mí el paternal afecto que su alma amable, su talento animado y sus dignos dolores merecen y conquistan. Sufrir, amar y pensar son fuertes lazos! Usted es un digno amigo de Lebredo, aquel espíritu evangélico, aquella magnífica bondad, aquel talento ilustre, sólo han de estimar y amar los corazones de su hermosa raza.

Cuanto me dijeron de usted, ví realizado. Y lo que no me dijeron ¿por qué, con este deseo inmenso de consolar todas las penas, no quiere el tiempo enemigo que suavice yo las suyas, como discreta y cariñosamente suavizó usted las mías? Porque á veces sonreía y lloraba, de dolor, nunca de miedo!

Escribiendo, siento cuán fácilmente corren para usted las ideas afectuosas: ¿á qué decirlas? No me olvidaré de usted. Leandro Viniegra será siempre para mí, lo que ha sido y por lo que hubiera sido, un nombre amado.

Para luchar vivo, intrépida y vigorosamente. Cualquiera que sea el campo de las batallas á que mi espíritu grave arrebate mi vida, ni lo hondo de las penas, ni lo vivo de las alegrías alejará de mi memoria, tenaz y amante, el recuerdo de un hombre en quien con ser tantas no alcanzan las ricas dotes del carácter, á las de su nobilísimo corazón.

En la Habana estreche usted la mano á los que le dijeran bien de mí, y á los que le dijeran mal.

Pocas veces prometo escribir, porque pocas puedo luego cumplirlo: esta vez cumpliré. La estimación de hombres como usted será siempre gran ventura y no la menor para su cariñoso y obligado.

José Martí."

En Santander, sabiéndose por el cable que iba Martí á bordo, tenían orden para que fuese conducido á Madrid.

A mi regreso á la Habana, mi primer visita fué á la familia de Martí. En retirado barrio de la población, y en casa con habitaciones modestísimamente amuebladas, encontré un grupo *encantador*, como él diría: un respetable anciano y tres bellas jóvenes reunidas en familia. El sentado en un sillón contemplando á sus hijas ocupadas, al rededor de una mesa, en las labores de su sexo. Me saludaron sorprendidas, hasta que les dije quién era y á qué iba. La alegría, la pena, el llanto, la risa, todos estos sentimientos á la vez, alternaban con las incesantes preguntas por su *Pepe*, como le llamaban. En el padre creí yo distinguir lágrimas, para el amado hijo, unas y para la amada España otras! En ellos todo era natural, sencillo; y con la

palabra y el semblante expresaban aquellas tres vírgenes almas el deseo de querer compartir con su querido hermano sus amargas desdichas. Una hora estuve con ellos, ofreciéndoles volver cuando mis ocupaciones me lo permitieran, en los pocos días que habría de permanecer en la Habana.

Mi viaje á Nueva York en los primeros meses del 81 me reunieron de nuevo con Martí. Vivía en Brooklyn con su amante compañera y su bello chiquitín, que fueron á reunirse á él. Se había propuesto no volver á Cuba en pos de triunfos, sino cuando ya la aglomeración de elementos, en largo tiempo preparados, les permitiera alcanzar el buen resultado que sus ilusiones le dejaban ver en lontananza. Casi todos los domingos atravesaba yo el Hudson y me iba á comer con ellos. ¡Qué cuadro tan poético el de aquella mesa! Aquel matrimonio, viviendo en el extranjero, sometido á los recursos que el esposo con su talento se proporcionaba; aquel niño, complemento de la felicidad de ambos, aquellos recuerdos del país natal, de los dolores pasados durante larga separación, y la conformidad que demostraban en medio de constantes privaciones; todo me hacía pensar al notar la sonrisa cariñosa y alegre que siempre aparecía en los labios de ambos, la protección con que Dios amparaba á aquellas nobles almas, proporcionándoles la dicha que en su modesto hogar consideraban sin rival aún con aquellos que protegidos por la fortuna, viven rodeados del fausto y la opulencia! Sólo algunas veces, cuando Martí hacía en la mesa referencia al estado de Cuba y á sus proyectos, que más ó menos pronto creía realizables, un velo de tristeza aparecía en el semblante de la esposa y

madre, que al estampar expresivo beso en la frente de su angel, lo miraba diciéndole:—¡Ay! Martí, ¿y nuestro hijo?—y en aquel beso, en aquellas frases me parecía ver los sentimientos y el amor maternal sobrecogidos por las obscuridades del porvenir!

Mientras tanto el tiempo corría. Martí se ocupaba en las las larguísimas correspondencias que enviaba para *La Nación* de Buenos Aires y otros periódicos de repúblicas sur americanas. Así ocupaba la mañana hasta la hora del almuerzo. A las doce se iba á Nueva York, y el infatigable conspirador convertíase en subordinado dependiente, de fuerte casa de comercio, en la que tenía á su cargo la correspondencia en español y parte de la contabilidad. A las seis de la tarde volvía á su nido, y con los besos diarios de ordenanza, tornaba aquella grande alma á ser el Martí que había dedicado su existencia al triunfo ó la ruina de su causa.

Algunas veces no tenía paciencia para esperar hasta el domingo, y me iba á verlo en cualquier día de la semana. Solía encontrarme con algunos paisanos de él, que se recreaban al oirlo hablar con aquella facilidad con que se expresaba, pintándoles el brillante porvenir que veía seguro para su querida Cuba. Ellos no le interrumpían, pero me dirigían miradas en las que demostraban cierta marcada desconfianza; pero Martí continuaba con más empeño en sus vaticinios y pronósticos, haciéndoles comprender así, *que si yo no era de la familia*, tenían conquistado mi corazón!

Y llegó el día de mi definitiva y última despedida. Pero antes, él, que sabía lo más íntimo de mi y la causa que á separarnos me obligaba, tomó

parte en ella á instancias mías. Yo había escrito un malísimo soneto que debía poner al pié de un significativo cuadro, destinado á los seres amados á quienes me iba á reunir. La desconfianza en mi pobre inspiración y en mi poética obra, tenía sobrado fundamento. Lo llevé al artista que se ocupaba de pintar el cuadro, y le expliqué la alegoría que el asunto significaba.—¡Encantadora, magnífica idea!—exclamó—y conociendo mis deseos me pidió el soneto hasta el día siguiente, que me lo devolvió reformado, conservando el pensamiento y algo mío, pero en el todo aparecía el verdadero poeta que nace con ese divino don! ¡Cuánto siento hoy no conservar ni copia de ese único recuerdo, que quedó hace años en poder de los seres para quienes se hizo! Una magnífica fotografía suya desapareció de mi habitación, hace años, ántes de mi salida de La Paz, en unión de otras que tenía en mucha estima. Hace pocos días hallé su retrato en uno de los números de *El Liberal* de Madrid. Me pareció un verdadero mamarracho y lo rompí.

El día de mi salida de Nneva York, en mayo de 1883, me acompañó á bordo y nos dimos el último abrazo, con incontenibles lágrimas que el corazón reservara para ese momento, sin podernos dirigir ni una palabra. Enmudecidos dejamos interpretar lo que sentíamos, á la mirada que en los dos hijos de España y Cuba se cruzaron!

Han transcurrido doce años, y en este largo espacio de tiempo, lo mismo que me cautivaba su palabra, me he proporcionado deliciosos momentos con la lectura de sus inimitables correspondencias á los periódicos que se las disputaban. Recuerdo un día que estando de sobremesa en la del célebre

escritor Benjamín Vicuña Mackenna, me dijo tomando una copa:—Bebamos en memoria de su amigo Martí, y dígale usted que admiro su brillante pluma, pero que á veces se comunica y remonta tanto con su prodigiosa y poética fantasía, que me pone en cuitas para alcanzarlo.

No sé qué presentimiento me inspiró miedo, desde que iniciada la actual insurrección en Cuba, he visto publicado su nombre, como el principal ó uno de los principales caudillos! Hay más: la noticia del sacrificio de su vida no me sorprendió; por más que al saberlo sentí una extraña y dolorosa presión en el pecho á pesar de estar ya acostumbrado á las fuertes impresiones!

¡Desgraciado amigo! Dios te conocía y te llevó á aumentar el número de los buenos, dejando de tí imperecedera memoria en ese bello montón de tierra americana en que naciste, que en vida te admiró y llamó Martí y que al morir por ella, te llora martir!

EL DIABLO COJUELO [1]

(1) Este periódico se imprimió en la época de la libertad de imprenta, en tiempos del Capitán General don Domingo Dulce. Fué el primer trabajo político de José Martí.

Nunca supe yo lo que era público, ni lo que era escribir para él, mas á fe de diablo honrado, aseguro que ahora como antes, nunca tuve tampoco miedo de hacerlo. Poco me importa que un tonto murmure, que un necio zahiera, que un estúpido me idolatre y un sensato me deteste. Figúrese usted, público amigo, que nadie sabe quién soy: ¿qué me puede importar que digan ó que no digan?

Diránme que en nada me ajusto á la costumbre de campear por mis respetos,—que nada más significa esta comezón de publicar hojas anónimas con redactores conocidos;—diránme que soy un mal caballero; amenazaránme con romperme los brazos, ya que no tengo piernas, mas, á fé de osado y mordaz escribidor, prometo y prometo con calma que á su tiempo se verá que este *Diablo*, no es un diablo, y que este *Cojo* no es cojo.

Esta dichosa libertad de imprenta, que por lo esperada y negada y ahora concedida, llueve sobre mojado, permite que hable usted por los codos de cuanto se le antoje, menos de lo que pica; pero también permite que vaya usted al Juzgado ó á la Fiscalía, y de la Fiscalía ó el Juzgado lo zambullan á usted en el Morro, por lo que dijo ó quiso decir. Y á Dios gracias, que en estos tiempos *dulces* hay distancia y no poca de su casa al Morro. En los tiempos de don Paco era otra cosa.

¿Venía usted del interior, y traía usted una escarapela?—al calabozo!—¿Habló usted y dijo que los insurrectos ganaban ó no ganaban?—al calabozo!—¿Antojábasele á usted ir á ver á una prima que tenía en Bayamo?—al calabozo!—Contaba usted tal ó cual comentario, cierto episodio de la revolución?—al calabozo!—Y tanta gente había ya en los calabozos, que á seguir asi un mes más, hubiera sido en la Habana de entonces el Morro de entonces. Puede por esto colegirse lo que por acá queremos á aquel buen señor de quien dirán las historias que se despedía á la francesa.

Pero no hay sólo libertad de imprenta: hay también libertad de reunión. Quiere un zángano ganarse prosélitos, y héteme aquí que junta al honrado fidalgo, dueño de quinientos negros; al famoso *jockey*, dueño de otros cuantos; al mayordomo de cierta señorona, y á un maestro que tiene cerebro más pastelero que la mismísima pastelería. Dícese allí que es una iniquidad la abolición, en lo cual yo no me meto; y que la insurrección es la ruina del país, en lo cual por ahora tampoco tomo cartas; y dícense otras muchas cosas que tal parecen salidas del cerebro de enfermo. Y en estas y otras se concluye la importante sesión, satisfechos los parlanchines de haber dicho muy grandes cosas.

Otros de esos que llaman sensatos patricios, y que sólo tienen de sensatos lo que tienen de fría el alma, reunen en sus casas á ciertos personajes de aquellos que han fijado un ojo en Yara y otro en Madrid, según la feliz expresión de un poeta feliz, y que con solo este título pretenden imponer sus leyes á quien tiene muy pocas ganas de sufrir

tan ridícula imposición. A ser yo orador, ó concurrente á Juntas, que no otra cosa significa entre nosotros la tal palabra, no sentaría por base de mi política esos que los franceses llamarían afrentosa *hésitation*. O Yara ó Madrid.

Mas, volviendo á la cuestión de libertad de imprenta, debo recordar que no es tan ámplia que permita decir cuanto se quiere, ni publicar cuanto se oye. Un ejemplo al canto. Si viniese á Cuba un Capitán general, que burlándose del país, de la nación y de la vergüenza, les robase miserablemente dos millones de pesos; y corriesen rumores de que este general se llamaba Paco ó Pancho, Linsunde ó Lersinde, á buen seguro que mucho habría de medirse usted, lector amigo, antes de publicar noticia que tanto ofende la nunca manchada reputación del respetable cuanto idóneo representante del Gobierno Borbónico en esta Antilla. Y esto lo digo para que á mí como á los demás nos sirva de norma en nuestros actos periodiquiles.

Conque al periódico, público amigo ¡al periódico, buen diablo! al periódico, lector discreto! y lluevan pesetas como llueven diabluras.

—Amigo, ¡una buena noticia!

—Y ¿qué es ello?

—Se dice que las tropas españolas han tomado el puertecito de Bayamo, distante cuatro leguas de Cuba.

—Buen provecho.

—Amigo, ¡otra noticia!

—Diga usted.

—Se dice que durante tres días habrá luminarias en celebración de la toma de Bayamo.

—Según eso, el tal puertecillo debe ser cosa importante. Figúrese usted que tiene cerca de él nada menos que los dos caserios del Datil y del Horno... de los cuales no sé más que el nombre.

—¿Señor Castañón?

—¿Qué hay?

—Aquí lo busca á usted la señorita Cuba, que viene á reclamar su *voz*, que según dice, ha tomado usted sin su licencia.

—¡Ay, cierra, cierra, amigo! Dí que me he mudado de casa; que me he ido al infierno, que... que qué sé yo.... en fin..... mira.... como te atosigue mucho, le dices, de mi parte, que pienso mudar de voz, eh? Pero pronto, pronto!

No sabemos á estas horas si la señorita Cuba entró ó no entró, á tiempo; avisaremos este fausto acontecimiento.

El señor Zayas ha publicado un folleto que en la primer página decía: *Cuba—Su porvenir.—For J. M. Zayas.*

Pero se susurra que un iluso respondió al *folleto* con estas solas palabras: *Cuba—Su porvenir, independencia.*

Si yo fuera politico discutiría el folleto y la respuesta; pero como no soy más que un pobre diablo, me contento con decir al señor Zayas:—¿Quién le ha preguntado á usted su opinión, ni para qué cree usted que la necesitaba Cuba?

Una de las grandes máximas que el mundo admira es esta:

Odia al delito, compadece al delincuente.

¿Por qué entónces tanto ensañamiento contra ese Pascual Riesgo que no ha de tocar en nuestros destinos ni pito ni flauta? ¿Es acaso algún importante personaje? Si en 1851 era un infame realista, y hoy es un estúpido liberal, dejarlo! ¿Qué nos importa Pascual Riesgo? Si en privadas circunstancias á estas, pidió en la *Prensa* la cabeza de un hombre libre, y hoy declama contra la pena de muerte, dejarlo! ¿Qué nos importa Pascual Riesgo?

—¿Señor Pablitos el de las aulas?

—¿Qué quiere usted?

—De parte del apóstol que no vuelva usted á alterar la fecha de los cuadros, ni cometa usted más desmanes.

que las lenguas andan sueltas
y las cosas muy revueltas.

—¿Qué hizo el general Lersundi en la Isla de Cuba?

—Embarazar.

—¿Y Gutiérrez de la Vega?

—Hacer cortesías.

—¿Qué nombre tendrá la política de Dulce?

—Dulcificadora.

—*¿Dulcificará?*

—¿Qué me dice usted del *Diario de la Marina?*

—Que ayer se picó, pero sigue siempre jugando la cabeza.

—Y qué cree usted de *La Verdad?*

—Que es la pura verdad.

—¿Y usted se atreve á decirlo?

—Claro. *Verum est id quod est*, dijo San Agustín.

El *Diario de la Marina* tiene desgracia.

Lo que él aconseja por bueno, es justamente lo que todos tenemos por más malo. Y esto lo prueba "El Fosforito."

Lo que él vitupera por malo, es justamente lo que tenemos por bueno. Y esto lo pruebo yo.

Quería censor: no hay censor.

Dijo que la libertad de imprenta traía muchos males.

Para él sí; para los demás, nó; porque gana el que escribe, puesto que puede escribir; gana el que imprime, puesto que no hay censura que le arrebate el trabajo, y gana el que lee, porque se nutre de las cosas buenas, y aprende á despreciar las malas. ¡Pobre *Diablo!*

—¿Y qué hay de la *Prensa?*

—Que por ilegible se ha hecho invulnerable.

—¿Tú por aquí, Basilio?

—¡Amado Cojuelo!

—¿Y qué me dices de nuevo, hombre?

—Que ya soy Bachiller, amigo, ¡Bachiller! ¿Comprendes tú lo que es ser Bachiller?

—*¿Bachiller en artes?* Sí, hombre. ¡Burro en todas partes! Pero, mira; á Dios gracias ya se acabó la especie asnal. Ahora cada *quisque* lo sudará, entiendes? El, el quisque, el Bachiller lo sudará, y no lo sudarán los negros del ingenio, ni el papá zángano, ni la mamá cariñosa, que aflojaban las onzas. Ya no habrá aquello, Basilio, ya no habrá aquello, ni habrá un Pablito amable y ablandable que se deje querer y dulcificar con los atractivos de lo amarillo; ni un Bachiller, que no es sólo bachiller, que demasiado indulgente unas veces, y muy ocupado otras, dejó el timón de un buque nuevo, en manos de un atrapador; ni un Griego poco griego que saque de apuros al hijo mimado de un muy su amigo; ni un Matemático que sabe de Matemáticas lo que yo entiendo de encubiertos y pasteles. No habrá nada de esto, amigo Basilio. ¿Es usted un genio? pues bien, entra usted estudiante en la Universidad Cubana, y no Real, y sale usted Doctor. ¿Es usted un bestia? Entra usted estudiante aprobable y orondo, y sale usted desaprobado y cariacontecido. Y en verdad, en verdad, Basilio amigo, no ¿te place como á mí me place y como á todos nos place, ese nuevo sistema, que así le abrirá las puertas al que lo merezca, como dará con ellas en las narices al que sin mérito alguno viniere á pretenderlo?

—Sí que me place, amigo Diablo, y sólo falta que este pan de azúcar que aquí nos ha traído la Providencia, abra al fin su seno y estampe en los periódicos con asombro de estúpidos y aplausos de sensatos esa tan esperada y suspirada ley de libertad de enseñanza.

Nos dice un amigo que le desea á Lersundi estos chascos:

Ir á cantarle al mar, y ser bañado por una ola.

Convidar á unas señoritas á refresco, y tras tener fama de pobre, habérsele olvidado el portamonedas.

Y como más desagradable que todos los chascos, oir gritar por las calles de España: ¡Viva la República Federal!

Pregunta "El cucharón del Diablo:"

—¿No hay quién defienda la autonomía? ¿No hay quién hable?

—Espere usted, señor Cucharón, espere usted. Entre nosotros nunca hubo ni libertad, ni unión. Casi tenemos la una. Poco á poco logramos la otra. Aquí sucede con esto una cosa muy particular; hay tres de un mismo partido; uno está enfermo y no puede escribir; el otro puede escribir; pero el otro no tiene dinero.

Señor *Estudiante Republicano:* libertad de imprenta no quiere decir indecencia impresa. Vaya por lo del rabo de González Bravo.

—¿Qué es menester para que la isla de Cuba sea menos amarga?

—Que esté Dulce.

—¿Qué tiene de demás "El Cucharon?"

—Que mete el diablo en todas sus cosas.

Señor Gorro: nunca fué de almas nobles desear la muerte de una persona, aunque esta persona sea un Borbón.

Y ¿qué te falta ahora, pobre Diablo?

Fáltanme pesetas para poder hacer diabluras. ¿Qué me valiera gritar con el bolsillo vacío Viva la República Federal? ¿Ni qué tampoco dar vivas al Capitán General Libertador, Encargado del Gobierno Provisional?

LA REPUBLICA ESPAÑOLA

ANTE

LA REVOLUCION CUBANA[1]

(1) Madrid.—Imprenta de Segundo Martínez, Travesía de San Mateo, 12 —1873.

La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber. En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto á todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad ó del orgullo.—Y cuando el acatamiento á la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria, vida insensata y odiosa vive el poder.

Hombre de buena voluntad, saludo á la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue á otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo, cuando una nacion que se explica que lo es, subyugue y someta á otra nacion que le ha de probar que quiere serlo.—Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta.

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre. La República española abre eras de felicidad para su pátria: cuide de limpiar su frente de todas las manchas que la nublan,—que no se va tranquilo ni seguro por sendas de remordimientos y opresiones, por sendas que entorpezcan la violacion más sencilla, la comprensión más pequeña del deseo popular.

1020085430

No ha de ser respetada voluntad que comprime otra voluntad. Sobre el sufragio libre, sobre el sufragio consciente é instruido, sobre el espíritu que anima el cuerpo sacratísimo de los derechos, sobre el verbo engendrador de libertades álzase hoy la República española. ¿Podrá imponer jamás su voluntad á quién la exprese por medio del sufragio? ¿podrá rechazar jamás la voluntad unánime de un pueblo, cuando por voluntad del pueblo, y libre y unánime voluntad se levanta?

No prejuzgo yo actos de la República española, ni entiendo yo que haya de ser la República tímida ó cobarde. Pero sí le advierto que el acto está siempre propenso á la injusticia, sí le recuerdo que la injusticia es la muerte del respeto ageno, sí le aviso que ser injusto es la necesidad de ser maldito, sí la conjuro á que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.

Engendrado por las ideas republicanas entendió el pueblo cubano que su honra andaba mal con el Gobierno que le negaba el derecho de tenerla. Y como no la tenia, y como sentia potente su necesidad, fué á buscarla en el sacrificio y el martirio, allí donde han solido ir á encontrarla los republicanos españoles. Yo apartaría con ira mis ojos de los republicanos mezquinos y suicidas que negasen á aquel pueblo vejado, agarrotado, oprimido, esquilmado, vendido, el derecho de insurrección por tantas insurreciones de la República española sancionado. Vendida estaba Cuba á la ambición de sus dominadores; vendida estaba á la explotación de sus tiranos. Así lo ha dicho muchas veces la

República proclamada. De tiranos los ha acusado muchas veces la República triunfante. Ella me oye: ella me defienda.

La lucha ha sido para Cuba muerte de sus hijos más queridos, pérdida de su prosperidad que maldecía, porque era prosperidad esclava y deshonrada, porque el Gobierno le permitía la riqueza á trueque de la infamia, y Cuba quería su pobreza á trueque de aquella concesión maldita del Gobierno. ¡Pesar profundo por los que condenen la explosión de la honra del esclavo, la voluntad enérgica de Cuba!

Pidió, rogó, gimió, esperó. ¿Cómo ha de tener derecho á condenarla quien contestó á sus ruegos con la burla, con nuevas vejaciones á su esperanza?

Hable en buen hora el soberbio de la honra mancillada,—tristes que no entienden que sólo hay honra en la satisfacción de la justicia:—defienda en buen hora el comerciante el venero de riqueza que escapa á su deseo,—pretenda alguno en buen hora que no conviene á España la separación de las Antillas. Entiendo, al fin, que el amor de la mercancía turbe el espíritu, entiendo que la sinrazón viva en el cerebro, entiendo que el orgullo desmedido condene lo que para sí mismo realza, y busca, y adquiere; pero no entiendo que haya cieno allí donde debe haber corazón.

Bendijeron los ricos cubanos su miseria, fecundóse el campo de la lucha con sangre de los mártires, y España sabe que los vivos no se han espantado de los muertos, que la insurrección era consecuencia de una revolución, que la libertad había encontrado una patría más, que hubiera sido

española si España hubiera querido, pero que era libre á pesar de la voluntad de España.

No ceden los insurrectos. Como la Península quemó á Sagunto, Cuba quemó á Bayamo; la lucha que Cuba quiso humanizar, sigue tremenda por la voluntad de España, que rechazó la humanización; cuatro años há que sin demanda de tregua, sin señal de ceder en su empeño, piden, y la piden muriendo, como los republicanos españoles han pedido su libertad tantas veces, su independencia de la opresión, su libertad del honor. ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva á negar para un pueblo derecho que él usó para sí?

Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza á decir que desea firmemente su independencia. Y luchan, y mueren. Y mueren tanto los hijos de la Península como los hijos de mi patria. ¿No espantará á la República española saber que los españoles mueren por combatir á otros republicanos?

Ella ha querido que España respete su voluntad, que es la voluntad de los espíritus honrados; ella ha de respetar la voluntad cubana que quiere lo mismo que ella quiere, pero que lo quiere sola, porque sola ha estado para pedirlo, porque sola ha perdido sus hijos muy amados, porque nadie ha tenido el valor de defenderla, porque entiende á cuánto alcanza su vitalidad, porque sabe que una guerra llena de detalles espantosos ha de ser siempre lazo sangriento, porque no puede amar á los que la han tratado sin compasión, porque sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes no se levantan edificios de cordialidad y de paz. No la invoquen los que la hollaron. No quieran paz sangrienta los que saben que lo ha de ser.

La República niega el derecho de conquista, Derecho de conquista hizo á Cuba de España.

La República condena á los que oprimen. Derecho de opresión y de explotación vergonzosa y de persecución encarnizada ha usado España perpétuamente sobre Cuba.

La República no puede, pues, retener lo que fué adquirido por un derecho que ella niega, y conservado por una serie de violaciones de derecho que anatematiza.

La República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo.

Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?

Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República á Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse á sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole una vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?

El Presidente del Gobierno republicano ha dicho que si las Cortes Constituyentes no votaran la República, los republicanos abandonarían el poder, volverían á la oposición, acatarían la voluntad popular. ¿Cómo el que así da poder omnímodo á la voluntad de un pueblo, no ha de oir y respetar

y acatar la voluntad de otro? Ante la República ha cesado ya el delito de ser cubano, aquel tremendo pecado original de mi patria amadísima de que sólo lavaba el bautismo de la degradación y de la infamia.

¡Viva Cuba española! dijo el que había de ser Presidente de la Asamblea, y la Asamblea dijo con él.—Ellos, levantados al poder por el sufragio, niegan el derecho de sufragio al instante de haber subido al poder; maltrataron la razón y la justicia, maltrataron la gratitud los que dijeron como el señor Martos.—¡No!—En nombre de la libertad, en nombre del respeto á la voluntad ajena, en nombre de la voluntad soberana de los pueblos, en nombre del derecho, en nombre de la conciencia, en nombre de la República, ¡no!—Viva Cuba española, si ella quiere, y si ella quiere ¡viva Cuba libre!

Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzarse en República; si se arrojó á lograr sus derechos antes que España los lograse; si ha sabido sacrificarse por su libertad, ¿querrá la República española sujetar á la fuerza á aquella que el martirio ha erigido en República cubana?—¿Querrá la República dominar en ella contra su voluntad?

Mas dirán ahora que puesto que España da á Cuba los derechos que pedía, su insurrección no tiene ya razón de existir.—No pienso sin amargura en este pobre argumento, y en verdad que de la dureza de mis razones habrá de culparse á aquellos que las provocan.—España quiere ya hacer bien á Cuba. ¿Qué derecho tiene España para ser benéfica después de haber sido tan cruel?—Y si es

para recuperar su honra ¿qué derecho tiene para hacerse pagar con la libertad de un pueblo, honra que no supo tener á tiempo, beneficios que el pueblo no le pide, porque ha sabido conquistárselos ya?—¿Cómo quiere que se acepte ahora lo que tantas veces no ha sabido dar? ¿Cómo ha de consentir la revolución cubana que España conceda como dueña derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado á Cuba defender?—España expía ahora terriblemente sus pecados coloniales, que en tal extremo la ponen que no tiene ya derecho á remediarlos.—La ley de sus errores la condena á no aparecer bondadosa. Tendría derecho para serlo si hubiera evitado aquella inmensa, aquella innumerable série de profundísimos males. Tendría para serlo si hubiera sido siquiera humana en la prosecución de aquella guerra que ha hecho bárbara é impía.

Y yo olvido ahora que Cuba tiene formada la firme decisión de no pertenecer á España: pienso sólo en que Cuba no puede ya pertenecerle. La sima que dividía á España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres. —No vive sobre los cadáveres amor ni concordia;—no merece perdón el que no supo perdonar. Cuba sabe que la República no viene vestida de muerte, pero no puede olvidar tantos días de cadalso y de dolor. España ha llegado tarde; la ley del tiempo la condena.

La República conoce cómo la separan de la Isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos; —la República oye como yo su voz aterradora;— la República sabe que para conservar á Cuba, nuevos cadáveres se han de amontonar, sangre

abundantísima se ha de verter;—sabe que para subyugar, someter, violentar la voluntud de aquel pueblo, han de morir sus mismos hijos.—¿Y consentirá que mueran para lo que, si no fuera la muerte de la legalidad, seria el suicidio de su honra?—¡Espanto si lo consiente!—¡Míseros los que se atrevan á verter la sangre de los que piden las mismas libertades que pidieron ellos! ¡Míseros los que así abjuren de su derecho á la felicidad, al honor, á la consideración de los humanos!

Y se habla de integridad del territorio.—El Occéano Atlántico destruye este ridículo argumento. A los que así abusan del patriotismo del pueblo, á los que así le arrastran y le engañan, manos enemigas pudieran señalarle un punto inglés, manos severas la Florida, manos necias la vasta Lusitania.

Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión á la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fué gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas

que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España.—Y si faltan, pues, todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria.—Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y amor.

Si España no ha querido ser nunca hermana de Cuba, ¿con qué razón ha de pretender ahora que Cuba sea su hermana?—Sujetar á Cuba á la nación española sería ejercer sobre ella un derecho de conquista hoy más que nunca vejatorio y repugnante. La República no puede ejercerlo sin atraer sobre su cabeza culpable la execración de los pueblos honrados.

Muchas veces pidió Cuba á España los derechos que hoy le querrá España conceder. Y si muchas veces se negó España á otorgarlos, á otorgar los que ella tenía, ¿cómo ha de atreverse á extrañar que Cuba se niegue á su vez á aceptar como don tardío, honor que ha comprado con la sangre más generosa de sus hijos, honor que busca hoy todavía con una voluntad inquebrantable y una firmeza que nadie ha de romper?

Por distintas necesidades apremiados, dotados de opuestísimos caracteres, rodeados de distintos países, hondamente divididos por crueldades pasadas, sin razón para amar á la Península, sin voluntad alguna en Cuba para pertenecer á ella, excitado por los dolores que sobre Cuba ha acumulado España, ¿no es locura pretender que se fundan en uno dos pueblos por naturaleza, por costumbres, por necesidades, por tradiciones, por falta de amor

separados, unidos sólo por recuerdos de luto y de dolor?

Dicen que la separación de Cuba sería el fraccionamiento de la patria. Fuéralo así si la pátria fuese esa idea egoista y sórdida de dominación y de avaricia. Pero, aun siéndolo, la conservación de Cuba para España contra su más explícita y poderosa voluntad, que siempre es poderosa la voluntad de un pueblo que lucha por su independencia, sería el fraccionamiento de la honra de la patria que invocan. Imponerse es de tiranos. Oprimir es de infames. No querrá nunca la República española ser tiránica y cobarde. No ha de sacrificar así el bien patrio á que tras tantas dificultades llega noblemente. No ha de manchar así honor que tanto le cuesta.

Si la lucha unánime y persistente de Cuba demuestra su deseo firmísimo de conseguir su emancipación; si son de amargura y de dolor los recuerdos que la unen á España; si cree que paga cara la sonoridad de la lengua española con las vidas ilustres que España le ha hecho perder, ¿querrá esta España nueva, regenerada España, que se llama República española, envolverse en la mengua de una más que toda injusta, impía, irracional opresión? Tal error sería este, que espero que no obrará jamás obra tan llena de miseria.

Y en Cuba hay 400,000 negros esclavos, para los que, antes que España, decretaron los revolucionarios libertad,—y hay negros bozales de 10 años, y niños de 11, y ancianos venerables de 80, y negros idiotas de 100 en los presidios políticos del Gobierno,—y son azotados por las calles, y mutilados por los golpes, y viven muriendo así. Y en

Cuba fusilan á los sospechosos, y á los comisionados del Gobierno, y á las mujeres, y las violan, y las arrastran, y sufren muerte instantánea los que pelean por la patria, y muerte lenta y sombría aquellos cuya muerte instantánea no se ha podido disculpar. Y hay jefes sentenciados á presidio por cebarse en cadáveres de insurrectos,—y los ha habido indultados por presentar en la mesa partes de un cuerpo de insurrecto mutilado,—y tantos horrores hay que yo no los quiero recordar á la República, ni quiero decirle que los estorbe,—que son tales y tan tremendos, que indicarle que los ha de corregir es atentar á su honor.

Pero esto demuestra cómo es ya imposible la unión de Cuba á España, si ha de ser unión fructífera, leal y cariñosa;—como es necesaria resolución justa y patriótica;—que sólo obrando con razón perfecta se decide la suerte de los pueblos, y sólo obedeciendo estrictamente á la justicia se honra á la patria, desfigurada por los soberbios, envilecida por los ambiciosos, menguada por los necíos, y por sus hechos en Cuba tan poco merecedora de fortuna.

Cuba reclama la independencia á que tiene derecho por la vida propia que sabe que posee, por la enérgica constancia de sus hijos, por la riqueza de su territorio, por la natural independencia de éste, y, más que por todo, y esta razón está sobre todas las razones, porque así es la voluntad firme y unánime del pueblo cubano.

Si la conservación de Cuba para España ha de ser, y no podrá conservarse sino siéndolo, olvido de la razón, violaciones del derecho, imposición de la voluntad, mancilla de la honra, indigno será

quien quiera conservar la riqueza cubana á tanta costa; indigno será quien deje pensar á las naciones que sacrifica su honra á la ríqueza.

Hoy que la virtud es sólo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heróica, no consienta su mengua la República, sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno, no rija á un pueblo contra su voluntad—ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes;—no luche contra sí misma, no se infame, no tema, no se plegue á exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; reconozca, puesto que el derecho, y la necesidad, y las Repúblicas, y la alteza de la idea republicana la reconocen, la independencia de Cuba; firme así su dominación sobre esta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia, será, sin embargo, la más inmarcecible de las glorias.--Harto tiempo han oprimido á España la indecisión y los temores;—tenga, al fin, España el valor de ser gloriosa.

¿Temerá el Gobierno de la República que el pueblo no respete esta levantada solución? Esto sería confesar que el pueblo español no es republicano.

¿No se atreverá á persuadir al pueblo de que esto es lo que le impone su honor verdadero? Esto significaría que prefiere el poder á la satisfacción de la conciencia.

¿No pensará como pienso el Gobierno republicano? Esto querría decir que la República española ni acata la voluntad del pueblo soberano, ni ha llegado á entender el ideal de la República.

No pienso yo que cederá al temor. Pero si cediera, esta enagenación de su derecho sería la señal primera de la pérdida de todos.

Si no obra como yo entiendo que debe obrar, porque no entiende como yo, esto significa que tiene en más las reminiscencias de sus errores pasados que la extensión, sublime por lo ilimitada y por lo pura, de las nuevas ideas;—que turban aún su espíritu orgullo irracional por glorias harto dolorosas, deseo de retener cosas que no debió poseer jamás, porque nunca las supo poseer.

Y si como yo piensa, si encuentra resistencia, si la desafía, aunque no premiase su esfuerzo la victoria,—si acepta la independencia de Cuba,—porque sus hijos declaran que sólo por la fnerza pertenecerán á España, y la República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir á la República,—no pierde nada, porque Cuba está ya perdida para España;—no arranca nada al territorio, porque Cuba se ha arrancado ya;—cumple en su legítima pureza el ideal republicano; decreta su vida, como si no la acepta, decretará su suicidio;—confirma sus libertades, que no ha de merecer gozarlas quien niega la libertad de gobernarse á un pueblo que ha sabido ser libre;--evita el derramamiento de sangre republicana, y será, si no lo evitase, opresora y fratricida;—reconoce que pierde, y la pérdida ha tenido lugar ya, la posesión de un pueblo que no quiere pertenecer á ella, que ha demostrado que no necesita para vivir en gloria y en firmeza su protección ni su Gobierno,—y trueca, en fin, por la sanción de un derecho, trueca, evitando el derramamiento de una sangre vírgen y preciosa, un territorio que ha perdido, por el res-

peto de los hombres, por la admiración de los pueblos, por la gloria inefable y eterna de los tiempos que vendrán.

Si el ideal republicano es el universo, si él cree que ha de vivir al fin como un solo pueblo, como una provincia de Dios, ¿qué derecho tiene la República española para arrebatar la vida á los que van adonde ella quiere ir?—Será más que injusta, será más que cruel, será infame arrancando sangre de su cuerpo al cuerpo de la nacionalidad universal.—Ante el derecho del mundo ¿qué es el derecho de España?—Ante la divinidad futura ¿qué son el deseo violento de dominio, qué son derechos adquiridos por conquista y ensangretados con nunca interrumpida, siempre santificada, opresión?

Cuba quiere ser libre.—Así lo escribe, con privaciones sin cuento, con sangre para la República preciosa, porque es sangre joven, heróica y americana.—Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia.—Fratricida ha de ser la República que ahogue á la República.

Cuba quiere ser libre.—Y como los pueblos de la América del Sur la lograrón de los gobiernos reaccionarios, y España la logró de los franceses, é Italia de Austria, y Méjico de la ambición napoleónica, y los Estados Unidos de Inglaterra, y todos los pueblos la han logrado de sus opresores, Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia.

Y se dirá que la República no será ya opresora de Cuba, y yo sé que tal vez no lo será, pero Cuba ha llegado antes que España á la República.—¿Cómo ha de aceptar de quien en son de dueño se

lo otorga, República que ha ido á buscar al campo de los libres y los mártires?

No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine á sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga á la independencia de Cuba.—Que la República de España sería entoces República de sin razón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez Gobierno liberticida.

Madrid, 15 de Febrero de 1873.

REFLEXIONES

DESTINADAS Á PRECEDER LOS INFORMES TRAÍDOS
POR LOS JEFES POLÍTICOS
Á LAS CONFERENCIAS DE MAYO DE 1878

(INÉDITO)

Entre los numerosos decretos expedidos por el Gobierno de Guatemala, con el ánimo de hacer prósperas y útiles las múltiples riquezas del país, y fortalecer la inteligencia de sus hijos, fué muy notable la disposición dictada por el Ministro de Gobernación en 17 de Octubre de 1876.

Convoca este decreto para el 1º de Mayo de cada año á los jefes políticos de los Departamentos; los llama á discutir sobre los grandes intereses patrios; sobre la indispensable asimilación de razas; sobre el modo de ennoblecer los caracteres por el trabajo honrado y la esperanza de un honesto lucro, y de fortificar las instituciones y aumentar las probabilidades de riqueza con el desarrollo de la instrucción, complemento de la personalidad humana.

Quiere la ley de Octubre que los jefes políticos, encargados responsables y directos de las voluntades reformadoras del Gobierno general, mediten durante el año, en presencia de los problemas, los medios de resolverlos, y vengan luego, á decir en franca y libre discusión, en que estaban los males, en que consisten los obstáculos, que resistencias estorban al planteamiento de las redentoras ideas nuevas, y que elementos antiguos deben removerse; y nuevos despertarse, para que la nación, trabajadora y fuerte, realice la obra de que viejas ideas y oligár-

quicos intereses la tuvieron largo tiempo apartada. La ley de Octubre quiere que los jefes políticos expongan cada año lo que se ha vencido y lo que hay que vencer; propongan las medidas conducentes á ta transformación de los indígenas, la propagación de las luces, el fomento de la agricultura, el cumplimiento de las leyes hacendarias,—sin el cual no pueden exigir los gobernados que el gobernante cumpla para con ellos sus deberes,—y, en suma, cuanto tienda á hacer constante al trabajador, instruido al niño, mejorado al indio, inspirado en noble ambición al perezoso.

Viénese por estas conferencias en conocimiento práctico de las diversas comarcas de la República, de sus productos, usos y necesidades, que ha de ser luego elemento de las leyes que en su provecho se dicten, y que siendo más conocidas, harán naturalmente que las leyes dictadas sean mejores. Tienen los pueblos representantes instruidos y directos ante el Gobierno, y el Gobierno un medio más de conocer y remediar, por tanto, las necesidades de los pueblos. Con la exposición en conjunto de las experiencias individuales, se desechan las lentas y perniciosas, y se adoptan las que llevan más segura y rápidamente á la reforma agrícola que se proyecta en el país. En estas conferencias, cada uno de los jefes reunidos expone su opinión sobre puntos de interés general, cuál dice la que, á su juicio, es mejor manera de cultivar el cacao, cuál celebra la mejora que ha dado fruto en su departamento en el cultivo del café; y así cambiando mútuamente las ideas, las experiencias de todos vienen á aprovechar á cada uno, y las de cada uno son igualmente útiles á todos. Conocen

los Ministros, por informe verbal y detallado, las cuestiones que requieren su exámen y consejo, y se llevan los jefes á los pueblos las mejoras que observan en la capital. A más, con el cumplimiento de un deber patriótico, se robustece en el ánimo de los funcionarios el deseo de contribuir, con el aumento de la fama propia, á la prosperidad de la Nación.

Como base de estas conferencias, y al mismo tiempo copia del estado presente del país, la ley de Octubre ordena que los Jefes políticos lean en su primera reunión un informe conciso de las obras públicas llevadas á cabo en sus departamentos; de sus escuelas y sus campos; de sus pueblos, haberes y esperanzas. Los que se han traído á las conferencias este año son los que se ofrecen hoy al público.

Estos informes se ofrecen, no como una nueva exhibición de buenos deseos, no como una muestra artificiosa y literaria, sino como el resultado ingénuo y cierto de la obra de los representantes del Gobierno en nuestras ricas y extensas comarcas. Lo que les falta de galas de dicción, de buena voluntad les sobra. Si no acusan portentosos adelantos, revelan en cambio adelantos graduales, logrados con el convencimiento de los que han de adelantar, modo único de conseguir progresos positivos. En estos informes se presentan, entre reflexiones de trascedental interés, quejas de familias, cuestiones de detalle, minuciosidades de administración íntima, que se le conservan en su publicación, para que en estos documentos aparezcan con todo su propio y sincero carácter. Pero, á par de estas interioridades administrativas, tráta-

se en los informes, si bien con la concisión que la ley les exije, todos los grandes problemas á que quiere hallar solución patriótica el benéfico anhelo del Gobierno. Código de deberes patrios es la ley que organizó estas conferencias.

Entre estos documentos, algunos, como el de Chiquímula, son descripciones concienzudas, amenas y correctas; otros, como el de la Alta Verapaz, nos revelan mágicas riquezas; esmaltan á otros, como al de Huehhuetenango, atinadas y graves reflexiones, otros, como el de Amatitlan, son fervientes aspiraciones al progreso. Pero, de todos ellos resulta que los funcionarios que dirigen las ántes dormidas fuerzas del país, obran activamente guiados por un comun y noble pensamiento.—Revolucionarios útiles, comprenden que las revoluciones son estériles cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en los campos. Y benévolos y humanos, en vez de desdeñar la pobre raza tanto tiempo azotada y olvidada, no la relegan á las selvas, ni abruman sus espaldas con cargas ominosas, sino procuran infundirles, concediéndosela, y llamándolos con avidez; la libre personalidad de que carecen.—La mejor revolución será aquella que se haga en el ánlmo terco y tradicionalista de lcs indios.

Todas las que, por importantes, podrían llamarse cuestiones vivas del país, preocupan á los autores de estas páginas: creación, circulación y cambio de riquezas; mejoramiento de la raza aborígene; afianzamiento y aumento de la industria agrícola, como la menos expuesta á los vaivenes de la fortuna; establecimientos de las escuelas que, razonando los derechos, los afirman,—explicando los misterios del trabajo, preparan al trabajador á mejorarlo,—y despertando nobles ambiciones, sugieren á la actividad los medios de llegar á satisfacerlas.

Revelan los informes las ideas dominantes en la mente del Jefe del Estado, y de los espíritus enérgicos que le ayudan en su tarea. Nótase como ha fructificado ya el empeño que el Gobierno pone en convencer á los pueblos de que las grandes necesidades de la República son el ensanche de la comarca cultivada, y la educación de los espíritus incultos. Atención preferente consagran los Jefes políticos á cuantos á Instrucción y Agricultura se refiere.

Hay propagandas que deben hacerse infatigablemente, y toda ocasión es oportuna para hacerlas. La riqueza minera de difícil y casual logro, hunde las fortunas con la misma rapidez con que las improvisa. La riqueza industrial necesita larga preparación y poderosas fuerzas, sin las cuales entraría vencida en una concurrencia múltiple y temible. La riqueza agrícola, como productora de elementos primos necesarios, más rápida que la industrial, más estable que la minera, más fácil de producir, más cómoda de colocar, asegura al país que la posee un verdadero bienestar. Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecen de mercado; los productos agrícolas fluctúan y valen más ó menos, pero son siempre consumidos, y la tierra, su agente, no se cansa jamás.

Y como nuestras tierras fueron por la naturaleza tan ricamente dotadas; como tenemos en todas partes á la mano este agente infatigable de producción, al progreso agrícola deben enderezarse

todos los esfuerzos, todos los decretos á favorecerlo, todos los brazos á procurarlo, todas las inteligencias á prestarle ayuda. El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

La Instrucción acaba lo que la Agricultura empieza. La Agricultura es imperfecta sin el auxilio de la Instrucción. La Instrucción da medios para conocer el cultivo, acrecerlo, perfeccionarlo; prepara un fuerte régimen político, totalmente imposible sin ella, porque el régimen de las voluntades no puede existir allí donde las voluntades no existen: y no existen útilmente, en tanto que no existen inteligentemente. La instrucción abriendo á los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos. ¿Cómo se podrá elegir el mejor arado, si no se conocen las diversas clases de arado? ¿Cómo se podrá reformar la tierra, si no se conoce la naturaleza de la tierra? ¿Cómo se podrá reclamar un derecho si no se sabe definir su esencia? ¿Como se podrá hacerse todo esto, y sentirse hombre y decirse que se lo es, sino se sabe leer y escribir? Nada garantiza tanto los sentimientos liberales del Gobierno actual, como la prisa que demuestra por difundir la instrucción. No teme á los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien.

A estas dos, únese una tercera cuestión importántisima, La raza indígena. Muy difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve; sobre el que se echan con descuido los ojos, cuando el bienestar de todos los que en esta tierra viven, de él depende. Estos informes confirman lo que de los indígenas se sabe. Son retraidos, tercos, huraños, apegados á sus tradiciones, amigos de sus propiedades, enemigos de todo estado que cambie sus costumbres. Pero estos mismos defectos, estudiados en su orígen, acusan las inapreciables cualidades de los indios. Dedúcese de ellos que son constantes, leales, firmes y severos; que aman profundamente; que rechazan fieramente lo que no creen bueno. ¿Qué no podría hacerse, cuando logremos atraernos á hombres que tienen tales dotes? ¿Cuándo la fidelidad, la lealtad y la constancia fueron en raza alguna, malas condiciones? Si hoy las emplean en rechazar toda mejora, es porque los hombres que pretenden llevar las reformas á sus pueblos, son los mismos que en otro tiempo, de generación en generación, lo han venido engañando, castigando y burlando; los que aparecen á sus ojos como las hurtadores de sus propiedades, como los seductores de sus mujeres, como los profanadores de sus ritos, como los iconoclastas de su religión. Intereses malévolos los mantienen en estas condiciones. ¿Qué medios habría para torcer estas hostiles voluntades, para hacernos amigos de los que con razón harta, nos han tenido siempre como sus enemigos implacables? Hacernos amar de aquéllos de que nos hemos hecho odiar. Inculcar á los ladinos conmiseracíón y apego á los indígenas. Probarles con actos repetidos que se trata de su bien. No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho. Pero cuando con inteligencia y decisión se realice esta obra; cuando con incansable amor se cumpla; cuando trayéndolos á los pueblos los invitemos, á los honestos goces de la vida comunal, cuando en vez de inspirarles recelo, les inspiremos con nues-

tra ternura para ellos, ternura y confianza, los indios industriosos, leales, artistas, ágiles y fuertes, serán el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora.

Nótase á este propósito en los informes un dato que es de justicia señalar. Nótase tacto en el Supremo Gobierno para ir consiguiendo de los pueblos, por la persuación, el convencimiento y la dulzura, el progreso que gobernantes menos avisados hubiesen pretendido lograr por disposiciones acres y perentorias; con lo cual en vez de conseguirlo lo hubieran retardado y malogrado.

Muy difícil es el problema y mucha constancia, benevolencia y unánime prudencia necesita. Los ladinos han menester en esto tanta predicación como los indios. Debe aconsejárseles suavidad y calma:—y que, para asegurar mejor sus intereses los sepan por algun tiempo contener. De las aptitudes de los indios, solo el que los hubiera estudiado ligeramente dudaría.

Bien es verdad que, con acento amargo, se quejan de ellos los Jefes políticos de Guatemala, Amatitlán y Huehuetenango, pero en estos informes mismos se lee cómo van ya cediendo los indios de Jalapa; cómo los de la Alta Verapaz viven en buenos pueblos, y cómo los mismos fieros indígenas de Olapa, en medio de sus rudos hábitos, revelan los conocimientos que ya tienen, y las cualidades de inteligencia y trabajo que en ellos se podrían utilizar. Educados los indios, crecería, con el buen acuerdo en el reparto de las tierras, el área cultivada; reunidos los esfuerzos individuales, aumentarían en importancia las poblaciones; y no habría que volver con tanta ansiedad los ojos á tierras

extranjeras, en demanda de brazos y aptitudes, que con habilidad y blandura, podríamos conseguir en nuestras tierras.

A más de estas cuestiones de solución urgente; á más de estas atenciones de campos, escuelas é indios, los informes tratan de otras, que son como consecuencia y complemento de ellas. ¿Qué harían los campos pletóricos de frutos si no se abriesen para su salida cómodos caminos? La posibilidad de la exportación despierta el apetito del agricultor: la imposibilidad ó dificultad, lo hace desconfiado y perezoso. La venta es el premio del trabajo: los caminos que facilitan la venta, son su estímulo. Así se observa que en aquellos departamentos donde se han abierto nuevas vías ha crecido la producción. En el departmento de San Marcos páganse estas contribuciones, y préstanse estos servicios, sin trabajo y con presteza. Convencidos aquellos habitantes de que atender al bien general es favorecer y acelerar el propio, cumplen sin repugnancia estos deberes vitales, que ensanchan su horizonte, y llenarán sus arcas. Si se emplea á hombres del campo en este trabajo, nada es más justo que se emplee en una obra á aquellos á quienes directamente ha de aprovechar. ¿Qué derechos tendrían, si no, para reclamar un beneficio á que no hubieran contribuído?

Obsérvase en los informes que allí donde hay más cultura y más honrada ambición de trabajo, la contribución se ha pagado con más puntualidad, lo que demuestra que la ignorancia de los pueblos, arteramente explotada por los que de ella viven, funestamente dirigida por los que en su supersticiosa pereza fundan su poder, es la única causa

de estas inconcebibles resistencias. El pan arranca á sus hijos el que se niega á pagar, en dinero ó trabajo, este género de impuestos.

El Departamento de San Marcos, que entra briosamenle en la vía nueva, se promete grandes resultados del camino que lo unirá á Quezaltenango; Chimaltenango del de la Antigua; Totonicapam, del que, por el mutuo cambio de frutos, cree necesario hasta el Quiché. El activo Pochuta celebra la vía que lo unirá á Patzún, y la Alta Verapaz habla con entusiasmo de las ventajas que ha de producirle el camino carretero que vá á acercar el fértil Senaju al rico Panzos. Zacapa y la Baja Verapaz dan verdadera importancia á los caminos. Así anchas las vías, segura la exportación, abaratados los fletes, con el aumento de la posibilidad de la ganancia, crecerá la enérgica actividad de los agricultores.

Justo es consignar, ya que de agricultura aún se habla, el celo que los Jefe políticos despliegan en la creación de los almacigos, en el cuidado de las siembras comunales, en la distribución de la semilla y, en el cambio de los cultivos ímprobos por los que ofrecen con iguales esfuerzos, pingüe fruto. Lógrase ya de muchos indios que vuelvan á la siembra del cacao, y sustituyan al rutinario maíz el café rico. La Alta Verapaz, risueña y joven, ofrece al trabajo frutos óptimos; las más variadas producciones solicitan la explotación inteligente; la mansa condición de los naturales favorece este llamamiento de la tierra; la cercanía de los puertos auxilia á los hombres laboriosos, improvisadas fortunas son allí mudo ejemplo de las facilidades naturales; abundantísima flora seduce á los ánimos

activos, y ofrece devolver con generosa usura los que explotan sus secretos.

Amaillán reparte tierras; Coban recibe solicitudes incesantes; Sololá ha medido y distribuído 144 caballerías, baldías hasta hoy. Elógianse las leyes sobre distribución de los terrenos, como si ya los pueblos comprendieran que la distribución de la propiedad, y el cambio de tierras estériles en tierras productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales, es causa inmediata de la riqueza del país, lograble fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios.

Hojeando estas páginas, vése con placer que el Gobierno atiende á hacer reales economías en el presupuesto militar de los departamentos. Y sí en algunos, por ser ya muy exiguos, ó por exigirlo las condiciones de la comarca, no ha podido aminorarse, otros como Santa Lucía, ahorran en $2,000, $700; otros como Escuintla, pagan sus escuelas con el ahorro conseguido en el presupuesto de la guerra.

De las obras públicas dan minuciosa cuenta los celosos funcionarios.

Las Municipalidades, responsables directísimas de la honradez y bienestar de los pueblos, constrúyense locales apropiados á la severa autoridad que ejercen. En las ciudades importantes desprovistas aún de rastros créanse éstos, necesarios para la pública salud. Cércanse los cementerios y aléjanse de los centros de población; elementales medidas de higiene. Estudia Quezaltenango, con entendidos ingenieros, el medio de librar á la población, las inundaciones que á veces la amenazan. Y las

más pobres aldeas muestran celo en la construcción de locales para escuelas estas iglesias humildes, donde se aprende á conocer y amar la patria.

Dato muy importante, no por cierto nuevo, ofrecen estos informes, en cuanto á la moralidad de los habitantes de la República. Sanos y sobrios, por lo común, vése, sin embargo, que allí donde los hombres viven sin gran esfuerzo y sin estímulos, la embriaguez y la pereza merman las fuerzas del hombre;—y allí donde se trabaja, donde se lee, donde se abren caminos; donde—como en San Marcos—se desean máquinas, donde se aspira á mayor bien, allí la embriaguez, si existe, disminuye y la moralidad pública aumenta.

Crear, pues, necesidades, es un seguro medio de favorecer la moralidad, ocupando á los hombres, antes que en deshonestos ó delincuentes vicios, en la manera de satisfacer aquellas.

Leídos estos documentos en conjunto, dejan en quien lee vivos pensamientos de esperanza, por las fuerzas que revelan; de gratitud á los que patrióticamente las conducen. Véase por ellos, y de cuanto se deduce, que el Supremo Gobierno pone la activa mano en el establecimiento de graves reformas sociales, con urgencia reclamadas por el estado naciente del país. Este pueblo por natural vocación, ha de ser un gran pueblo agrícola. No lo será si no es un pueblo instruido. No lo será; si—en vez de mantener en lucha los elementos que lo forman,—no se asimilan estrechamente, y obran, ladino é indígena, movidos por pensamientos comunes y semejantes intereses.

De aquí esos decretos que reparten tierras; esas leyes que aderezan para el cultivo las extensiones

que antes fueron inmóvil é improductivo privilegio de egidos y comunidades. De aquí el apresuramiento en la creación de las escuelas; la contribución de caminos; la redención de censos, que, si á veces lastiman intereses tercos y parciales, favorecen y preparan mayor suma de naturales intereses. Nadie debiera resistir estas medidas, si pensara que lo que se sacrifica en bien de todos refluye luego en bien de cada uno.

En cuanto á los autores de los informes, es de observar cómo los empleados del Gobierno conocen su espíritu, y en la medida de sus fuerzas, procuran realizarlo. Enseñar á leer y enseñar á cultivar son en el Gobierno mente fija: y tal es la mente de los Jefes políticos. Siembran, reparten, propagan las excelencias del café, hacen maestros —en espera de maestros mejores—á los secretarios de los pueblos, atraen y convencen á los indios. Bien hacen en secundar con tanto celo estas salvadoras miras. Un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas; cuando no es solo el Gobierno quien lo impone, sino las necesidades de él, que de la convicción unánime resulta. Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no lo secundaran con vigor é inteligencia la voluntad de los empleados. Las épocas de reforma no permiten reposo. Los apóstoles de las nuevas ideas se hacen esclavos de ellas.

La práctica irá haciendo cada vez más completos é importantes estos informes, anuales resúmenes de los trabajos de mejora durante cada año realizados. Ellos vendrán á servir de explicación al país, de estímulo á los pueblos, de premio á sus

inmediatos gobernantes. Ya los que hoy se presentan dan idea aproximada de la fertilidad de nuestros campos, y de la creciente actividad de los que han de hacerlos producir. El espectáculo de la riqueza excita el esfuerzo humano: estos informes ayudan á la tarea de hacer conocer á nuestro país á los extraños y sus mismos hijos,—tarea importante que nunca, aún á riesgo de cansar con ella, debiera interrumpirse.

En lo que al Gobierno toca, más que á retóricos encomios y celebraciones vagas, deben satisfacerlo estos resultados reales de su visible afán por el engrandecimiento material y preparación de la República. Nobles y justos goces hay para él en esta obra palpable, en este concierto halagador de escuelas que se abren, de haciendas que se fundan, de vías que los ensalzan, de niños que se instruyen, de labriegos é indígenas que leen.

A JOSE JOAQUIN PALMA [1]

(1) Este trabajo se publicó como introducción á las Poesías de José Joaquín Palma, en Teguagalpa (Honduras), en 1882.

PALMA AMIGO:

Te devuelvo tu libro de versos: ¡no te lo quisiera devolver! Gustan los pobres peregrinos de oir cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mal, ruido del patrio río. ¡Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza! ¡Bien hayan siempre los poetas, que en medio á tanta humana realidad anuncian y prometen la venidera realidad divina! Lejos nos lleva el duelo de la patria: apenas sí, de tanto sufrir, nos queda ya en el pecho fuego para calentar á nuestra mujer y nuestros hijos. Pero puesto que la poesía ungió tus lábios con las mieles del verso, canta, amigo mio, el mar tormentoso, semejante al alma; el relampágo, semejante á la justicia de los hombres; el rayo que quebranta nuestras palmas; los bravos pechos que llenan con su sangre nuestros arroyos. Cuando te hieran, canta! Cuando te desconozcan, canta! Canta cuando te llamen errante y vagabundo, que este vagar no es pereza, sino el desdén. Canta siempre, y cuando mueras, para seguir probablemente lejos de aquí cantando, deja tu lira á tu hijo, y dí como Sócrates á sus discípulos en la tragedia de Giacometti: "Suona, é l'anima canta"

Tú nacistes para eso. El rocío brilla; el azahar

perfuma; el espíritu asciende; canta el bardo. Trabaja enhorabuena; pero cuando dejes la pluma, toma la lira. ¿No ves que concierto de simpatías levantan unos cuantos versos tuyos? ¿Qué cortejo de amigos te siguen? ¿Cuántos ojos de mujer te miran? ¡Miradas de mujer, premio gratísimo! Es que lleva el poeta en su alma excelsa la esencia del alma universal.

Tu eres poeta en Cuba, y lo hubieras sido en todas partes. Mudan con los tiempos las cosas pequeñas: las grandezas son unas y constantes. Tal fué el hombre viejo, tal el nuevo. Ni lágrimas más amargas que las que lloraba Homero, ni sacrificio más noble que el de Leandro. Safo dió el salto de Léucades: porque lo den desde el Sena, ¿es menos heróico el salto de las modernas numerosas Safos?

Tú, Palma, hubieras sido aeda en Grecia, scalder en Escocia, trovador en España, rimador de amores en Italia. ¡Rimador de amores! Tú eres de los que leen en las estrellas, de los que ven volar las mariposas, de los que espían amores en las flores, de los que bordan en las nubes. Se viene acá en la tierra unas cuantas veces cada dia, y el resto ¡oh amigo! se anda allá arriba en compañia de lo que vaga. ¡Rimador de amores! á tí, poeta tierno, no conviene el estruendo de la guerra, ni el fragor dantesco de los ayes, las balas y los miembros. Tú tienes más del azul de Rafael que del negro de Goya. Tu mundo son las olas del mar: azules, rumorosas, claras, vastas. Tus mujeres son náyades suaves, tus hombres, remembranzas de otros tiempos.

Tú llevas levita, y no la entiendes. Tú necesitas la banda del cruzado. Vives de fé; mueres de amor.

Si estuviéramos en los dichosos tiempos mitológicos—¡en aquellos en que se creía! tú creerías de buena voluntad que dentro del pecho llevabas una alondra. Nosotros, los que te oimos, sabemos que la llevabas en los lábios.

Hay versos que se hacen en el cerebro:—éstos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y á él van. Sólo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma. Hay poetas discutidos. Tú eres un poeta indiscutible. Habrá mayor corrección en una estrofa, no mas gracia y blandura; parecerán una palabra ó giro osados; pero como el espíritu anima las facciones, la poesía, espíritu tuyo, anima tus versos.

Tus versos parecen hechos á la sombra del cinamomo de la Biblia. El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor. Cierras el Evangelio de San Mateo, y ora envuelto en el fantástico albornoz, ora ceñida á la invencible cota, cantas trovas dulcisimas, como aquellas que debió oir en los jardines de la Alhambra Lindaraja. Tienes en tus versos el encaje de las espadas de taza de nuestros abuelos; los vivos y coloreados arabescos, menudas flores de piedras, sútil blonda de mármol de la Aljafería y de los alcázares. Eres perezoso como un árabe, bueno como un cristiano, galante como un batallador de la Edad Media.

Tú no conoces el río de la hiel en que empapaba su estilo Juvenal; no te visita el Génio de la Tormenta; no turba tus sueños la sombría visión apocalíptica, coronada de relampágos, segadora de malvados, sembradora de truenos. Los romanos

te dieron su elegía; los mártires, su unción; los árabes su décima y su guzla.

Comprimida en la forma, habrá un momento en que la dureza del lenguaje no exprese bien la delicadeza de tu espíritu. Aquí un consonante, allí un pié largo: la frágua no está templada siempre á igual calor. Pero estas cosas que te las diga un crítico. Yo soy tu amigo. Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de censurar.

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien mas que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente á los peñascos de Hidelber, á los frisos del Partenon, á la casa de Plinio, á la altiva Soborna, á la agrietada Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante, como nos vedan lo nuestro nos empapamos en lo ageno. Así, cubanos, henos trocados por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloran los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas á los piés de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos: lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los centros despedazados, los monumentos destruídos, la perdida

virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroinas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada á la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse á las alas de Victor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Becquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse á las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ageno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto ¡oh amigo mio! tanto como apostatar. Apostasias en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola á ser copia de historia y pueblos extraños.

Nobles son, pues, tus musas: patria, verdad, amores. ¿Quién no te ha dicho que tus versos susurran, ruedan, gimen, rumorean? No hay en ti fingidos vuelos, imágenes altisonantes, que mientras mas luchan por alzarse de la tierra, más arrastran por ellas sus alas de plomo. No hay en ti las estériles prepotencias del lenguaje, exuberante vegetación vacía de fruto, matizada apenas por solitaria y, entre las hojas, apagada flor. En un jardin, tus versos serían violetas. En un bosque, madreselvas. No son renglones que se suceden: son ondas de flores.

Tú eres honrado, crees en la vida futura: tienes en tu casa un coro de ángeles; vuelas cada verano

para llevarle su provisión de cada invierno. Tú nacistes con la lira á la espalda, el amor en el corazón y los versos en los lábios. ¿A que decirte más? Deja que otros te lo digan mejor.

En tanto, está contento, porque has sabido ser en estos dias de conflictos internos, de vacilaciones apóstatas, de graves sacrificios y tremendas penas, poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria.

BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE EN HONOR DE ADOLFO MARQUEZ STERLING EL 26 DE ABRIL DE 1879 EN LOS ALTOS DE "EL LOUVRE".

BIBLIOTECA DARIANA

Para rendir tributo, ninguna voz es débil; para ensalzar á la patria, entre hombres fuertes y leales, son oportunos todos los momentos; para honrar al que nos honra, ningún vino hierve en las copas con más energía que la decisión y el entusiasmo entre los amigos numerosos de Adolfo Márquez Sterling.

A mí, que de memorias vivo; de memorias y esperanzas,—por lo que tienen de enérgicas las unas y de soberbias y prácticas las otras,—á mí, que no consentiré jamás que en el goce altivo de un derecho venga á turbármelo el recuerdo amargo del excesivo acatamiento, de la fidelidad humillante, de la promesa hipócrita, que me hubiesen costado conseguirlo; á mí, átomo encendido, que tiene la voluntad de no apagarse, de un incendio vivísimo que no se extinguirá jamás sino bajo la influencia cierta, palpable, visible, de copioso, de inagotable, de abundantísimo raudal de libertades: á mí han querido encomendarme los numerosos amigos del bravo periodista, que con esta voz mía, que en el obligado silencio cobra fuerzas, para que nada sea bastante luego á ahogarla en mi garganta, diga al enérgico hombre de combate el amoroso aplauso con que los espectadores de las gradas, que más que las holguras de la vida, quieren tener viva la dignidad, viva la libertad, vivo el decoro, ven co-

mo en la abierta liza, por sobre todas las espadas que se cruzan, movilísima, flamígera, brillante, luce y se agita siempre el arma ruda del más franco, del más afortunado, del más brioso y loado caballero.

No es este un hombre ahora: cuando en los hombres se encarna un grave pensamiento, un firme intento, una aspiración noble y legítima, los contornos del hombre se desvanecen en los espacios sin confines de la idea. Es un símbolo, un reconocimiento, una garantía. Porque el hombre que clama, vale más que el que suplica: el que insiste hace pensar al que otorga. Y los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan. Hasta los déspotas, si son hidalgos, gustan más del sincero y enérgico lenguaje que de la tímida y vacilante tentativa.

A este símbolo saludamos, á la justicia y al derecho encarnados en su obra, que nos han sido tributados: al tenaz periodista, al observador concienzudo, al cubano enérgico, que en los días de la victoria no la ha empequeñecido con reminiscencias de pasados temores, ni preparaciones de posibles días; que en los días de nuestra incompleta libertad conquistada, de nadie recibida, ha hablado honradamente con la mayor suma de libertad y de energía posibles.

Si tal, y más amplia y completa, hubiera de ser la política cubana; si hubieran de ponerse en los labios todas las aspiraciones definidas y legítimas del país, bien que fuese entre murmulios de los timoratos, bien que fuese con repugnancia de los acomodaticios, bien que fuese entre tempestades de rencores: —si ha de ser más que la compensación

de intereses mercantiles, la satisfacción de un grupo social amenazado y la redención tardía é incompleta de una raza que ha probado que tiene derecho á redimirse:—si no se ha extinguido sobre la tierra la raza de los héroes y á los que fueron suceden los héroes de la palabra y del periódico; si al sentir, al hablar, al reclamar, no nos arrepentimos de nuestra única gloria y la ocultamos como á una pálida vergüenza;—por soberbia, por digna, por enérgica, yo brindo por la política cubana.

Pero si entrando por senda estrecha y tortuosa, no planteamos con todos sus elementos el problema, no llegando por tanto, á soluciones inmediatas, definidas y concretas; si olvidamos, como perdidos ó deshechos, elementos potentes y encendidos; si nos apretamos el corazón para que de él no surja la verdad que se nos escapa por los labios; si hemos de ser más que voces de la patria, disfraces de nosotros mismos; si con ligeras caricias en la melena, como de domador desconfiado, se pretende aquietar y burlar al noble león ansioso, entonces quiebro mi copa: no brindo por la política cubana.

En tanto que se eleva y fortifica, brindemos admirados por el talento que recorta asperezas, fortifica pueblos, endulza voluntades; por el talento redentor, sea cualquiera la tierra en donde brille; por el talento unificador que tiene aquí sacerdotes y apóstoles; y especial y amorosamente, por el brioso justador que con lustre del lenguaje, público aplauso, cívico valor y pasmo de los débiles, ha sabido encarnar en tipos felicísimos, á punto de concebidos, populares, nuestras desdichas, clamores y esperanzas.

Saludemos á todos los justos; saludemos dentro de la honra, á todos los hombres de buena voluntad; saludemos con íntimo cariño al brillante escritor que nos reune; al aliento y bravura que lo animan; y á la patria severa y vigilante, á la patria erguida é imponente, á la patria enferma y agitada que inflama su valor.

EL POEMA DEL NIAGARA[1]

(1) Publicado en la "Revista de Cuba", tomo XIV.—1883.

¡Pasajero, detente! Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros,—que lo son porque á nadie repitieron,—ni decidor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan á los hombres honrados á esconder sus pesares como culpas y sagrados lamentos, como pueriles futilezas! Este que viene conmigo es grande, aunque no sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito el Poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro—porque este es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira,—y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse á medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acontecimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse

sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! ¡Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, ó sublimadas en sonante prosa ó en alados versos, mas luego que se han abrazado á la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía á ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnifica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella, para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos á los pies y á los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacar del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar,—como brota perfumes una rosa, y dá conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, á par que que con sonidos misteriosos acompañan en su lira á las viajeras, á ver volar las águilas:—pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las

seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él á las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene á suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden á toda grandeza, á entrar en el goce de sí mismos, y á ser reyes de reyes, es para los poetas,—hombres magnos,—por la confusión que el cambio de estados, fé y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fé y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve á las de su alma. De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavón del plumaje brillante, del dón del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran á apurar, coronados de guir-

naldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebetes, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fué hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, ó como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado á profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte á colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso ó predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra,—y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en

todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir á la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite de alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables é inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, ó se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian á cada instante de forma y via, agitados del susto que produce la probalidad ó vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios é intranquilos; alarmado á cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que ántes se reverenciaban; desconocidas aun las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, caracter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios

amenos del pretendiente en corte, ó en el ancho sillón del cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce,—por ser sentimiento culminante y vehemente, cuya tensión fatiga y abruma,—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; este es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan á andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban á andar daban en muro de solar de señor ó en bastión de convento. Se ama á un Dios que lo penetra y lo pervade todo. Parece profanación dar al Creador de todos los séres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los séres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los piés desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador,

enconado, fustigante, ajusticiado, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como ántes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos dias y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban á agruparse á la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, dejo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, ó en badajo de campana de iglesia, ó en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias en amor trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guarda-infante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen mas hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oir no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oido puesto á todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutíl, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no ha-

cen familia en la mente, como ántes, mi casa, mi larga vida. Nacen á caballo, montadas en relámpago, con alas. No creen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, á número escaso de lectores; sino que, apénas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen á la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente No alcanza el tiempo para dar forma á lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran,—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas; se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas, de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también, que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que

se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando á las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo á cosechar los frutos de la naturaleza y á estimar sus flores, tocan los antiguos maestros á menos flor y fruto, y á más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como á una descentralización de la inteligencia. Ha entrado á ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual á colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se dilúen, se expanden las cualidades de los privilegiados á la masa; lo que no placerá á los privilegiados de alma baja, pero sí á los de corazón gallardo y generoso, que saben que no es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá á la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo

hombre que se detiene á verse, anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy—auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa—la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza á ser crimen. La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados á los bardos modernos, que aunque á veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aún suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden á las breñas agrestes de Inglaterra, y de otro á la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones;—y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el arbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio á que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladradores; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses, —la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu

del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros á los labios sedientos de los poetas:—¡vacíen de sus copas de preciosas piedras el agrio vino viejo, y pónganlas á que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, á los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los piés y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fué, en más ó en menos, poeta personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales ó sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más ó menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía á su hijo; mas él á sí propio: no hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún y harto confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí—porque á los pueblos viene el perfume como al vino, con los años—elementos poéticos; sacadas al vien-

to, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, lubcélica; la vida íntima febril, no bien enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido á ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas, cuánto trabajo cuesta hallarse á sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le obscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable —alimentada. No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar el ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto á su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene á la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene á ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida á las veces por el mismo

en quien hace su obra canta, á la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar á los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de agenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada. ¡He ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres á sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca ó envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca á cada hombre reconstruir la vida: á poco que mire en sí, la reconstruye. Asesino alevoso, ingrato á Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir á las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio! Reo es de traición á la naturaleza el que impide, en una vía ú otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el expontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre! ¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el pondero-

so justador, el caballero de la libertad humana—que es orden magna de caballería,—el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas en tono de plegaria y las sacó de la oración á modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos! El poema está en el hombre, decidido á gustar todas las manzanas, á enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y á trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios, en otro tiempo, la espada exterminadora! El poema está en la naturaleza, madre de senos próvidos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! ¡Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza!

¡El poema del Niágara! Lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido, que pide á su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y encala la frente del hombre á la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde é ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo eterno y el vertimiento deleitoso en la creación

del que vuelve á sí el hombre ébrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido rey de la naturaleza!

¡El poema del Niágara! El halo de espíritu que sobrerodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va á parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que desvasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le diviertan, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruje; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar ó en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vió en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente á lo general y á lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la

relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estalos animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vió solo; catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada á la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse á rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio del análisis que las reprime cuando no las prohibe ó ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora á gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada;—en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un arbol en el cuerpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le

batían las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía! lo presente, ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo! lo venidero, ¡todo está obscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fué el poeta á saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor á la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heróicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfríase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el *hosanna!* La luz es el gozo supremo de los hombres. Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero, ora columnas de fuego, ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Icaro. Es nuestro tiempo, enfrente de nuestra naturaleza. Ser eso es da-

do á pocos. Contó á la Naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fué pujante, porque fué sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fué impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito. Vese aún á trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la Naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma, pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero á poco pone bien el oído, y á despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla; el consonante magulla siempre; allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió á estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fué esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va á morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos á forma ni extensión; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre á costa de la perfección de la

idea. Pues el rayo ¿obedece á marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fué jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y á cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura ámplia; el lienzo extenso; los colores á prueba de sol. La frase llega á alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, ó plegada con majestad, ó fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, ó concluído con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por decontado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, á mellar aquí un extremo, á fortificar allí una juntura, á abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, só-

lida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, ó amarillentos, ó mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, más dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja á cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fué hecho de una pieza.

Oh! esa tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque de plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, cómo maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no

cegar á destiempo en cuanto á las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de traje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aún con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que á cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene á recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oido. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la

lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fé absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oido lo que no dice. Saca fé en lo eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el eco que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dió,—le responde que nada sobrevive á la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. No! la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se dá á los mares. La muerte es júbilo, reanu-

damiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada á la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan á la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—¿y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado á tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra? Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fé en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que á veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? Echa su cuerpo á la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado, que te alimentas de tí mismo. Hé aquí una lira que vibra!

hé aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone á los aires vivos la arrogante frente! He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! He aquí un vigoroso braseador que pone el pié seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno. Él no persigue á la poesía, breve espuma de mar hondo, que sólo sale á flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa á los importunos sus caprichos. Él aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, á vientos desconocidos, y se anda naturalmente á paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y vé en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida á las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fué libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrogan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar el ejercicio natural de sus facultades á criatura tan augusta como el sér humano? ¿Quiénes son esos buhos que vigilan la cuna de los reciénnacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de

la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender á Dios, se arroja á corregir la obra divina? Oh Libertad! no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de tí el reciénnacido! ¡Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretensiosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres á la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, á ser esclavos de la Libertad! ¡Bien hayas, cantor ilustre, y vé que sé qué vale esta palabra que te digo! ¡Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rápsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno á la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trágiste á la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja á los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimiento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas agenas, males de libros, fé prescrita, y caliéntate á la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pié sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando á la vida su secreto.

EL 10 DE ABRIL

BIBLIOTECA CENTRAL

Mas bella es la naturaleza cuando la luz del mundo crece con la de la libertad; y va como empañada y turbia, sin el sol elocuente de la tierra redimida, ni el júbilo del campo, ni la salud del aire, allí donde los hombres, al despertar cada mañana, ponen la frente al yugo, lo mismo que los bueyes. Guáimaro libre nunca estuvo más hermosa que en los días en que iba á entrar en la gloria y en el sacrificio. Era mañana y feria de almas Guáimaro, con sus casas de lujo, de calicanto todas, y de grandes portales, que en calles rectas y anchas caían de la plaza espaciosa á la pobreza pintoresca de los suburbios, y luego el bosque en todo alrededor, y detrás, como un coro, las colinas vigilantes. Las tiendas rebosaban. La calle era cabalgata. Las familias de los héroes, anhelosas de verlos, venían adonde su heroismo, por ponerse en la ley, iba á ser mayor. Los caballos venían trenzados y las carretas enramadas. Como novias venían las esposas; y las criaturas, como cuando les hablan de lo sobrenatural. De los estribos se saltaba á los brazos. Los españoles, alegres, hacían buena venta. Era que el Oriente y las Villas y el Centro, de las almas locales perniciosas componían espontáneas el alma nacional, y entraba la revolución en la república. El

jefe del Gobierno provisional de Oriente acudía al abrazo de la Asamblea de representantes del Centro. El pabellón nuevo de Yara cedía, por la antigüedad y la historia, al pabellón, saneado por la muerte, de López y de Agüero. Venía Céspedes, á detenerlo á la puerta de la Cámara, en el caballo que le pidió al Camagüey permiso para ir por su territorio á beber las aguas del Almendares. El sable que Céspedes regaló á Agramonte, en la visita en que el Oriente quiso seguir hasta palacio con su ley y el Centro quiso poner á la guerra las formas de la república, esperaba inquieto, antes que desenvainarse mal, la carta de libertades que ha de poner por sobre su cabeza, y colgar del pecho de su caballo, todo militar de honor. En los modos y en el ejercicio de la carta se enredó, y cayó tal vez, el caballo libertador; y hubo yerro acaso en poner pesas á las alas, en cuanto á formas y regulaciones, pero nunca en escribir en ellas la palabra de luz. Ni Cuba ni la historia olvidarán jamás que el que llegó á ser el primero en la guerra, comenzó siendo el primero en exigir el respeto de la ley..... Estaba Guáimaro señorial más que nunca hermoso, como familia en fiesta. Venían el Oriente y el Centro y las Villas al abrazo de los fundadores.

***

¿A quién salen á ver, éstos, saltando el mostrador, las casas saliéndose á los portales, las madres levantando en brazos á los hijos, un tendero español sombrero en mano, un negro canoso echándose de rodillas? Un hombre, erguido y grave, trae á buen andar, alta la rienda, el caballo poderoso; manda por el imperio natural, más que por la estatura; lleva al sol la cabeza, de largos cabellos; los ojos claros y firmes, ordenan, más que obedecen: es blanca la chamarreta, el sable de puño de oro, las polainas pulcras.

¡Y qué cortejo el que viene con Carlos Manuel de Céspedes! Francisco Vicente Aguilera, alto y tostado, y con la barba por el pecho, viene hablando, á paso de hacienda, con un anciano florido, muy blanco y canoso, con el abogado Ramón Céspedes. Van callados, del mucho amor el uno, y el otro de su seriedad natural, José María Izaguirre, que en los de Céspedes tiene sus ojos, y Eligio, el otro Izaguirre, rubio y barbado. Corte á caballo parece Francisco del Castillo, que da á la guerra su fama y su fortuna, y en la Habana, cuando se enseñó, ganó silla de prohombre: y le conversa, con su habla de seda, José Joaquín Palma, muy mirado y celebrado, y muy arrogante en su retinto. El otro es Manuel Peña, todo brío y libertad, hecho al sol y al combate, brava alma en cuerpo nimio. Jesús Rodríguez es el otro, de más hechos que palabras, y hombre que se da, ó se quita. Van y vienen, caracoleando, el ayudante Jorge Milanés, muy urbano y patricio; el gobernador Miguel Luis Aguilera, criado al campo leal, y prendado del jefe; y un mozo de ancha espalda y mirada á la vez fogosa y tierna, que monta como quien nació para encabezar, y es Fernando Figueredo. En silencio pasan unas veces, y otras se oye un viva.

¿Por quién manda Céspedes que echen á vuelo las campanas, que Guáimaro se conmueva y alegre, que salga entero á recibir á una modesta comitiva? Entra Ignacio Agramonte, saliéndose del

caballo, echando la mano por el aire, queriendo poner sobre las campanas la mano. El rubor le llena el rostro, y una angustia que tiene de cólera: "¡Que se callen, que se callen las campanas!" El bigote apenas sombrea su labio recio: la nariz le afina el rostro puro: lleva en los ojos su augusto sacrificio. Antonio Zambrana monta altivo, como clarín que va de silla, seguro y enfrenado; el Marqués va caído, el ardiente Salvador Cisneros, que es fuego todo bajo su marquesado, y cabalga como si llevara los pedazos mal compuestos; Francisco Sánchez Betancourt trae á la patria lo que le queda aún del cuerpo pobre, y todos le preguntan, rodean y respetan. Pasa Eduardo Agramonte, bello y bueno, llevándose las almas. ¡Allá van,—entre el polvo,—los yareyes, y las crines, y las chamarretas!

Los de las Villas llegaron más al paso, como quienes venian de marchas muy forzadas, y á bala viva ganaron el camino al enemigo. Les mandaba la escolta el polaco Roloff, noble jinete que sabe acometer, y sabe salvar, alto de frente, inquieto y franco de ojos, reñido con las esperas, é hijo fanático y errante de la libertad. Doctores y maestros y poetas y hacendados vienen con él; ¡y esto fué lo singular y sublime de la guerra en Cuba: que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron! Por el valer y por los años hacía como de cabeza Miguel Jerónimo Gutiérrez, que se trajo á pelear el juicio cauteloso, el simple corazón, la cabeza inclinada, la lánguida poesía, el lento hablar, y su hijo. Honorato Castillo venía á levantar la ley sin la que las guerras paran en abuso, ó derrota, ó deshonor,—y á volverse al

combate, austero y audaz, bello por dentro, corto de figura, de alma clara y sobria. Manso "como una dama" en la conversación, peinadas las barbas de oro, y todo él consejo y cortesía cabalgaba Eduardo Machado, ya comentando y midiendo; y con él Antonio Lorda, en quien el obstáculo de la obesidad hacía más admirable la bravura, y la constancia era igual á la llaneza; las patillas negras se las echaba por el hombro: clavaba sus ojos claros. Arcadio García venía con ellos, natural y amistoso, y patria todo, y buena voluntad; y Antonio Alcalá, popular y querido, y cabeza en su región; y Tranquilino Valdés, de voto que pesa, hombre de arraigo y calma. Iba la cabalgata fatigada y feliz: se disputaban á los valientes villareños las casas amigas: ¿no habían llegado allí, los bravos, bajo un toldo de balas?

***

Tienen los pueblos, como los hombres, horas de heróica virtud, que suelen ser cuando el alma pública, en la niñez de la esperanza, cree hallar en sus héroes, sublimados con el ejemplo unánime, la fuerza y el amor que han de sacarlo de agonía; ó cuando la pureza contínua de un alma esencial, despierta, á la hora misteriosa del deber, las raíces del alma pública. Son entonces los corazones como la flor de la maravilla de nuestras sabanas, todos sensibles y de color rico; y hay guirnaldas de almas, lo mismo que de flores. Dejan caer la pasión los pechos más mezquinos, y la porfía es por vencer en la virtud. Manos heladas del poco uso, se dan con vehemencia: los hombres no se mur-

muran los méritos, ni se los picotean: miran de frente los ojos resbaladizos. Guáimaro vivió así, de casa en casa, de junta en junta, de banquete en banquete. Hoy Céspedes convidó á su mesa larga, entre rústica y rica, con ochenta cubiertos, y manteles y vinos: y en la mirada ceremoniosa, y siempre suya, se le veía la felicidad: ¡qué arranques conmovedores, de jóvenes y de viejos, y qué mezcla de pompa aprendida y de grandeza natural en los discursos! Luego el Centro invitó á Oriente y á las Villas. Y las Villas invitaron después. Y después Manuel Quesada, general del Centro entonces, la palabra entre melosa y altanera, el vestido ejemplar y de campaña, alta y calzada la estatura. No había casas con puertas, ni asamblea sin concordia, ni dudas del triunfo. La crónica no era de la que infama y empequeñece, sobre mundanidades y chismes; sino de las victorias más bellas de los héroes, que son las que alcanzan sobre sí propios. Las conversaciones de la noche eran gloriosos boletines. Que Céspedes, convencido por fin de la urgencia de arremeter, cedía á la traba de la Cámara. Que Agramonte y Zambrana, porque no se les tuviera la idea de la Cámara por aspiración personal, ponían en el proyecto de Constitución que la junta de representantes les encargó, lejos de su alcance por algunos años la edad de la presidencia. Que Céspedes cedía la bandera nueva que echó al mundo en Yara, para que imperase la bandera de Narciso López, con que salió á morir con los Agüeros el Camagüey. Que el estandarte de Yara y de Bayamo se conservaría en el salón de sesiones de la Cámara, y sería considerado como parte del tesoro de la República.

Que aunque suene por parte de los unos á amenaza ó reticencia, los otros consentirán en que la Cámara quede con el derecho de juzgar y de deponer á los funcionarios que puede nombrar. Que la Cámara pueda nombrar el Presidente de la República.

Y mientras consultaban los jóvenes ilustres, en el proyecto del código de la guerra, las entidades reales y activas del país y sus pasiones y razones criollas, con sus recuerdos más literarios que naturales, é históricos que útiles, de la Constitución, contraria y diversa de los Estados Unidos; mientras en junta amigable componían, en el trato de su romántica juventud con lo que la prudencia ajena pudiera añadir á la suya, un código donde puede haber una forma que sobre, pero donde no hay una libertad que falte, crecía en Guáimaro, con el afecto íntimo, la cordialidad que dió á aquellos días inolvidable hermosura. Era ya la cabalgata madrugadora por fatigar el caballo ó por lucirlo, á la fonda del chocolate del país, con las roscas de catívía servidas entre risas, y el buen queso fresco. Era el pasear de brazo, admirándose y señalándose, y contando unos, sin regatear, el mérito de los otros. Era el visitar la casa hospitalaria de Francisco Sánchez Betancourt, donde tenían estrado Amelia y Luisa; ó la de Manuel Quesada con Ana y Caridad; ó la de Céspedes, siempre afable y ameno. Era el enseñarse en el paseo del portal á Rafael Morales, de viril etiqueta, empinado y vivaz, verboso de pensamiento, todo acero y fulgor, como tallado en una espada: á Julio Sanguily, amigo universal, llano y feliz, oyendo más que hablando, saliéndose del grupo en cuanto le trataban de sus

proezas; á Manuel Sanguily siempre de cara al enemigo y al debate, y con la palabra, como la cabellera, de oro; á Francisco la Rúa, fino y sencillo, con aquella rectitud de su alma militar que ya anunciaba en él el flagelo de los que quieren alzarse sobre la república por la fama ganada en su servicio; á Luis Ayestarán, velado por la cultura de su tristeza, y bueno y silencioso, como un enamorado; á Luis Victoriano Betancourt, que veía las entrañas de las cosas, y las del hombre, con sus espejuelos de oro; á Tomás Mendoza, austero y cabeceador, con chistes que eran sentencias, y autoridad que le alzaba la estatura; á Cristóbal Mendoza, con el alma en los labios chispeantes y la cabeza llena de letras y de lenguas; á Domingo Guiral, más notorio aún por el brio con que condenó á Napoleón Arango, que por la frase social é inmaculado esmero del vestido; á Francisco Diago, jubiloso y menudo, valiente como cien, siempre al pie de una dama; á Ramón Pérez Trujillo, disputando, negando, acusando, arguyendo; á Federico Betancourt, de burla amiga y suave, y con los brazos siempre abiertos. Al caer la noche, cuando el entusiasmo no cabe ya en las casas, en la plaza es la cita, y una mesa la tribuna: toda es amor y fuerza la palabra; se aspira á lo mayor, y se sienten bríos para asegurarlo; la elocuencia es arenga: y en el noble tumulto, una mujer de oratoria vibrante, la compañera de Ignacio Mora, el cubano nacional que acercó el Centro y el Oriente, Ana Betancourt, anuncia que el fuego de la libertad y el ansia del martirio no alientan con más viveza el alma del hombre que la de la mujer cubana. Del brazo andan las gentes, y el día entra

en la noche. Así, hombro á hombro, se acercaba el día diez.

***

Era la casa de la Asamblea vasta y hermosa, en una esquina de la plaza del pueblo; casa de cal y canto, de ancho portal de horcones, y las rejas de la madera del país. Adentro, en dos hileras á los lados. aguardaban, al centro del salón, los asientos de rejilla de los representantes, y de cabecera estaba la mesa presidencial, y á ambos cabos las dos sillas de la secretaría. Suele el hombre en los grandes momentos, cuando lo pone por las alturas la nobleza ajena ó propia, perder, con la visión de lo porvenir. la memoria minuciosa de lo presente. Sombra es el hombre, y su palabra como espuma, y la idea es la única realidad. Aquel tesoro de pureza que busca en vano el hombre se viene á la mano, y sólo á él se ve, y todo lo del rededor se olvida, como sólo ve la luz de un rostro la mujer de repente enamorada. Y de aquel magno día solo se recuerda lo saliente. Céspedes presidió, ceremonioso y culto: Agramonte y Zambrana presentaron el proyecto: Zambrana, como águilas domesticadas, echaba á cernerse las imágenes grandiosas: Agramonte, con fuego y poder, ponía la majestad en el ajuste de la palabra sumisa y el pensamiento republicano: tomaba al vuelo, y recogía, cuanto le parecía brida suelta, ó pasión de hombre; ni idólatras quiso ni ídolos; y tuvo la viveza que descubre el plan tortuoso del contrario, y la cordura que corrige sin ofender; tajaba, al hablar, el aire con la mano ancha. Acaso habló Machado, que era más asesor que tribuno. Y Cés-

pedes, si hablaba, era con el acero debajo de la palabra, y mesurado y prolijo. En conjunto aprobaron el proyecto los representantes, y luego por artículos, "con ligeras enmiendas." El golpe de gente en las ventanas, y la concurrencia, no muy numerosa, de los bancos del salón, más con el corazón encogido que con los vítores saludaron en la república nueva el poder de someter la ambición noble á la voluntad general, y acallar ante el voto de la patria la convicción misma, fanática ó previsora, del modo de salvarla. Un tierno apego se notó, á la salida de la multitud confusa, á los jóvenes triunfantes, y había algo de regio de una parte, que se envuelve en el armiño y desaparece, y algo por la otra del placer de la batalla.

Momentos después iba de mano en mano la despedida del general en jefe del ejército de Cuba, y jefe de su gobierno provisional: "El curso de los acontecimientos le conduce docil de la mano ante la república legal." "La Cámara de Representantes es la única y suprema autoridad para los cubanos todos." "El Destino le deparó ser el primero en levantar en Yara el estandarte de la independencia." "Al Destino le place dejar terminada la misión del caudillo" de Yara y de Bayamo. "Vanguardia de los soldados de nuestra libertad" llama á los cubanos de Oriente: jura "dar mil veces la vida en el sostenimiento de la República proclamada en Guáimaro."

***

El once, á la misma mesa, se sentaban, ya en Cámara, los diputados, y por la autoridad del artículo séptimo de la Constitución eligieron presi-

dente del Poder Ejecutivo á quien fué el primero en ejecutar, á Carlos Manuel de Céspedes; presidente de la Cámara, al que presidía la Asamblea de representantes del Centro, de que la Cámara era ensanche y hechura, á Salvador Cisneros Betancourt, y general en jefe de las fuerzas de la República al general de las del Centro, á Manuel Quesada.

Era luz plena el día 12 cuando, con aquel respeto que los sucesos y lugares extraordinarios ponen en la voz, con aquella emoción, no sujeta ni disimulada, que los actos heróicos inspiran en los que son capaces de ellos, fueron,—rodeados del poder y juventud de la guerra, de almas en quienes la virtud patriótica sofocaba la emulación,—tomando asiento en sus sillas poco menos que campestres los que, con sus manos novicias habían levantado á nivel del mundo un hato de almas presas. Juró Salvador Cisneros Betancourt, más alto de lo usual, y con el discurso en los ojos, la presidencia de la Cámara. De pie juró la ley de la República el presidente Carlos Manuel de Céspedes, con acentos de entrañable resignación, y el dejo sublime de quien ama á la patria de manera que ante ella depone los que estimó decretos del destino. Aquellos juveniles corazones, tocados apenas del veneno del mundo, palpitaron aceleradamente. Y sobre la espada de honor que le tendieron, juró Manuel Quesada no rendirla sino en el capitolio de los libres, ó en el campo de batalla, al lado de su cadáver. Afuera, en el gentío, le caían á uno las lágrimas; otro apretaba la mano á su compañero; otro oró con fervor. Apiñadas las cabezas ansiosas, las cabezas de hacendados y de

abogados y de coroneles, las cabezas quemadas del campo y las rubias de la Universidad, vieron salir á la alegría del pueblo, los que de una aventura de gloria entraban en el decoro y obligación de la república, los que llevaban ya en sí aquella majestad, y como súbita estatura, que pone en los hombres la confianza de sus conciudadanos.

***

Un mes después, se ordenó, con veinticuatro horas de plazo para la devastación, salvar del enemigo, por el fuego, al pueblo sagrado, y darles ruinas donde esperaba fortalezas. Ni las madres lloraron, ni los hombres vacilaron, ni el flojo corazón se puso á ver cómo caían aquellos cedros y caobas. Con sus manos prendieron la corona de hogueras á la santa ciudad, y cuando cerró la noche, se reflejaba en el cielo el sacrificio. Ardía, rugía, silbaba el fuego grande y puro: en la casa de la Constitución ardía más alto y bello. Sobre la ola de las llamas, en la torre de la iglesia, colgaba la campana encendida. Al bosque se fué el pueblo, al Berrocal. Y en la tierra escondió una mano buena el acta de la Constitución. ¡Es necesario ir á buscarla!

(De *Patria*, 10 de Abril de 1892.)

PRÓLOGO

Á LOS CUENTOS DE HOY Y DE MAÑANA

DE

RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

1883

Estos son tiempos de ira y extravío, en que se ve bambolear en el aire como un inmenso edificio que se cuaja y anda buscando asiento, y á las muchedumbres que de antaño gozan y mandan en la tierra, ya alzando insensatas los puños cerrados, como si con sus nudillos roidos de odio pudieran detener el gran palacio humano que desciende, ya ayudando—como ingenieros que buscan en el fondo del río encaje á la mole que sustenta la torre de un puente—á ajustar entre las añejas construcciones esta nueva que toca á la tierra, incontrastable y confusa, envuelta aún entre sombras de noche y bruma de alba, iluminada á veces—cual suele iluminar la ira el cerebro—por ráfagas inquietas, como hilo de espadas suelto al viento, de luz insana y roja. Las reformas, como el hombre mismo, tienen entrañas de justicia, y veleidades de fiera. Lo justo, á veces, por el modo de defenderlo, parece injusto; y en lo social y político acontece, como en las querellas de gente de mar y de suburbio, que el puñal de ancha hoja con que dirimen sus contiendas de honra, da á éstas semejanza de delito.

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, solo lo es uno; y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la

justicia. La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza á la larga y sin gran demora, á poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales é injustos. La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras, que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela á éstos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y naturaleza tradicional de los dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura é incontrastable de la paciencia inteligente.

Por educación se ha venido entendiendo la mera instrucción, y por propagación de la cultura la imperfecta y morosa enseñanza de modos de leer y de escribir. Un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles á esta máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios é injustos de millones de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que ¡guárdenos Dios! se viene encima, á son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra.

Definir es salvar. Poner al hombre á solas consigo mismo; dejarle en el oído, con solicitud de mensajero celeste, sus propios pensamientos; descorrer ante sus ojos con mano piadosa las cruces melancólicas, los lagos de sangre, el tenebroso descanso, el retardamiento de liberación, con que castiga la razón universal á los impacientes que

quieren violentar su firme y progresivo desarrollo; encorvarse sobre la silla en que medita, con su pan negro y su cazuela de barro entre las manos, cercado de su mujer afeada y dormida y de sus hijos entecos y vestidos de misericordia, á explicarle que la tierra fermenta como el mosto en la cuba y la harina en la artesa—que la verdad, una vez despierta, no vuelve á dormirse—que el espíritu, más vasto qne el mar, ni se seca ni se evapora, ni cesa de querer, ni ceja en lo que quiere, y puesto á la conquista de un derecho, mina como la ola salada del mar mina las rocas, esos derechos de convención fortalecidos por los siglos, y acorazados por pechos que el amor al lujo y el desentendimiento criminal de los dolores ajenos petrifica; explicarle que, sin que su trabajo rudo le dé acaso ocasión ni tiempo de entenderlo, ó su soledad de verlo, ó su ira de reconocerlo, está en pié y lleva estandarte de victoria el ejército que ha de redimir en años breves de su melancólica suerte á aquellos hijuelos abandonados que crecen de él como de vid cansada pálidos racimos; mostrarle, como quien muestra alba formidable, llena toda de bandas de batalla y espíritus alegres, la cohorte de hombres generosos, ungidos con el óleo blanco de las santas guerras, levantados á una, con ese ardiente ímpetu humano que parece divino, al logro justo de una vida espiritual, feliz y sensata que acelere en la obra del Universo la muerte de la fiera y el triunfo del ala; descubrirle ¡oh qué razón de orgullo y prenda de esperauza! á esos fervientes trabajadores del amor, á cuyo empuje poderoso, como aquel perro del Fausto en las cercanías de la colina de la fiesta, bambolean, escarban la tierra y desaparecen

en giros diabólicos los encarceladores del alma, y gozadores ociosos de inmerecida riqueza; enseñarles ¡oh qué espectáculo soberbio, digno de Dantes y Tassos nuevos! esos analizadores del cuerpo social, descubridores de leyes universales, señaladores de remedios eficaces y ciertos—aunque al principio de efecto invisible, reveladores de la naturaleza complicada de los pueblos, verdades que surgen de la marcha simultánea de sus elementos diversos, y necesidad de ajustar á ellas—para que no mueran, como feto sacado del seno materno—las reformas más urgentes; revelar, en suma, la ley ineludible, la razón triunfante, el porvenir seguro, la esterilidad de la precipitación, la reacción que acarrea la rebelión inculta, el triunfo definitivo de la calma activa,—es ser caballero de los hombres, obrero del mundo futuro, cantor de alba, y sacerdote de la Iglesia nueva.

Soldado de ese ejército, y oficiador en esa Iglesia, es el autor de este libro: libro sano, libro generoso, libro útil. Si no fuera generoso, no sería útil. Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor—de tan robustas y copiosas ramas, que á su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres! Ya se oyen los sonidos de las liras, con que celebrarán las cercanías del cielo los habitantes de esa formidable Arcadia!

Ni odios, ni intereses, ni preocupaciones, ofuscan el juicio del sensato y modesto autor de los CUENTOS DE HOY Y MAÑANA, libro que divulga en forma amena las razones en pro y en contra de la varias soluciones sociales. Con noble pena ha

vísto el autor de este libro, la frente arrugada, los puños siempre cerrados, el modo rudo y colérico de los trabajadores, y sus hijitos con los piés desnudos, y las tabernas donde ahogan su encono, y los tugurios donde respiran aire infecto. Con claro juicio ha penetrado en las causas complicadas y añejas, de día en día debilitadas, mas no súbitamente volcables, que sin culpa de los ricos ni amparo suficiente de los pobres, han traído á existir juntos palacios de Quinta Avenida, recamados de oro, y casas de vecindad apretadas y fétidas, á cuyas puertas tenebrosas tiene perpétuamente colgado su manto húmedo la peste. Con avidez generosa ha leído lo que en esta tierra, en cosas de reforma, sabe Nordhof; de Suiza, feliz por sabia, Bunsehli; de Alemania, que reformará la Economía Pública como reformó la Iglesia, Stein: de Inglaterra, que afirmará el triunfo de los reformadores, como afirmó el de los luteranos, Holyoake. Con fidelidad extricta narra la extraña vida y vaga fé de los comunistas varios norteamericanos, ya de los Amanistas cuasi celibatarios, que parecen venidos como hijos de padre, de aquellos Essenes que vivieron indiferentes é inútiles, muchos siglos ha, á la orilla del Mar Muerto; ya de los cultos y sinceros amigos del bondadoso Ripley, comunistas elegantes y atildados, que traen á la memoria á los "Hermanos de la Vida Común" que á Groot seguían quinientos años hace por las tierras gloriosas de Neerlandia; ya los Perfeccionistas abominables de Oneida, que son aquellos mismos antiguos Carpócratas cristianos, que habían logrado sofocar en sus almas esa excelente y nobilísima dote, suma de dignidad y prenda de aristocracia de alma: los ce-

los:—¡partir la mujer, cuando nos parece que de haber sido mirada, ya queda manchada la mujer que amamos!—Y con singular lucidez, afortunado y nuevo medio, fácil y vivo diálogo, precisión á menudo sorprendente, exposición llana, fiel y tersa, y grato y notable conjunto explica á los trabajadores—porque no hay hombre hoy que no lo sea, á no ser un vil, y leer es trabajar—las raíces de sus males; la inconveniencia de deslucir con la ira la justicia; la necesidad de conocer los elementos de un problema para poder resolverlo; las flaquezas de los nobles sistemas ideológidos discurridos para ver de equilibrar y asentar sobre bases menos inseguras, crueles y desproporcionadas la vida humana; las tentativas varias que con nombre y apariencia de cosa novísima, sacan de las cenizas de edades pasadas reformadores más vehementes que afortunados; los métodos vagos y confusos, como nubes de aurora, ya cercana al día, con que almas evangélicas, movidas del ansia heróica de la redención, procuran resolver de antemano, con prisa saludable que anuncia y espolea, problemas de demasiada monta para que los precipite voluntad alguna aislada. ¡Ay, que las leyes históricas no las tuercen, ni el espectáculo del apostolado, ni las querellas desgarradoras del martirio, ni los febriles ímpetus del genio! ¡Otro manda, y nosotros andamos! ¡Ay, que cuando una fruta se corrompe, hay que dejarla corromper de un todo, para que con sus acres residuos abone la tierra, y salga de ella fruta sana y nueva! ¡Ay, que los pueblos son masas enormes, que de sí propios se mueven, brillan como relámpagos, despréndense como avalancha, desátanse é incendian como el rayo, y cuando dejan caer su alma á sus piés, mientras que arteros envenenadores les llevan á los labios copas henchidas de mieles letárgicas, y joyeros complacientes les llenan el cuerpo femenil de joyas, y descuidadas mozas los coronan de flores, y laxan con besos, ¡pesan ay! los pueblos, como rocas, ó como cadáveres!

Los problemas, así, solo de sí propios se resuelven. Maduran, como las frutas; y no vale apresurar su madurez con artificios. Los problemas que engendran cambios, sobre todo, no se resuelven sino en momentos críticos y extremos, en que accidentes, acaso inesperados y fútiles, ponen en brusco relieve los daños que hacen necesaria la transformación; exacerban y precipitan, á grado de resolución, las cóleras y raciocinios paciente y dolorosamente acumulados, y despiertan de súbito al héroe, dormido siempre en el fondo del hombre.

Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas, por sobre todo obstáculo y valla, llegan á logro. Será dado á precipitar ó estorbar su llegada; impedirla, jamás.—Una idea justa que aparece, vence. Los hombres mismos que la sacan de su cerebro, donde la fecundaron con sus dolores, y la alimentan luego que la traen á luz, no pueden apagar sus llamas que vuelan como alas, y abrasan á quien quiere detenerlas. ¿Quién, quién no ha meditado, que del nombre de hombre quiera ser digno, y no arrastre su vida, como su piel un cerdo? ¿quién no ha meditado en los visibles y afligentes dolores de los hombres; en las desigualdades injustas de su condición, no fundadas en desigualdades análogas de sus aptitudes; en el contraste ilícito, que quema los ojos, de

esas existencias de quirites romanos, empapadas de jugos de flores, y en senos de lúbricas famosas y tentadoras sagas adormecidas, y esas otras bestiales existencias, torcidas de manera que las cabezas de los hombres son en ellas meras cabezas de martillo? ¿Quién, de mozo fresco é ingenuo, viendo á ociosos mancebos ó á cortejadores viles de doncellas ricas, no ha imaginado manera de anular la herencia, que estimula á la holganza, al egoismo y al vicio; y la dote, que lleva como de la mano la desventura de la mujer y el rebajamiento del hombre? ¿Quién, con nobles empeños, no ha aderezado á sus solas cuadros de distribución de los productos, de modo que el dueño holgado toque á un poco menos, y el apurado obrero á un poco más? ¿Quién no ha sentido, una vez al menos en la vida, el beso del apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla? ¿Quién no se ha levantado impetuoso, y retrocedido con desmayo, de ver cuanta barrera cierra el paso á los que sin más caudal que una estrella en la frente y un himno en los labios, quieren lanzarse á encender el amor y á pregonar la redención por toda la tierra? ¿Quién no ha reconstruido en su cerebro la "Utopía" de Moro, y la "Occeana" de Harrington?

Pero á poco que se mira, y se entiende que la construcción artificial y violenta de los pueblos ha creado una justicia relativa ante la cual pudiera parecer, y ser, inaplicable de súbito la justicia absoluta: á poco que se ve en los náufragos y en los famélicos, cómo acelera la muerte antes que mantiene la vida la misma suma de alimento que al hombre sano acomoda y fortalece: á poco que se ve que las convenciones seculares han creado de-

rechos vitales que de un solo tajo no pueden cercenarse, sino que han de abrirse en ellos las heridas con tal método que no se infiera la una hasta que no esté curada un tanto la otra: á poco que se ábarca la necesidad de ir deshaciendo, para que no se derrumbe con gran daño y estrépito, por degregación progresiva lo que por progresiva agregación se ha ido formando,—toman piés aquellas ideas aéreas; refrenan el vuelo, con que de un solo golpe de ala quisieran burlar el implacable, inacortable espacio; y sin poner un punto los ojos fuera del conmovedor espectáculo que les arranca lágrimas, ni ahogar la santa indignación que el irritante desequilibrio social levanta, ni tomar su razón histórica á razón perdurable y legítima echan humildemente por vías lentas y humanas lo que camino del desierto fuera, á seguir en soledad estéril y augusta por las abandonadas vías apostólicas: —que quien quiere triunfar en la tierra, ay! no ha de vivir cerca del cielo.—La victoria está hecha de cesiones.

Y este libro populariza el modo humano con que han de irse resolviendo estos problemas meramente humanos,—otros nó: otros se resuelven de otro modo, porque no son de accidencias mudables, sino de esencia, entrañas y eje. Lo que enseña este libro no lo enseña magistrando, y de empinada manera, sino conversando, y en llano lenguaje. Pone de bulto, con personificaciones exageradas y amenas que permiten al autor la concentración rápida y feliz de una secta en un tipo valiente, los dolores reales, las quejas violentas, los reproches injustos, las reclamaciones excesivas, los remedios groseros, las declamaciones comunes, las aspira-

ciones generosas y rudimentarias, la concepción vulgar de los sistemas sociales. Pónelos de bulto, sin ostentación, reserva, pasiones ni miedos, como de quien ama más que teme, y quiere consolar más que enllagar, y busca más el ajeno bien que el propio, y no se siente atado en lo que dice por ansiosas candidaturas á puestos públicos ó á fama. Estima que cuanto es, tiene razón de ser: y apenas cese de tenerla, cesará de ser. Tiene el don raro de descubrir analogías esenciales en las contradicciones aparentes, y fía en el pacífico acercamiento y definitivo consorcio de los intereses que hoy discuten y solo á observadores ligeros pueden parecer hostiles: si no se han confundido ya, es porque no se ha dado aún con la fórmula. Con tacto desusado, y con sereno juicio, ni á los ricos adula el autor de este libro, ni á los pobres increpa: ni á aquellos oculta la urgencia de acatar el derecho del hombre á una vida remunerada y noble, ni á éstos esconde cuanto tendría de adementada y sangrienta la tentativa de imponer á una masa rica y fuerte, soluciones confusas ó antihumanas, contra las que se encrespa á veces, como corcel de jaique bravo que siente sobre el lomo á ruín zagal, cuanto de personal, volador y soberano encierra el admirable espíritu del hombre. Antes serán los árboles dosel de la tierra y el cielo pavimento de los hombres, que renunciará el espíritu humano á sus placeres de creación, abarcamiento de los espíritus ajenos, pesquisa de lo desconocido, y ejercicio permanente y altivo de sí propio! Si la tierra llegara á ser una comunidad inmensa, no habría árbol más cuajado de frutas que de rebeldes gloriosos el patíbulo ...

Lo excesivo, no será: pero lo justo, será. Ni lo excesivo asombra al pensador juicioso, que siempre, por ley física de impulso que en ley espiritual tiene su análoga, mientras de más atrás toma vuelo el saltador, más lejos salta. La reacción se extrema siempre en el mismo grado en que se extrema la acción que la provoca: á acción justa, reacción nula; á acción medianamente justa, reacción lenta y blanda; á acción extremadamente injusta, reacción febril y exagerada. Luego, en la prueba práctica, la reacción baja de más en más, al nivel de la acción justa. La revolución quiere alas; los gobiernos piés. ¡No haya empacho ni miedo en bendecir á esos espíritus rebosantes de amor y luminosos, creadores impacientes de sistemas de redención precelestes y oscuros, cuya mayor grandeza deba acaso medirse por su mayor extravagancia! Pues esos son los verdaderos poetas nuevos, y no otros, rimadores enanos de literarias y femeniles novelerías! Pues esos son el San Juan y el cordero del orbe que avanza, los hombres melancólicos y absortos que preceden siempre, dando voces simpáticas y extrañas, á todos los magníficos sacudimientos en que el alma humana, como estrella que cae rota del cielo en un combate de astros, enciende sobre el universo una época nueva!

La solución, pues, viene de suyo. Cual séa, bueno es discutirla: predecirla, es vano. La que deba ser será. Darle forma prehecha, sería deformarla. Como cada pensamiento trae su molde, cada condición humana trae su expresión propia. Lo que importa no es acelerar la solución que viene: lo que importa es no retardarla.

La reforma social no tiene más que un enemigo,

formidable por cierto. Apresurémonos, decía Lowe á los ingleses, apresurémonos á enseñar á leer á los bárbaros que serán mañana nuestros dueños." —"Apresurémonos,—dice hermosamente el autor de este libro, que con él aliviará heridas, esparcirá verdades y calmará espíritus,—apresurémonos á limpiar de obstáculos el camino de esos hermanos nuestros coléricos, que pudieran llegar á ser, por exceso y falso concepto de justicia, nuestros dueños ciegos, y sus mayores enemigos."

Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen. Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan á las rodillas de los hombres inteligentes, como Hércules montuoso á las rodillas mórbidas de Omphala. La inteligencia da bondad, justicia y hermosura, como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz á las águilas y á las palomas. Del puñal hace espada, de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía. En el problema moderno, el triunfo rudo de los hombres que tienen de su lado la mayor parte de la justicia, sería poco la reacción prolongada de los hombres inteligentes que todavía tienen buena parte de la justicia de su lado. Al resplandor del derecho, el abuso ceja, como ruín galancete ante el enojo de una dama pura. Mas si el derecho se echa encima manto de ira, los mismos que el derecho reconocen, se alzarán contra él tristemente, como padre que ata á su hijo loco.

Quien intenta triunfar, no inspire miedo: que

nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado. Y quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si, ya en él, se le van las riendas de la mano, ó de no saber qué hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros. Oh! sépase y dígase: una masa menor de hombres inteligentes que se resisten á reconocer una mejora justa, no podrá contrástar á una masa mayor de hombres inteligentes que traen la forma incruenta de la reforma necesaria:—una masa menor de hombres laxos por el goce, no podrá resistir, á una masa mayor de hombres enérgicos, templados en la privación y en la amargura. La victoria no está solo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla; no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente.

Y este libro que enseña todo esto, es más que un buen libro:—es una buena acción. Los libros que definen, calman. En toda palabra, ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable, cuando no se pone al servicio del honor y del amor.

U. A. N. L.
BIBLIOTECA CENTRAL

DISCURSO

10 DE OCTUBRE DE 1887

Señoras y Señores:

Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que la enardezcan, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción á la estrechez de la palabra humana. Esta fecha, este religioso entusiasmo, la presencia—porque yo siento en este instante sobre todos nosotros—la presencia de los que en un día como este abandonaron el bienestar para obedecer al honor, de los que cayeron sobre la tierra dando luz, como caen siempre los héroes, exige de los labios del hombre palabras tales que cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes de la victoria, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno de ella es el silencio. No sé que haya palabras dignas de este instante. "¡Demajagua!" decía uno de nuestros oradores: "¡plegaria!" decía otro: ¡así es como debemos conmemorar aquella virtud, con los acentos de la plegaria! Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron á pelear, sin odio á nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron á sus

esclavos: "¡Ya sois libres!" ¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?..... ¡Para ellos, para ellos todos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso! Gracias en nombre de ellos, cubanas que no os avergonzáis de ser fieles á los que murieron por vosotros: gracias en nombre de ellos, cubanos que no os cansais de ser honrados!

¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos alienta, á más de nuestra gratitud, para reunirnos á conmemorar á nuestros padres? ¿Qué pasa en nuestras huestes, que el dolor las aumenta y se robustecen con los años? ¿Será que, equivocando los deseos con la realidad, desconociendo por la fuerza de la ilusión ó de nuestra propia virtud las leyes de naturaleza que alejan al hombre de la muerte y el sacrificio, queramos infundir con este acto nuestro, con este ímpetu, con este anuncio, esperanzas que son culpas cuando pueden costar la vida al que las concibe, y el que las pregona no puede realizarlas? ¿Será que sometiendo como vulgares ambiciosos el amor patrio al interés personal ó la pasión de partido, estemos tramando con saña enfermiza el modo de echar inoportunamente sobre nuestra tierra una barcada de héroes inútiles, impotentes acaso para acelerar la agregación inevitable de las fuerzas patrias, aún cuando llevasen, con la gloria de su intrepidez, el conocimiento político y la cordial grandeza que han de sustentarla? No: ni la debilidad nos trae aquí, ni la temeridad. ¿No nos afligimos, no nos buscamos unos á otros, no nos adivinamos en los ojos un llanto de sangre, no andamos con la mano impaciente, con el dolor de la carne herida en nuestra carne, en cuanto sabemos

de alguna nueva tristeza de la patria, de algún peligro de los que allá viven, de alguna ofensa á los que allá nos desconocen, del sacrificio estéril de algún valiente infortunado? ¿No nos regocijamos noblemente cuando se espera de nuestros mismos dominadores una concesión de justicia, un bien parcial, que aunque lastime nuestras aspiraciones grandiosas, aunque retarde nuestro ideal absoluto y nuestra vuelta al país, le prometa sin embargo una calma relativa—de que no queremos gozar nosotros? ¿No nos agitamos, no perdemos el interés en nuestro quehacer usual, no sentimos, cuando sabemos que hemos de reunirnos para estos actos nobles, como más claridad, como más ternura, como más dicha, como más elocuencia, como una verdadera resurrección en nuestras casas? ¡Pues por eso estamos aquí: porque la prudencia puede refrenar, pero el fuego no sabe morir; porque el amor á nuestro país se nos fortalece con los desengaños, y es superior á todos ellos; porque el pesar de vernos ofendidos por los que no saben imitar nuestra virtud, es menos poderoso que este impulso de los que morimos en silencio fuera del suelo natal, para prolongar siquiera la vida recordándolo: porque tal vez divisamos el peligro, y nos aparejamos á ser dignos de él!

Ese impulso nos arrastra; nos pone en pié, como si viviéramos aún, devuelve á nuestros labios la palabra, cansada ya de torneos pueriles: ¿qué somos nosotros más que lo que nos decía esta noche un anciano respetable, qué somos nosotros más que "mártires vivos?" Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza, nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles á los ladrones, comida hasta la rodilla—¡hasta la rodilla no más!—de gusanos, la imágen de la patria siempre está junto á nosotros, sentada á nuestra mesa de trabajar, á nuestra mesa de comer, á nuestra almohada. Desecharla es en vano: ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados á alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. Cierra los ojos, y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra á todos, menos á nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia,—un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, á hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohibe el beso de amor, como si no se tuviese derecho á él lejos de la patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma! Aturdidos, confusos, impotentes, los que

viven lejos de la patria sólo tienen las fuerzas necesarias para servirla.

Así vivimos: ¿quién de nosotros no sabe cómo vivimos?: ¡allá, no queremos ir!: cruel como es esta vida, aquella es más cruel. Nos trajo aquí la guerra, y aquí nos mantiene el aborrecimiento á la tiranía, tan arraigado en nosotros, tan esencial á nuestra naturaleza, que no podríamos arrancárnoslo sino con la carne viva! ¿A qué hemos de ir allá, cuando no es posible vivir con decoro, ni parece aún llegada la hora de volver á morir? ¿Pues no acabais de oir esta noche una voz elocuente, que nos sacaba, recordando aquella vergüenza, las llamas á la cara? ¿A qué iríamos á Cuba? ¿Oir chasquear el látigo en espaldas de hombre, en espaldas cubanas, y no volar, aunque no haya más armas que ramas de árboles, á clavar en un tronco, para ejemplo, la mano qne nos castiga? ¿Ver el consorcio repugnante de los hijos de los héroes, de los héroes mismos, empequeñecidos en la pereza, y los viciosos importados que ostentan, ante los que debieran vivir de espaldas á ellos, su prosperidad inmunda? ¿Saludar, pedir, sonreir, dar nuestra mano, ver, á la caterva que florece sobre nuestra angustia, como las mariposas negras y amarillas que nacen del estiércol de los caminos? ¿Ver un burócrata insolente que pasea su lujo, su carruaje, su dama, ante el pensador augusto que va á pié á su lado, sin tener de seguro donde buscar en su propia tierra el pan para su casa? ¿Ver en el bochorno á los ilustres, en el desamparo á los honrados, en complicidades vergonzosas al talento, en compañía impura á las mujeres, sin los frutos de su suelo al campesino, que tiene que ceder al sol-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

dado que mañana lo ha de perseguir, hasta el cultivo de sus propias cañas? ¿Ver á un pueblo entero, á nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy á donde llegó ayer el valor, deshonrarse con la cobardía ó el disimulo? Puñal es poco para decir lo que eso duele. ¡Ir á tanta vergüenza! Otros pueden: ¡nosotros no podemos!

Pero no estamos aquí para censurar á nuestros hermanos en desdicha, á nuestros hermanos mayores en desdicha, porque el valor que necesitan para soportarla es más que el que para esquivarla demostramos nosotros: no estamos aquí para suponer en ellos, con necia arrogancia, la falta de virtudes que sean nuestro patrimonio exclusivo: ¡yo las he visto brotar bajo aquella opresión con tanto brío, con más brío á veces, que el que cabe ya en nuestras almas fatigadas! Astros apagados ya para nosotros, en el fuego de la libertad que consume los astros, todavía son para ellos soles: el amor á la patria, que es en nosotros inquebrantable juramento y melancólica constancia, es en ellos asomo de aurora y épico frenesí: ¡por cada uno que cae en vileza, hay dos que se avergüenzan de él! Si el reposo, que es también necesario en la historia, favorece el desarrollo del juicio, no maldigamos del reposo,—que cesará por sobre cuantos lo estorben cuando tenga fuerzas para cesar,—porque la catástrofe innecesaria de nuestra guerra demuestra que el valor es estéril,—el mismo valor loco á cuyo recuerdo hierve la sangre y se dibuja en la sombra un caballo ensillado que nos convida,—cuando la razón, que es otra forma del valor, no lo preside. ¿Quién cuenta desde aquí las almas que allá acarician, con el fervor creciente por la

ofensa diaria, los mismos deseos de que sólo los presuntuosos entre nosotros pueden suponerse únicos depositarios? ¿Quién no oye lo que se dicen aquellos puños cerrados, aquellos labios mordidos, aquellas mejillas encendidas? ¿Quién no se enorgullece, como si fueran suyas propias, de las virtudes, de la inteligencia singular, de los hábitos de trabajo, de la facilidad magnífica para todo lo bello y difícil de que nuestra patria da prueba pasmosa, surgiendo de aquella llaga que se la come, como de los mismos cerdos muertos surgen con el azul más puro, florones de luz? ¡Todos, todos son nuestros hermanos, nuestra carne, nuestra sangre lo mismo los que piensan con más tibieza que nosotros, que los que han pensado con ineficaz temeridad! Precipitar ¿cuándo fué salvar? Ni ¿qué valdrá, más que lo que valen las alas de un colibrí en una tormenta, que los de flojo corazón levanten las manos pálidas al cielo el día en que, recobrada la salud, decrete el país que no se contenta con dietas de honor? ¡Las aves indecisas, para protegerse mejor, se agregarán á la bandada! ¿Qué es ponerse á murmurar unos de otros, á recelarse, á odiarse, á disputarse un triunfo que sería efímero si no fuera unánime, de todos, para todos, porque unos han vivido acá y los otros allá? ¿Cómo los que han padecido menos osan afectar desdén, que si fuera real sería fratricida é impolítico, hacia los que han padecido más, hacia los que acaso les han permitido, con su silencioso sacrificio, con la prudencia con que usan de su poder moral, intentar los remedios parciales que en vano recomiendan, sin los obstáculos que con amor menos virtuoso á la patria hubiéramos podido en todo instante opo-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

nerles, pero que guardamos celosamente para su hora, no por agasajo á nadie, no por temor de nadie, sino por aquel prudente amor al país, por aquel supremo amor al país, ante el que se deponen todas las pasiones! Vacilen estos, retráiganse aquellos, condénennos otros: todos nos juntaremos, del lado de la honra, en la hora de la vindicación y de la muerte.

Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, porque como nosotros piensan todos, aun cuando, como quien quiere sofocar el aire, quieran sofocar el pensamiento; porque nosotros, como los persas que se refugiaron á adorar el fuego, que era el símbolo de la patria sometida por el moro, á las cumbres solitarias adonde no hallaba camino el opresor, con el fuego sagrado nos refugiamos, orgullosos de nuestra soledad, en las cumbres de nuestras conciencias! ¡nosotros somos el deseo escondido, la gloria que no se pone, el fin inevitable! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si sirven á la patria con aquel filial susto, con aquella sabia indulgencia, con aquel dominio de las antipatías señoriales, con aquel acatamiento del derecho del hombre ineducado á errar, con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos, con aquel supremo sentido de justicia que puede únicamente equilibrar en lo futuro tenebroso el resultado natural de las injusticias supremas, con aquel ingenuo afecto á los humildes que encadena las voluntades incultas en vez de agriarlas y llevarlas de la mano al enemigo, con aquel respeto á la patria que prohibe agitarla inoportunamente en provecho de la vanidad ó el interés, con aquel incendio del alma ante la injusticia que muchos aventureros del pensamiento fingen con semejanza y arte tales que llegan á ser caricaturas acabadas de la gloria! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si, divisando lo porvenir, con la mirada segura que es dote esencial de los que pongan manos en las cosas del Estado, dirigen sus actos de modo que, en vez de levantar sin propósito y dirigir sin cordialidad pasiones que no se podrán apagar luego sino con la acción, prevean y dispongan ésta, se conformen á la política real de la Isla, y contribuyan á la conservación y reforma de sus fuerzas y al fortalecimiento y pujanza de los caracteres. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si comprendiendo á tiempo el carácter fogoso y enérgico que el padecimiento bajo la tiranía, el destierro en paises de república y su natural apasionado de la libertad han creado en el cubano, disponen la patria para acomodarla á él, en vez de amenguarla con planes de mando exclusivo, ó con soberbias de grupo alucinado, ó con esperanzas cobardes de ayudas extrañas,—peligrosas é imposibles. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si familiarizados con la grandeza, como han de estar los que pretenden influir en tiempos que la requieren, en vez del odio raquítico á lo inferior en orden social, á lo que no comulga en el propio templo, á lo que ha nacido en la propia tierra, demuestran la determinación conocida de obrar sin odio, el dia en que nos reconozca la historia nuestra autoridad sobre la casa que recibimos de la naturaleza!

Con ese cuidado escrupuloso vivimos; todos esos

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

problemas conocemos; nos ocupamos firmemente, no en llevar á nuestra tierra invasiones ciegas, ni capitanías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de república que hará falta mañana, que tal vez hará falta muy pronto, á un país cuya independencia parece inmediata, pero que está compuesto de elementos tan varios, tan suspicaces, de amalgama tan difícil, que los choques que ya se vislumbran, y que han ayudado acaso á acelerar aquellos cuya única labor real era impedirlos, sólo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor. ¡Y pasamos tal vez por agitadores perniciosos, los que, sujetando los impulsos menos dóciles, sólo queremos tener limpio el camino por donde al fin ha de buscar su salvación la patria! Se amenaza con nosotros á Cuba;—se acusa de complicidades con nosotros á un partido cubano que ni aun por sus personas más inquietas solicitó ni aceptó nunca el menor roce con los que creemos inevitable, aunque el pensarlo sólo agobie, la guerra que parece ser por desdicha el único medio de rescatar á la patria de la persecución y el hambre;—se llega á suponer, con ligereza que devolvemos sin respuesta, que los que aquí meditamos con respeto de hijos el modo de ahorrar á nuestro país conmociones estériles, de subordinar á su mandato nuestros mas gloriosos ímpetus, de alimentar en el silencio las virtudes que han de serle útiles, de dar tiempo á que se robustezca su carácter para la lucha que acaso sea precisa, de confundir en concordia todos sus elementos, de no enagenarnos ninguno de los factores imprescindibles, de disponer cuanto en la hora suprema

pueda abreviar el sacudimiento, acelerar el triunfo, y fundar la patria libre,—no somos mas que una turba irreflexiva, tocada de monomanía sangrienta!

Esta no es hora de decir cómo no han sido inútiles para la emigración cubana veinte años de experiencia, de manifestación y roce francos, de choque de ambiciones y noblezas, de prueba y quilate de los carácteres, de lucha entre la pasión desconsiderada y el juicio que desea someterla al desinterés de la virtud. No es hora de decir, cuando se conmemoran hazañas á cuyo lado palidece el simple cumplimiento del deber, cómo en la obscuridad, grata al verdadero patriotismo, se procura con sagrada pureza librar de estorbos, no para todos visibles, el porvenir del país, y en vez de trabajar sin fé y desconcertados en pro de una fórmula postiza, condenada de antemano, por la fuerza de lo real, á corta duración, se atiende, con el odio puesto al suelo, que no ha cesado todavía de hervir, al espíritu vivo de la patria; á la recomposición de sus elementos históricos, más temibles miéntras más desatendidos, y mas reales, en su descanso natural é inacción aparente, que las sombras que solo tienen aparato de cuerpo palpable porque se amparan de ellos y les sirven de transitoria vestidura; á la preparación de la guerra posible,—puesto que miéntras sea la guerra un peligro, será siempre un deber prepararla,—de manera que en el seno de ella vayan las semillas, ¡de no muy fácil siembra! que despues de ella han de dar fruto. Agitar, lo pueden todos: recordar glorias, es fácil y bello: poner el pecho al deber inglorioso, ya es algo mas difícil: prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público: y un delito

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

mayor no obrar, por incapacidad ó por miedo, en acuerdo con lo que se prevé. No es hora de decir que puesto que la guerra es, por lo ménos, probable en Cuba, serán políticos incapaces todos los que no hayan pensado en el modo de evitar los males que pueden venir de ella. ¡Pero todas las horas son buenas para declarar que aquí los corazones no son urnas de devastación, prontas al menor empuje á volcarse sin miramiento sobre el país, sino aras valientemente defendidas, donde se guardan sus últimas esperanzas de manera que las pasiones interesadas no las pongan en manos del enemigo, ni la traición disimulada las defraude!

¿Guerra? Pues si se hubiese querido tenerla siempre encendida, ¿cuando ha faltado una montaña inexpugnable ni un brazo impaciente? Refrenar es lo que nos cuesta trabajo, no empujar: lo que nos cuesta trabajo es convencer á los hombres decididos de que la mayor prueba de valor es contenerlo: pues ¿qué cosa mas fácil que la gloria á los que han nacido para ella, ni qué deseo mas impetuoso que el de la libertad en los que ya han conocido, en el brio del combate y en la vela de armas, que es digna de sus heraldos naturales, el sacrificio y la muerte? Las manos nos duelen de sujetar aquí el valor inoportuno. Si no lleva la emigración la guerra á Cuba, acaso será porque cree que no debe aún llevarla; acaso será porque hay en su seno mucho hombre sensato, que prefiere dar tiempo á que los hechos históricos culminen por sí en toda su fuerza natural, á precipitarlos por satisfacer impaciencias culpables, á comprometerlos con una acción prematura, con una acción que, habiendo de conmover, de trastornar, de ensangrentar el

país, debe esperar para ejercerse á que, por todo lo visible y de indudable manera, no solo necesite el país la conmoción, sino que la desee, por el extremo de su desdicha y lo irrevocable de su desengaño. ¡Aquí no somos jueces, sino servidores! ¿Quién dice que aquí queremos llevar á nuestra patria en mala hora una guerra que tuviese más probabilidades de ser vencida que de vencer en corto plazo? Aún cuando la tuviéramos en nuestras manos, aún cuando solo aguardase la señal de partir, de partir para el viaje santo y ligero, corazón á corazón iriamos llamando, afrontándolo todo en la angustiosa súplica, para que no diesen rienda al valor impaciente hasta que ya no hubiera modo de salvar sin esa desventura á la patria!

Acá, en esta tiniebla, precedido de sangre en nuestra historia como en la naturaleza, ya nos parece divisar el día; ya, confundiendo con el miedo el recogimiento semejante á la duda que precede á las sacudidas nacionales, irrita un desdén insolente la última paciencia del país, avergonzado de su credulidad; ya, con el favor inícuo de gobiernos que traicionan á su patria usurpando una autoridad que no osan ejercer con honra, se preparan nuestros dominadores á provocar la Isla á una guerra incompleta y prematura, á azuzar acaso á los inquietos y los ciegos de nuestro propio bando, para segar al país la flor nueva que ha echado en medio de los vicios, para pasear la hoz á cercén, antes de que vibre en los brazos la indignación madura, sobre el pueblo culpable de haber sabido perdonar á sus déspotas, creer en su honor, confiar en que con la generosidad heróica los obligaría á la justicia: ya parece menos lejano el instante dolo-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

roso, como todo nacimiento, en que se realicen al fin las esperanzas que enfrena la cordura, pero que no deben morir jamás, porque con ellas morirían la verdad y la grandeza. Mas si esperásemos en vano; si la zozobra en que vivimos, ó el ardor del deseo, nos anublasen el conocimiento; si otra solución política fuera superior á la nuestra; si por la virtud de otros esfuerzos lograse nuestra patria, contra todo lo probable, una calma relativa; si tanto como por cualquier otro esfuerzo, se lograra por el de nuestra actitud sin plácemes y sin gloria, por nuestro poder secreto é imperante, por el látigo invisible que aquí todos tenemos en las manos,—lógrese en buena hora, aunque de esta última herida que le falta para ya morir, cese nuestro corazón de latir con la esperanza que lo alienta. ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz! Pues ¿para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él, y en sacrificarle hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

Pero si, como anuncian los tiempos, fracasa el empeño de obtener de España para los cubanos la suma de derechos que pudiese hacer llevadera la vida á un pueblo visiblemente dispuesto á volver á arrostrarla por su libertad; si con invenciones satánicas ó ardides felices arrastra al país á una guerra, que no nos hallará desprevenidos, aquella parte perniciosa del elemento español que lo perturba; si la ira heróica ó la palabra imprudente contribuyesen de parte nuestra á acelerar la lucha armada por que suspira, procurando escoger la hora y lugar de la batalla, nuestro astuto enemigo,

¡aquí habremos mantenido, sin avergonzarnos de ella, sin abatirla, sin ondearla como mercancía temible, sin asustar con ella á los políticos flojos é imprevisores, la bandera que no adorna hoy nuestros muros porque mientras no pueda conducirnos á la victoria, mejor está plegada! ¡Aquí, en el trato abierto y en el estudio de nuestras pasiones, hemos robustecido, mientras nos acusaban y tenían en poco, los hábitos que harán mañana imposible el establecimiento en Cuba de una República incompleta, parcial en sus propósitos ó métodos, encogida ó injusta en su espíritu! ¡Aquí hemos aprendido á conocer y á resistir los obstáculos con que pudiera tropezar la patria nueva: el interés del hombre de guerra, la pasión del hombre de raza, la soberbia de los letrados, la desvergüenza del intrigante político! ¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene, por única causa, la cercanía á nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa é infecunda la sumisión á un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña á sus habitantes! ¡Aquí hemos aprendido á amar aquella patria sincera donde podrán vivir en paz los mismos que nos oprimen, si aprenden á respetar los derechos que sus hijos hayan sabido conquistarse; donde podrán vivir en amor los esclavos azotados, y los que los azotamos!

¡Oh, nó!: no es visión de la fantasía esa patría venidera donde, con la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz, prosperará, sin ayudas extrañas que lo consuman, el hombre en quien

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

la libertad ha infundido á la vez la virtud de morir por ella y la inteligencia necesaria para ejercitarla: el hombre que reune á la industria con que los pueblos se edifican, el brío que salva á la libertad de los que para explotarla ó desviarla suelen saltar, con la agilidad del ambicioso, á su cabeza: el hombre cubano. ¿Aniquilado el cubano? ¿Desmayado el cubano? ¿Indigno el cubano de que, por esperar la ocasión de servirlo, desdeñemos, con tenacidad misteriosa, el bienestar seguro y los más gratos honores? ¿Quién nos impele, quién nos aconseja, quién nos conduce, que besamos con amor la mano que nos arrastra por la vía oscura y terrible? ¡Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin á esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: "fuiste mi hijo!" ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés, y morir sin manchas! ¿Indigno el cubano? ¡Antes debemos, con todas las fuerzas de la admiración y todo el cariño del alma, saludar á los que surgen radiantes de aquella podredumbre, como las frutas más lúcidas y jugosas brotan de la tierra fecundada por el pestilente abono, y echar por sobre el mar, con las alas tendidas, un entrañable abrazo hacia los que en aquel aire enlutado insisten en la virtud, nutren el valor, enriquecen la ciencia, practican la literatura viril, improvisan con nunca vista rapidez las cualidades de los pueblos en sazón, y guardan la casa santa del contacto impuro! Como la libertad es la sombra de la tiranía, como las virtudes florecen sobre los cadáveres de los que las poseyeron, como la juventud orea los pueblos cansados, allí donde el sol brilla, donde las palmeras visitadas del rayo ya retoñan, donde cruzan centelleando por el aire las almas de los héroes, donde en el silencio de los caminos hay aún bastante sombra para el honor, se levanta con nuevo poder, con el poder de la indignación contenida, aquel pueblo que han dado por muerto los que, aunque vivan en su seno, lo desconocen ú olvidan, los que no cambian todas las glorias y bienes del mundo por el placer inefable de oirlo palpitar! A los que confían en tener aún por mucho tiempo sujeto á un régimen que es el oprobio de los que lo mantienen, aquel pueblo nuestro que sin más conspiración que la que de su desdicha, ya se lleva la mano á la frente, ya se pone en pié, ya recuerda de qué lado se cargan las armas, decidles lo que ví yo en los fríos de New York hace siete años:—Era un anciano. En su alma inmaculada no cabía el odio. no era hombre de libros: ¡los libros suelen estorbar para la gloria verdadera! Cuando despertó nuestro Oriente, dejó sola, para ir á pelear, la mujer de su cariño, y la rica hacienda que levantó con sus propias manos. La guerra lo había curtido: había estado los diez años en la guerra. Después de aquella paz, lo prendieron con sus tres hijos. Huyó con ellos de su prisión en España. No le esperaba la pobreza en el extranjero. Se hablaba entonces de sujetar, con un renacimiento de la guerra mal apagada, las aspiraciones temibles y activas que se disponían á sustituirla. Y aquel anciano de setenta y tres años, que ya había peleado por su patria diez, vino á decirme: "Quiero irme á la guerra con mis tres hijos." La vida seca las lágrimas; pero aquella vez me corrieron sin miedo de los ojos. ¿Qué tiene la historia antigua de más bello?—Y decidles lo que

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

ví ayer:—Es un niño, recién llegado de Cuba. Lleva en la frente pensativa la tristeza de quien vive entre esclavos, la determinación de quien decide dejar de serlo. ¡La tiranía no corrompe, sino prepara! ¡Qué cólera, la de un pueblo forzado á acorralar su alma! Trae en los ojos la cólera de su pueblo. Él sabe de dónde viene la injuria, cómo no se espera remedio pacífico, cómo el país está dejando ya caer los brazos, para levantarlos! Habla poco. Se pone á cada instante en pié. "Iré, iré de los primeros", dice. Y espera impaciente, como un potro enfrenado.

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la naturaleza, que los días, henchidos de trabajo dichoso, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros solo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo á que lo guíe, á que lo aflija, á que lo muerda, á que lo desconozca la patria! ¿Con qué palabras, que no sean nuestras propias entrañas, podremos ofrecer otra vez á la patria afligida nuestro amor, y decir adios, adios hasta mañana, á las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas? ¡Con velar por la patria sin violentar sus destinos con nuestras pasiones: con preparar la libertad de modo que sea digna de ella!

HEREDIA

DISCURSO PRONUNCIADO EN HARDMAN HALL

NEW YORK

30 DE NOVIEMBRE DE 1889

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL

Señoras y señores:

Con orgullo y reverencia empiezo á hablar, desde este puesto que de buen grado hubiera cedido, por su dificultad excesiva, á quien, con más ambición que la mía y menos temor de su persona, hubiera querido tomarlo de mí, si no fuera por el mandato de la patria, que en este puesto nos manda estar hoy, y por el miedo de que el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad, se levante en su silla de gloria, junto al sol que él cantó frente á frente,—y me tache de ingrato. Muchas pompas y honores tiene el mundo, solicitados con feo afán y humillaciones increíbles por los hombres: yo no quiero para mí más honra, porque no la hay mayor, que la de haber sido juzgado digno de recoger en mis palabras mortales el himno de ternura y gratitud de estos corazones de mujer y pechos de hombre al divino cubano, y enviar con él el pensamiento, velado aún por la vergüenza pública, á la cumbre donde espera, en vano quizás, su genio inmarcesible, con el trueno en la diestra, el torrente á los pies, sacudida la capa de tempestad por los vientos primitivos de la creación, bañado aún de las lágrimas de Cuba el rostro.

U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL

Nadie esperará de mí, si me tiene por discreto, que por ganar fama de crítico sagaz y puntilloso, rebaje esta ocasión, que es de agradecimiento y tributo, al examen,—impropio de la fiesta y del estado de nuestro ánimo,— de los orígenes y factores de mera literatura, que de una ojeada ve por sí quien conozca los lances varios de la existencia de Heredia, y los tiempos revueltos y enciclopédicos, de jubileo y renovación del mundo, en que le tocó vivir. Ni he de usurpar yo, por lucir las pedagogías, el tiempo en que sus propias estrofas, como lanzas orladas de flores, han de venir aquí á inclinarse, corteses y apasionadas, ante la mujer cubana, fiel siempre al genio y á la desdicha, y echando de súbito iracundas las rosas por el suelo, á repetir ante los hombres, turbados en estos tiempos de virtud escasa é interés tentador, los versos, magníficos como bofetones, donde profetiza:

"Que si un pueblo su dura cadena
no se atreve á romper con sus manos,
Puede el pueblo mudar de tiranos
Pero nunca ser libre podrá."

Yo no vengo aquí como juez, á ver cómo se juntaron en él la educación clásica y francesa, el fuego de su alma, y la época, accidentes y lugares de su vida; ni en qué le aceleraron el genio la enseñanza de su padre y la odisea de su niñez; ni qué es lo suyo, ó lo de reflejo, en sus versos famosos; ni apuntar con dedo inclemente la hora en que, privada su alma de los empleos sumos, repitió en cantos menos felices sus ideas primeras, por hábito de producir, ó necesidad de expresarse, ó gratitud al pueblo que lo hospedaba, ó por obligación

política. Yo vengo aquí como hijo desesperado y amoroso, á recordar brevemente, sin más notas que las que le manda poner la gloria, la vida del que cantó, con majestad desconocida, á la mujer, al peligro y á las palmas.

Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia: en la infatigable Santiago. Y dicen que desde la niñez, como si el espíritu de la raza extinta le susurrase sus quejas y le prestara su furor, como si el último oro del país saqueado le ardiese en las venas, como si á la luz del sol del trópico se le revelasen por merced sobrenatural las entrañas de la vida, brotaban de los labios del "niño estupendo" el anatema viril, la palabra sentenciosa, la oda resonante. El padre, con su mucho saber, y con la inspiración del cariño, ponía ante sus ojos ordenados y comentados, los elementos del orbe, los móviles de la humanidad, y los sucesos de los pueblos. Con la toga de juez abrigaba, de la fiebre del genio, á aquel hijo precoz. A Cicerón le enseñaba á amar, y amaba él más, por su naturaleza artística y armoniosa, que á Marat y á Fouquier Tinville. El peso de las cosas enseñaba el padre, y la necesidad de impelerlas con el desinterés, y fundarlas con la moderación. El latín que estudiaba con el maestro Correa no era el de Séneca difuso, ni el de Lucano verboso, ni el de Quintiliano, lleno de alamares y de lentejuelas, sino el de Horacio, de clara hermosura, más bello que los griegos, porque tiene su elegancia sin su crudeza, y es vino fresco tomado de la uva, con el perfume de las pocas rosas que crecen en la vida. De Lucrecio era por la mañana la lección de don José Francisco, y por la noche de Humboldt.

U. A. N. L.

El padre, y sus amigos de sobremesa, dejaban, estupefactos, caer el libro. ¿Quién era aquél, que lo traía todo en sí? Niño, ¿has sido rey, has sido Ossian, has sido Bruto? Era como si viese el niño batallas de estrellas, porque le lucían en el rostro los resplandores. Había centelleo de tormenta y capacidad de cráter en aquel genio voraz. La palabra, esencial y rotunda, fluía, adivinando las leyes de la luz ó comentando las peleas de Troya, de aquellos labios de nueve años. Preveía, con sus ojos de fuego, el martirio á que los hombres, denunciados por el esplendor de la virtud, someten al genio, que osa ver claro de noche. Sus versos eran la religión y el orgullo de la casa. La madre, para que no se los interrumpieran, acallaba los ruidos. El padre le apuntalaba las rimas pobres. Le abrian todas las puertas. Le ponían, para que viese bien á escribir, las mejores luces del salón. ¡Otros han tenido que componer sns primeros versos entre azotes y burlas, á la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice!.....: los de Heredia acababan en los labios de su madre, y en los brazos de su padre y de sus amigos. La inmortalidad comenzó para él en aquella fuerza y seguridad de sí que, como lección constante de los padres duros, daba á Heredia el cariño de la casa.

Era su padre oidor, y persona de consejo y benevolencia, por lo que lo escogieron, á más de la razón de su nacimiento americano, para ir á poner paz en Venezuela, donde Monteverde, con el favor casual de la naturaleza, triunfaba de Miranda, harto sabio para guerra en que el acometimiento hace más falta, y gana más batallas, que la sabiduría; en Venezuela, donde acababa de enseñarse

al mundo, desmelenado y en pié sobre las ruinas del templo de San Jacinto, el creador, Bolívar. Reventaba la cólera de América, y daba á luz, entre escombros encendidos, al que había de vengarla. De allá del sur venía, de cumbre en cumbre, el eco de los cascos del caballo libertador de San Martín. Los héroes se subían á los montes para divisar el porvenir, y escribir la profecía de los siglos al resplandor de la nieve inmaculada. La niñez, más que el amor filal, refrenaba al héroe infeliz, que lloraba á sus solas, en su desdicha de once años, porque no le llegaban los piés traidores al estribo del caballo de pelear. Y allí oyó contar de los muertos por la espalda, de los encarcelados que salían de la prisión recogiéndose los huesos, de los embajadores de barba blanca que había clavado el asturiano horrible á lanzasos contra la pared. Oyó decir de Bolívar, que se echó á llorar cuando entraba triunfante en Caracas, y vió que salían á recibirlo las caraqueñas vestidas de blanco, con coronas de flores. De un Páez oyó contar, que se quitaba los grillos de los piés, y con los grillos vapuleaba á sus centinelas. Oyó decir que habían traído á la ciudad en una urna, con las banderas desplegadas como en día de fiesta, el corazón del bravo Girardot. Oyó que Ricaurte, para que Boves no le tomara el parque, sobre el parque se sentó, y voló con él. Venezuela, revuelta en su sangre, se retorcía bajo la lanza de Boves.... Vivió luego en Méjico, y oyó contar de una cabeza de cura, que daba luz de noche, en la picota donde el español la había clavado. ¡Sol salió aquella alma, sol devastador y magnífico, de aquel troquel de diamante!

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Y volvió á Cuba. El pan le supo á villanía, la comodidad á robo, el lujo á sangre. Su padre llevaba bastón de carey, y él también, comprado con el producto de sus labores de juez, y de abogado nuevo en una sociedad vil. El que vive de la infamia, ó la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen, es cometerlo. La juventud convida á Heredia á los amores: la condición favorecida de su padre, y su fama de joven extraordinario, traen clientes á su bufete: en las casas ricas le oyen con asombro improvisar sobre cuarenta piés diversos, cuarenta estrofas: "¡ése es Heredia!" dicen por las calles, y en las ventanas de las casas, cuando pasa él, las cabezas hermosas se juntan, y dicen bajo, como el más dulce de los premios: "¡Ese es Heredia!" Pero la gloria aumenta el infortunio de vivír, cuando se la ha de comprar al precio de la complicidad con la vileza: no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí. Grato es pasear bajo los mangos, á la hora deliciosa del amanecer, cuando el mundo parece como que se crea, y que sale de la nada el sol, con su ejército de pájaros vocingleros, como en el primer día de la vida: ¿pero qué "mano de hierro" le oprime en los campos cubanos el pecho? ¿Y en el cielo, qué mano de sangre? En las ventanas dan besos, y aplausos en las casas ricas, y la abogacía mana oro; pero al salir del banquete triunfal, de los estrados elocuentes, de la cita feliz, ¿no chasquea el látigo, y pide clemencia á un cielo que no escucha la madre á quien quieren ahogarle con azotes los gritos con que llama al hijo de su amor? El vil no es el esclavo, ni el que

lo ha sido, sino el que vió este crimen, y no jura, ante el tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas. ¿Y la América libre, y toda Europa coronándose con la libertad, y Grecia misma resucitando, y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América? Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman á guerra á los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas, que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso á los que persiguen á los héroes? En tierra peleará, mientras haya un palmo de tierra, y cuando no lo haya, todavía peleará, de pié en la mar. Leónidas desde las Termópilas, desde Roma Catón, señalan el camino á los cubanos. "¡Vamos, Hernández!" De cadalso en cadalso, de Estrampes en Agüero, de Plácido en Benavides, erró la voz de Heredia, hasta que un día, de la tiniebla de la noche, entre cien brazos levantados al cielo, tronó en Yara. Ha desmayado luego, y aún hay quien cuente, donde no se anda al sol, que va á desaparecer. ¿Será tanta entre los cubanos la perversión y la desdicha, que ahoguen, con el peso de su pueblo muerto por sus propias manos, la voz de su Heredia?

Entonces fué cuando vino á New York, á recibir la puñalada del frío, que no sintió cuando se le entró por el costado, porque de la pereza moral de su patria hallaba consuelo, aunque jamás olvido; en aquellas ciudades ya pujantes, donde, si no la república universal que apetecía su alma gene-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

rosa, imperaba la libertad en una comarca digna de ella. En la historia profunda sumergió el pensamiento: estudió maravillado los esqueletos colosales; aterido junto á su chimenea, meditaba en los tiempos, que brillan y se apagan; agigantó en la soledad su mente sublime; y cuando, como quien se halla á sí propio, vió despeñarse á sus piés, rotas en luz, las edades de agua, el Niágara portentoso le reveló, sumiso, su misterio, y el poeta adolescente de un pueblo desdeñado halló, de un vuelo, el sentido de la naturaleza que en siglos de contemplación, no habían sabido entender con tanta majestad sus propios habitantes.

Méjico es tierra de refugio, donde todo peregrino ha hallado hermano; de Méjico era el prudente Osés, á quien escribía Heredia, con peso de senador, sus cartas épicas de joven; en casa mejicana se leyó, en una mesa que tenia por adorno un vaso azul lleno de jazmines, el poema galante sobre el "Mérito de las mujeres;" de Méjico lo llama, á compartir el triunfo de la carta liberal, más laborioso que completo, el presidente Victoria, que no quería ver malograda aquella flor de volcán en la sepultura de las nieves. ¿Qué detendrá á Heredia junto al Niágara, donde su poesía, profética y sincera, no halló acentos con qué evocar la libertad? Méjico empieza la ascención más cruenta y valerosa que, por entre ruinas de iglesia y con una raza inerte á la espalda, ha rematado pueblo alguno: sin guía y sin enseñanza, ni más tutor que el genio del país, iba Méjico camino á las alturas, marcando con una batalla cada jalón ¡y cada jalón, más alto!: si de la sombra de la iglesia languidece el árbol todavia tierno de la libertad, una

generación viene cantando, y á los piés del árbol sediento se vacía los pechos; á Méjico va Heredia, adonde pone á la lira castellana flores de roble el gran Quintana Roo. Y al ver de nuevo aquellas playas hospitalarias y belicosas, aquellos valles que parecen la mansión desierta de un olimpo que aguarda su rescate, aquellos montes que están, en la ausencia de sus dioses, como urnas volcadas, aquellas cúspides que el sol tiñe en su curso de plata casta, y violeta amorosa, y oro vivo, como si quisiera la creación mostrar sus favores y especial ternura por su predilecta naturaleza, creyó que era allí donde podía, nó en el Norte egoísta, hallar en la libertad el mismo orden solemne de las llanuras, guardadas por la centinela de los volcanes; sube con pié de enamorado á la soledad donde pidieron en vano al cielo su favor contra Cortés los reyes muertos, á la hora en que se abren en la bóveda tenebrosa las "fuentes de luz;" y acata, antes que á los grandes de la tierra, á los montes que se levantan, como espectros que no logran infundirle pavor, en la claridad elocuente de la luna.

Méjico lo agasaja como él sabe, le da el oro de sus corazones y de su café, sienta á juzgar en la silla togada al forastero que sabe de historia como de leyes y pone alma de Volney al épodo de Píndaro. Los magistrados lo son de veras, allí donde en el aire mismo andan juntos la claridad y el reposo: y á él lo proclaman magistrado natural, sin ponerle reparos por la juventud, y lo sientan á la mesa como hermano. La tribuna tiene alli próceres: y le ceden la voz los oradores del país, y lo acompañan con palmas. La poesía tiene allí pon-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

tifices: y andan todos buscándole el brazo. Las hermosuras, también allí, exhalan al paso del poeta, trémulas, su aroma. Batalla con los "yorkinos" liberales, para que no echen atrás los "escoceses" parricidas la república: escribe, canta, discute, publica, derrama su corazón en pago de la hospitalidad, pero no siente bajo sus piés aquella firmeza del suelo nativo, que es la única propiedad plena del hombre, y tesoro común que á todos los iguala y enriquece, por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar á otro, ni hipotecar jamás. Ni la fuerza de su suelo tiene, ni el orgullo de que en su patria impere la virtud, ni el honor puede ya esperar de que lloren sobre su sepultura de héroe, en el primer día de redención, las vírgenes y los fuertes, y sobre la tierra que lo cubra pongan una hoja de palma de su patria. ¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sones reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, ó el del mar que lo lleva á sus orillas, ó el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles á medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?

No lo sostiene la vanidad de su persona; porque con valer mucho, y por lo mismo que lo valía, no era de esos de mirra y opoponax, que se ponen el mérito propio de botón de pechera, donde se lo vea todo el mundo, y alquilan el aire á que los publique y la mar á que les cante la goria, y creen que debe ser su almuerzo el cielo y su vino la eternidad; sino que fué genio de noble república, á quien sólo se le veía lo de rey cuando lo agitaba la indignación, ó fulminaba el anatema contra los serviles del mundo, y los de su patria. Dos clases de hombre hay: los que andan de pié, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más ó pan menos, á dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra: y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando á los grandes de la tierra el manto. En su patria piensa cuando dedica su tragedia "Tiberio" á Fernando VII, con frases que escaldan: en su patria, cuando con sencillez imponente dibuja en escenas ejemplares la muerte de "Los Ultimos Romanos." ¡No era, nó, en los romanos en quienes pensaba el poeta, vuelto ya de sus más caras esperanzas! Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que besaba aún los piés del dueño enfurecido: "¡Vaya, decía, la América libre á rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!" Piafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitante los hijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡éntre en la mar el caballo libertador, y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pié en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: "¡Yo soy libre, tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!" Y al ver Heredia criminal á la libertad, y ambiciosa como la tiranía,

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó á morir.

Ya estaba, de sí mismo, preparado á morir; porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora á quien la posee. En las ocupaciones usuales de la vida, acibaradas por el destierro, no hallaba su labor anhelada aquella alma frenética y cabelleresca, que cuando vió falsa á su primer amiga, servil al hombre, acorralado el genio, impotente la virtud, y sin heroísmo el mundo, preguntó á sus sienes para qué latían, y aun quiso, en el extravío de la pureza, librarlas de su cárcel de huesos. De la caida de la humanidad ideal que pasea resplandeciente, con la copa de la muerte en los labios, por las estrofas de su juventud, se levantó pálido y enfermo, sin fuerzas ya más que para el poema reflexivo ó el drama artificioso, que sólo centellea cuando el recuerdo de la patria lo conmueve, ó el horror al desorden de la tiranía, ó el odio á las "intrigas infames." Al sol vivía él, y abominaba á los que andan, con el lomo de alquiler, afilando la lengua en la sombra, para asestarla contra los pechos puros. Si para vivir era preciso aceptar, con la sonrisa mansa, la complicidad con los lisonjeros, con los hipócritas, con los malignos, con los vanos, él no quería sonreir, ni vivir. ¿A qué vivir, si no se puede pasar por la tierra como el cometa por el cielo? Como la playa desnuda se siente él, como la playa de la mar. Su corazón tempestuoso, y tierno como el de una mujer, padece bajo el fanfarrón y el insolente como la flor bajo el casco del caballo. Él tenía piedad de su caballo, á punto de llorar con él y pedir-

le perdón, porque en el arrebato de su carrera le ensangrentó los hijares; ¿y no tenían los hombres piedad de él? ¿Ni de qué sirve la virtud, si mientras más la ven, la mortifican más, y hay como una conjuración entre los hombres para quitarle el pan de la boca, y el suelo de debajo de los piés? Basta una visita aleve, de esas que vienen como las flechas de colores, con la punta untada de curare: basta una mirada torva, una carta seca, un saludo tibio, para oscurecerle el día. Nada menos necesita él que "la ternura universal." La casa, necesitada y monótona, irrita su pena, en vez de calmársela. En el dolor tiene él su gozo. ¡En su patria, ni pensar puede, porque su patria está allá, con el déspota en pié, restallando el látigo, y todos los cubanos arrodillados! De este pesar de la grandeza inútil, de la pasión desocupada y de la vida vil, moría, hilando trabajosamente sus últimos versos, el poeta que ya no hallaba en la tierra más consuelo que la lealtad de un amigo constante ¡Pesan mucho sobre el corazón del genio honrado las rodillas de todos los hombres que las doblan!

Hasta en las más acicaladas de sus poesías, que algo habían de tener de tocador en aquellos tiempor de Millevoye y de Delille, se nota esa fogosidad y sencillez que contrastan tan bellamente con la pompa natural del verso, que es tanta que cuando cae la idea, por el asunto pobre ó el tema falso, va engañado buen rato el lector, tronando é imperando, sin ver que ya está la estrofa hueca. El temple heroico de su alma daba al verso constante elevación, y la viveza de su sensibilidad le llevaba, con cortes é interrupciones felicísimas, de una

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

impresión á otra. Desde los primeros años habló él aquel lenguaje á la vez exaltado y natural, que es su mayor novedad poética. A Byron le imita el amor al caballo; pero ¿á quién le imita la oda al Niágara, y al Huracán, y al Teocali, y la carta á Emilia, y los versos á Elpino, y los del Convite? Con Safo sólo se le puede comparar, porque sólo ella tuvo su desorden y ardor. Deja de un giro incompletos, con dignidad y efecto grandes, los versos de esos dolores que no se deben profanar hablando de ellos. De una nota sentida saca más efecto que de la retórica ostentosa. No busca comparaciones en lo que no se ve, sino en los objetos de la naturaleza, que todos pueden sentir y ver como él; ni es su imaginación de aquélla de avalorio, enojosa é inútil, que crea entes vanos é insignificantes, sino de esa otra durable y servicial, que consiste en poner de realce lo que pinta, con la comparación ó alusión propias, y en exhibir, cautivas y vibrantes, las armonías de la naturaleza. En su prosa misma, resonante y libre, es continuo ese vuelo de alas anchas, y movimiento á la par rítmico y desenfrenado. Su prosa tiene galicismos frecuentes, como su época; y en su Hesiodo hay sus tantos del Alfredo, y muchos versos pudieran ser mejores de lo que son: lo mismo que en el águila, que vuela junto al sol, y tiene una que otra pluma fea. Para poner lunares están las peluquerías; pero ¿quién, cuando no esté de cátedra forzosa, empleará el tiempo en ir de garfio y pinza por la obra admirable, vibrante de angustia, cuando falta de veras el tiempo para la piedad y la admiración?

Nadie pinta mejor que él su tormento, en los

versos graves é ingenuos que escribió "en su cumpleaños" cuando describe el

"cruel estado
De un corazón ardiente sin amores."

Por aquel modo suyo de amar á la mujer, se ve que á la naturaleza le faltó sangre que poner en las venas de aquel cubano, y puso lava. A la libertad y á la patria, las amó como amó á Lesbia y á Lola, á la "belleza de dolor" y á la andaluza María Pautret. Es un amor fino y honroso, que ofrece á sus novias en versos olímpicos la rosa tímida, la caña fresca, y se las lleva á pasear, vigilado por el respeto, por donde arrullan las tórtolas. Algo hay de nuestro campesino floreador en aquel amante desaforado que dobla la rodilla y pone á los piés de su amada la canción de puño de oro. No ama para revolotear, sino para fijar su corazón, y consagrar su juventud ardiente. Se extremece á los dieciseis años, como todo un galán, cuando en el paseo con Lesbia le rozan la frente, movidos de aquel lado por un céfiro amigo, los rizos rubios. Se queja á la luna, que sabe mucho de estas cosas, porque no halla una mujer sensible. Ama furioso. Espirará de amor. No puede con el tumulto de su corazón enamorado. Nadie lo vence en amar, nadie. Ennoblece con su magna poesia lo más pueril del amor, y lo más dulce: el darse y quitarse y volverse á dar las manos, el no tener que decirse, el decírselo todo de repente. Sale del baile, como monarca coronado de estrellas, porque ha visto reinar á la que ama. El que baila con la que ama es indigno, insensible é indigno. A la

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

que él ama, Cuba la aplaude, Catulo le manda el ceñidor de Venus, los dioses del Olimpo se la envidian. Tiembla al lado de Emilia, en los días románticos de su persecución en Cuba; pero puede más la hidalguía del mancebo que la soledad tentadora. Pasa, huyendo de sí junto á la pobre "rosa de nuestros campos," que se inclina deslumbrada ante el poeta, como la flor ante el sol. Sufre hasta marchitarse, y tiene á orgullo que le vean en la frente la palidez de los amores. El universo ¿quién no lo sabe? está entero en la que ama. No quiere ya á las hermosas, porque por la traición de una supo que el mundo es vil; pero no puede vivir sin las hermosas. ¿Cómo no habían de amar las mujeres con ternura á aquél que era cuanto al alma superior de la mujer aprisiona y seduce: delicado, intrépido, caballeroso, vehemente, fiel, y por todo eso, más que por la belleza, bello? ¿al que se ponía á sus piés de alfombra, sumiso é infeliz, y se erguía de pronto ante ellas como un soberano irritado? ¿Ni cuál es la fuerza de la vida, y su única raíz, sino el amor de la mujer?

De la fatiga de estas ternuras levantaba, con el poder que ellas dan, el pensamiento renovado á la naturaleza eminente, y el que envolvía en hojas de rosa la canción á Lola, ensilla una hora después su caballo volador, mira—descubierta la cabeza—al cielo turbulento, y á la luz de los rayos se arroja á escape en la sombra de la noche. Ó cuando el gaviero, cegado por los relámpagos, renuncia en los mástiles rotos á desafiar la tempestad, Heredia, de pié en la proa, impaciente en los talones la espuela invisible, dichosa y centelleante la mirada, ve tenderse la niebla por el cielo, y prepararse las

olas al combate. Ó cuando la tarde convida al hombre á la meditación, trepa, á pié firme, el monte que va arropando la noche con su lobreguez, y en la cumbre, mientras se encienden las estrellas, piensa en la marcha de los pueblos, y se consagra á la melancolía. Y cuando no había monte que subir, desde sí propio veía, como si lo tuviera á sus piés, nacer y acabarse el mundo, y sobre él tender su inmensidad el Oceano enérgico y triunfante

Un día, un amigo piadoso, un solo amigo, entró, con los brazos tendidos, en el cuarto de un alguacil habanero, y allí estaba, sentado en un banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en los ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver á ver á su madre y á sus palmas. Temblando salió de allí, del brazo de su amigo; al recobrar la libertad en el mar, reanimado con el beso de su madre, volvió á hallar, para despedirse del universo, los acentos con que lo había asombrado en su primera juventud; y se extinguió en silencio nocturno, como lámpara macilenta, en el valle donde vigilan perennemente, doradas por el sol, las cumbres del Popocatepetl y el Itztlazihuatl. Allí murió, y allí debía morir, el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre con Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún, en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya; por su niñez con Venezuela, donde los montes plega-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

dos parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir á dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad; y por su muerte, con Méjico, templo inmenso edificado por la naturaleza para que en lo alto de sus peldaños de montañas se consumase, como antes en sus teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la independencia de América.

Y si hasta en la desaparición de sus restos, que no se pueden hallar, simbolizase la desaparición posible y futura de su patria, entonces ¡oh Niágara inmortal! falta una estrofa, todavía útil, á tus soberbios versos. ¡Pídele ¡oh Niágara! al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla á los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno, y el arco que le ciñe las sienes, son el cortejo propio, nó mis palabras, del gran poeta en su tumba. Allí, frente á la maravilla vencida, es donde se ha de ir á saludar al genio vencedor. Allí, convidados á admirar la majestad del portento, y á meditar en su fragor, llegaron, no hace un mes, los enviados que mandan los pueblos de América á juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano; y al oir retumbar la catarata formidable, "¡Heredia!" dijo, poniéndose en pié, el hijo de Montevideo; "¡Heredia!" dijo, descubriéndose la cabeza, el de Nicaragua; "¡Heredia!"

dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; "¡Heredia!".... decían, como indignos de sí y de él, los cubanos de aquella compañía; "¡Heredia!", dijo la América entera; y lo saludaron con sus cascos de piedra, las estatuas de los emperadores mejicanos, con sus volcanes Centro-América, con sus palmeros el Brasil, con el mar de sus pampas la Argentina, el araucano distante con sus lanzas. ¿Y nosotros, culpables, cómo lo saludaremos? ¡Danos, oh padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo, como te lloraron á tí las mujeres del tuyo; ó haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de tí!

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

WHITE

CRONICA PUBLICADA EN LA "REVISTA UNIVERSAL"

MÉXICO 1875

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Hay una lengua espléndida, que vibra en las cuerdas de la melodía y se habla con los movimientos del corazón: es como una promesa de ventura, como una vislumbre de certeza, como prenda de claridad y plenitud. El color tiene límites: la palabra, labios: la miseria, cielo. Lo verdadero es lo que no termina: y la música está perpétuamente palpitando en el espacio.

Hay una lengua común, muy suavemente simpática, que deja en los oídos dulzuras que van á ensanchar y á ennoblecer el corazón: la música se oye, la alegría se enciende, los ojos se enamoran: no hay pecho que no crezca y se dilate: no hay sentimiento en el espíritu que no murmure delicias y amor.

La música es la más bella forma de lo bello:—arrullar, adormecer, exaltar, gemir, llorar: el alma que se plega á un arco: el oído que se subyuga, se extasia, se encadena: este pobre sér, gérmen dormido, de súbito sacudido y despertado: esta revelación de lo más puro entre las lobregueces de la vida: esta garantía de lo eterno prometida al espíritu ansioso en el nombre augusto de lo bello:—tanto es esa lengua arrobadora, madre de bellezas, seno de ternuras, vaga como los sueños de las almas, gratísima y suave como un murmullo de libertad y redención.

La música es el hombre escapado de sí mismo: es el ansia de lo ilímite surgida de lo limitado, y

de lo estrecho: es la armonía necesaria, anuncio de la armonía constante y venidera.

Aquí la música se siente: hay otro mundo en que la música se habla.

Todo átomo se suspende: toda atención se embarga y se conmueve: así se oye en las mujeres el murmullo de un te-amo, en las playas los besos de las ondas, en mi espíritu las promesas ruborosas que embellecen el día perpetuo de sus desposorios con la eternidad.

Lo que se piensa es mezquino: lo que se revela es sumo y armónico: se rompe la voluntad en el cerebro: sonríe y se adormece en los espacios inefables de la música.

Oh! patria de mi alma: en tí las palmas besan á las brisas, y el aire sabe la manera de conmoverse y de llorar: cuentan las cañas amores á las orillas mansas de los ríos: aman las vírgenes cubanas trémulas de castísima pasión;—¡oh, patria de mi vida! yo sé cómo palpita la armonía en tus campos de oro de maíz; yo sé cómo murmura en tus naranjos el crepúsculo bullicioso y sonriente: yo sé cómo se extiende sobre tus seibas la tarde meditabunda y quejumbrosa;—¡oh, patria de mi amor! tú eres bendita al través del alejamiento y la amargura; tú me mandas amores y promesas en el alma de uno de tus hijos: tú me mandas un canto de esperanza en una inspirada criatura, engendrada entre tus suspiros y tus lágrimas, calentada al fuego de mi Sol!

¡Patria, alma mía!, roa la infamia el instante en que todo mi triste corazón no esté adorando en tí!

* * *

¡Oh! Crónica: no cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser.

White no toca,—subyuga: las notas resbalan en sus cuerdas, se quejan, se deslizan, lloran: suenan una tras otra como sonarían perlas cayendo.

Ora es un suspiro prolongado que convida á cerrar los ojos para oir.—ora es un gemido fiero que despierta el oído aletargado: en el "Carnaval de Venecia," las notas ya no gimen ni resbalan,—salpican, saltan, brotan: allí encadenan voluntad y admiración.

No hay un ruido bronco: no hay una nota aguda ni desapacible: allí están harmónicamente entendidos, atrevidamente opuestos todos los secretos del sonido; todo lo débil de lo ténue, y todo lo solemne de lo enérgico; murmuríos de notas suaves, que arrancan bravos unánimes al auditorio suspenso y dominado.

Aquel violín se queja, se entusiasma, regaña, llora: ¡con qué lamentos gime! ¡con qué dolor tan hondo se desespera y estremece!

Horas inolvidables y brevísimas son las horas que se pasan á su lado: se halla el alma á si misma: con verse allí tan bella se perdona su mísera estrechez.

White era saludado con salvas vivísimas de aplausos. El público se movía con los movimientos de su arco poderoso: no parece un instrumento que obedece: antes una soberbia voluntad que cautiva, domina y manda.

Momentos hay en que su arco, no corre sobre el violín: se irrita con él, lo hiere, lo enajena, lo arrastra y lo esclaviza con una irresistible voluntad. Precipita, confunde, mezcla, rueda sobre las cuerdas docilísimas, corrientes de notas. Jamás ví yo triunfo tan completo del hombre sobre las dificultades de la harmonía.

BIBLIOTECA CENTRAL

Cuanto quepa de alabanza, White lo merece. Cuanto de arte quepa, White lo tiene. Cuanto de ardiente inspiración viva en un hombre, vive en aquellas cuerdas cautivadoras y suaves, ya enérgicas como la ira, ya ténues como la música de amor. Suspiros agitados: ¡cuántas veces son esto las notas dulcísimas de White!

Hijo es él de aquella tierra en que el crepúsculo solloza: en que los cañaverales gemebundos besan perennemente con su sombra las clarisimas aguas de los ríos; hijo es de mi patria muy amada, donde las pencas de las palmas,—régiamente inclinadas á la tierra como el penacho de la india querida de la hermosa llanura americana,—pueblan las horás de la tarde con un rumor doliente y misterioso, vago como el lamento de almas idas que vuelven á la tierra en que vivieron, en busca de sus abandonados y huérfanos amores.

White tiene en su genio toda la poesia de aquella tierra perpétuamente enamorada, todo el fuego de aquel sol vivísimo, toda la ternura de aquellos espíritus partidos, cariñosamente vueltos á buscar entre las palmas á los que les fueron en la tierra espíritus amados.

Yo honro en él á la vigorosa inspiración, y la ternura y la riqueza de mi tierra queridísima cubana. Él debe el genio al alma, y el alma al fuego que la incendió y la calentó.

Horas fueron para mí de regocijo y entusiasmo las que pasé conmovido con su arco: páginas sean éstas de gratitud y afecto para él: yo me siento orgulloso con que mi patria sea la patria de este artista perfecto y eminente.

LOS POETAS DE LA GUERRA

PROLOGO AL LIBRO "LOS POETAS DE LA GUERRA"
PUBLICADO POR "PATRIA"

BIBLIOTECA CENTRAL

Y QUEDARÁ perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas? De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie, porque es sagrado, sea cosa ó persona, cuanto recuerda á un país, y á la caediza y venal naturaleza humana, la época en que los hombres, desprendidos de sí, daban su vida por la ventura y el honor ajenos. La indignacion misma ante la envidia y codicia que malean, hipócritas ó descaradas, las virtudes más finas del hombre, trae en sí como cierta piedad, y un deseo ciego y dominante de perdón y olvido, porque sobre todo cuanto cubrió derrama su belleza la luz de aquellos tiempos consoladores y muchas veces sobrenaturales. Una noche de poca luz, después del día útil, en el rincón de un portal viejo de las cercanías de New York recordaba un general cubano, rodeado de ávidos oyentes, los versos de la guerra. Los árboles afuera, árboles fuertes y nervudos, recortaban el cielo, y parecían caricia á los muertos, al bajarse una rama rumorosa, ó revés, al erguirse de súbito, ó hilera de guardianes gigantescos, con el fusil á la funerala,

al borde de nuestra gran tumba. El robusto recitador, sentado como estaba, decía como de lejos, ó como de arriba, ó como si estuviese en pie. Las mujeres, calladas de pronto, acercaron sus sillas, y oían fluir los versos. El respeto llenaba aquella sombra. "¿Por qué,—dijo uno,—no publicaremos todo eso, antes de que se pierda; antes de que caigan tal vez los hombres que lo recuerdan todavía?" Y en la prisa de trabajos mayores, como quien se descubre un instante la cabeza en la humildad del alma, y conversa en la tiniebla con los suyos antes de seguir el camino árduo, se publican los versos que Serafín Sánchez, el recitador de aquella noche, aprendió de los labios de los poetas, en los días en que los hombres firmaban las redondillas con su sangre.

De copia en copia han venido guardándose, ó en la memoria agradecida, los versos de la guerra. Ni luz tiene el sol, ni hermosura la naturaleza, ni sabor la vida mientras corran riesgo constante de degradación los hombres que nacieron en la misma tierra en que nacimos; ni el desahogo y regalo de la pluma parecen, con justicia, digna ocupación cuando la sangre toda de las venas arde por derramarse, de abono y semilla, en la tierra donde los hombres no pueden vivir en paz con su honor, ni emplear en su bien y en el del mundo la riqueza oprimida de su pensamiento. En los descansos de esta fatiga creciente, que sólo ha de cesar cuando la patria sea feliz ó la vida se extinga, porque no hay gozo privado que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público; en los instantes de bochorno, raros por fortuna, en que se ve caer una honra de su antigua cumbre, á

sentarse á un pan vil, ó en los de santo recogimiento, cuando el ánimo decidido, como para ponerlo en lo porvenir, busca en la memoria el honor pasado,—los cubanos leales, á la sombra de un viejo ó de un valiente, se juntan á recordar las hazañas, y la gloria, y los versos. Tiene la guerra su poesía famosa, ya porque expresaba en la forma ingénua y primeriza del martir novel, los puros sentimientos que sacrificó alegre al de la patria, ya porque á filo de chiste le descabezaban al contrario una insolencia, ya porque dicen hechos tales de sacrificio y ardor que ponen como una majestad involuntaria é inviolable sobre los que en aquel aire respiraron, y contra el testimonio de sus venas pugnarían luego en vano por negarse el honor de haber sído en él héroes ó testigos. Periódicos hubo allí como *El Mambí*, *El Cubano Libre* y *La Estrella de Jagua*, donde en el tipo mínimo de aquellas andariegas cajas, vió la luz mucha poesía generosa é histórica, ocios hubo allí amables, y certámenes en ellos, y hasta un libro manuscrito llegó á componerse, de lo mejor que se recitaba en una casa amiga: valiente tuvo la revolución que no bien salvado en la ceja protectora, de la sorpresa de la sabana donde perdió los espejuelos, narraba, envuelto aún en el humo, su cómica agonía; los combates y la amistad y el amor fueron puestos en rima ó romance, inferiores siempre, por lo segundón y mestizo de la literatura en que se criaron, á las virtudes con que en ellos se copiaban insensiblemente los poetas. Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal á veces, pero solo pedantes y bribones se lo echarán en cara, porque morían bien. Las rimas

BIBLIOTECA CENTRAL

eran allí hombres: dos que caían juntos, eran sublime dístico: el acento, cauto ó arrebatado, estaba en los cascos de la caballería. Y si hubiera dos notas salientes entre tantos versos de molde ajeno é inseguro, en que el espíritu nuevo y viril de los cubanos pedía en vano formas á una poética insignificante é hinchada, serían ellas la púdica ternura de los afectos del hogar, encendidos, como las estrellas en la noche, en el silencioso campamento, y el chiste certero y abundante, como sonrisa de desdén que florecía allí contínua en medio de la muerte. La poesía de la guerra fué amar y sonreir. Y acaso lo más correcto y característico de ella es lo que, por la viveza de sus sales, ha de correr siempre en frasco cerrado. En los labios de todos, entre otros menos conocidos, están los nombres de los poetas Miguel Jerónimo Gutiérrez y Antonio Hurtado del Valle, y José Joaquín Palma y Luis Victoriano Betancourt, y Antenor Lescano y Francisco la Rua, y Ramón Roa. Hay versos que hacen llorar, y otros que mandan montar á caballo.

La rima, que entretiene el dolor, fué en los largos descansos de la guerra tarea de enfermos y de heridos, ó piedad con que el poeta animaba al ejército hambriento y desnudo, ó crónica en que se iba viendo, en días de poca imprenta, los deseos y juicios de la revolución é historia de sus sucesos principales, ó forma sencilla é inadecuada casi siempre de sentimientos y escenas heróicas. Catorce años van pasados, que han sido años de veras, desde que por sorpresa ó desmayo comenzó la tregua en Cuba, y no se reune una casa de entonces ó un poco de nuestro honor antiguo, sin

recordar una anécdota gloriosa y picante del tiempo fuerte y bueno, ó á un bravo chistoso, ó un cuadro conmovedor, ó el zancudo soneto y suelta décima en que aquellos poetas naturales los conmemoraban. Habla Tomás Estrada Palma, autor á la vez del decreto de muerte á los cubanos traidores y de la fina trova á la modestia y piedad de las hermanas de Fernando Figueredo, y recuerda, como entre nube de pólvora, la procesión patriótica, poco después de la toma de Bayamo, en que salió de Libertad la hija de *Perucho*, é iba el pueblo cantando tras ella el himno que en el arrebato del triunfo había compuesto el padre. De las Villas sabe mucho Nestor Carbonell, y él cuenta el porte noble de Miguel Jerónimo y su verso doloroso, y la melancolía y enfermedad del pulcro y tierno Hurtado, y de José Botella, que á consonantes puros y con otros recursos ingeniosos, logró curar á los oficiales en barbecho de la manía de probar unos en otros el acero que por enfermos ó desocupados no podían blandir en la pelea; en un bohío estaban como diecisiete valientes, con una sed que daba náuseas, y les hacía ver enemigos, ó serlo entre sí, cuando un ojo baqueano divisó por allá arriba uno que parecía panal suculento, y resultó, luego de derribado, cuajo de cera, sin más que un dedo de miel, que cupo en suerte al compasivo Coll, en premio del mejor soneto entre los que se disputaron el panal. Si no hay moños alrededor, nunca falta quien recite las décimas aquellas de Luis Victoriano á don Julián de Mena; ó tanta cosa suya, de franco giro y epíteto desenvuelto; ó la décima de Antenor á Villergas, en que el chispeante camagüeyano, autor más tarde en México

BIBLIOTECA CENTRAL
UANL

de versos reales y sentidos, le volcó sobre la cabeza al demagogo alquilón la caricatura con que en *El Moro Muza* se quiso burlar de los fundadores de un pueblo. O se está en familia, entre Barrancos y Guerras, contando cómo se vivía, en terror y orgullo, por los primeros años de la revolución, y pinta Benjamín Guerra, que ya á los doce años era caballero de la libertad en nuestros montes, el modo con que volvió al rancho libre el abuelo de la casa: tenía el viejo á Nuevitas por cárcel, y para que le viese la humillación el pueblo entero, le hacían subir todos los días la loma del gobernador á la pobre barba blanca; pero José de Armas fué, cuando la visita de arreglos, y dieron al abuelo permiso de volver á su familia: á caballo, loco, venía el niño á saber novedades, cuando divisó al anciano, torció jáquima y voló á decir al rancho la felicidad: de la puerta del rancho salía á poco la familia entera con los hijos alrededor de la abuelita, y el sol sobre el grupo, y en las manos de la abuela la bandera cubana: el viejo, al verla, se quitó el sombrero, se mesó la barba blanca, y rompió en una décima, mala y sublime, que empezaba así:

"Esa bandera adorada
que llena mi corazón
de placer, satisfacción,
al verla en tu mano amada...."

Y si se habla con Fernando Figueredo, es de no alzar la mano del papel, porque pinta como si se les viese á toda aquella compañia de gloria, y no hay canción que él no sepa, ni memoria tierna ó picante, ni quien le gane á contar con intención y

cariño, ni quien saque más risas cuando narra el ataque al poblado de Yara, en que para conocerse en la oscuridad los cubanos entraron desnudos de cintura arriba, y tener camisa era cosa infeliz; pero no fué tan bien como pudo en aquella ocasión á los cubanos, por lo que los españoles los burlaban en unas estrofas bizcas, cantadas á coro en la retreta, y á las que Fernando contestó con dichosa parodia, que los voluntarios mismos de Yara cantaban después:

"Sin camisas, triunfantes, entraron,
ante el mundo mostrando, orgullosos,
que aunque pobres son libres, dichosos,
siervos no de un tirano opresor."

Pero lo mejor de Fernando es cuando cuenta cuán mal le pareció á aquel gigante ingénuo, al leal y genioso Modesto Diaz, que Tomás Estrada tuviese de secretarios á Francisco La Rua y á Ramón Roa:—"Ven acá, hombre: ¿cómo han consentido que Tomás haga eso?"—"Pero, don Modesto, ¡si son dos magníficos patriotas!"—"Mira, hombre, qué patriotas ni qué magníficos: pues á mí me han dicho que son dos sinvergüenzas."—"Don Modesto, ¡si no hay quien les ponga punto á esos dos mozos! ¿qué malqueriente le dijo esa maldad?"—"Hombre, mira; á mí no me dijeron que eran sinvergüenzas: á mí me dijeron no más que eran poetas."

Pero en la casa de toda una mujer, de Loreto Castillo de Duque de Estrada, fué donde tuvo la poesía de la guerra más largo y abrigado asiento. La casa estaba en San José de Guaicanamar, que

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

los testigos dichosos de nuestra grandeza pintan como potrero extenso y feraz, donde residía de uso el Gobierno, ó había siempre correo que pudiera dar con él. Otros ranchos eran de horquetas de caballete, con tres luengas yaguas por montura, que arrastraban en tierra, y adentro la hamaca: algún rancho fué recio y forrado, como el de Francisco Sánchez, á quien se le sujetó la tisis tenaz en la salud de la guerra: la casa de Loreto era, como las más de las cercanías, con la pared de lo que hubiese, y de yagua las puertas, y el techo de ella también, ó de guano ó manaca. Por sillas sólo habia la hamaca de preferencia ó bancos de cuje, ó troncos de árbol; pero la limpieza campesina hacía á todo el mundo llevarse la mano al yarey. Y allí se juntaban las mejores visitas. Duque de Estrada era silencioso, y Loreto vehemente y resuelta, baja de cuerpo y de ojos relampagueadores cuando la sacaba del asiento la indignación, ó contaba un lance apurado de su propia vida, como el de la bandera de las camagüeyanas para Enrique Reeve, bordada á ojos públicos, que ella plegó con mucho esmero bajo el cáliz, á que la bendijese con él el arzobispo de Santiago; ó decía sus angustias cuando salió del Príncipe á la guerra, toda colgada en lo interior de medicinas, paquetes y jarros, y al entrar en la casa de las afueras de donde pensaba irse de escondite, halló de visita tendida á un capitán que cortejaba en la familia, y era de ver la falda aquella, que no podía moverse sin música y denuncia; ó hablaba de la infelicidad de Cuba y de la muerte cruenta de sus hijos, y los guerreros oían á la mujer con la cabeza baja. Herminia, la hija, era de todos amiga, discreta é inocente, y siempre fué como quien sabía que sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre. Allí iban todas las edades, y el ejército y el gobierno, y el Camagüey y los habaneros con el Oriente y las Villas; Estrada Palma, á toda hora cortés, visitaba con el Presidente, que era Spotorno entonces, y hombre de tanta urbanidad como ímpetu; Eduardo Machado ponía en todo su gracia serena, y aquel simpático mérito suyo, que no se complacía en deslucir el ajeno; allí el más puro, La Rua; el más constante, Juan Miguel Ferrer; el más intencionado, Luis Victoriano Betancourt; el más caballeresco, Fernando Figueredo; el más tonante, Marcos García; el más original, Ramón Roa. Allí, entre versos propios y extraños, corrían las horas honrosas. Herminia recitaba, de poetas de Cuba, ó alguna romántica melancolía traída en la memoria de los mejicanos ó los caraqueños; recordaba Machado á "El Hijo del Damují," con la doliente voz de su cuerpo menudo, y su mano altiva y rota. Quien recitaba un soneto de Céspedes ó las décimas guerreras de antes de la revolución, ó el himno de Holguín, que compuso Pedro Martínez Freire, ó un feliz estribillo, que todo Oriente cantó, de José Joaquín Palma, ó los demás versos de él, que son, en lo serenos y lúcidos, como las clavellinas del Cauto. En recitar era siempre el primero Marcos García, por su voz obediente y briosa, y el sentido que daba á *El Beso*, de Milanés, ó al *Nocturno*, de Zenea, ó á lo mejor de la poesía de España. Fernando Figueredo, con su hidalgo reposo, decía, del corazón más que de los labios, las décimas que escribió á su madre cuando el combate de Báguanos, ó ver-

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

sos de ternura y lealtad á una flor de la guerra. Por la virtud del poeta parecían m's bellas las estrofas propias que llevaba La Rua, y él fué quien con su letra franca y cuidadosa escribió el único tomo de *La Lira Mambí*, perdido acaso, donde está lo mejor que entonces se compuso ó dijo en la casa de Loreto. Luis Victoriano, guardando para lid mayor el corazón alto y estóico, era rima contínua, quebradiza y risueña, y ponía en musa la gacetilla toda de la República, y la de Guaicanamar. Y Roa, en los romances felicísimo, siempre iba allí con uno nuevo, bien de burla amigable á los transidos amigos de Herminia, bien de agorero regocijado, pintando su entrada triunfal en el Camagüey, con más lauros que ropa, y á las bellezas todas de su amistad rodeándolo solícitas, y á él entre tantas tentaciones impasible, porque, como decía el último verso: "el buey suelto bien se lame."—O era triste la reunión á veces, porque alguno de los que estuvieron antes en ella no volvería ya jamás á recitar versos.

Convite y nada más es este libro, á todos los que saben de versos de la guerra, para que, siquiera sea al correr de la mano, salven, por la piedad de hermanos ó de hijos, todo lo que pensaron en nuestros días de nación los que tuvieron fuego y desinterés para fundarla. Lágrimas cuajadas son algunas estrofas de aquellas, ó bofetones, ó mortal despedida, y puede hallarse más de una vez, entre el follaje y relleno de la jerga poética española, el rasgo franco y preciso del verdadero genio. Pero la poesía de la guerra no se ha de buscar en lo que en ella se escribió: la poesía escrita en grado inferior de la virtud que la promueve; y cuando se escribe con la espada en la historia, no hay tiempo, ni voluntad, para escribir con la pluma en el papel. El hombre es superior á la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos, y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas, para doblar ante ellas la rodilla, y perdonar en su nombre á los que los olvidan ó no tienen valor para imitarlos.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

CUENTO DE LA GUERRA

EL TENIENTE CRESPO

Sobre recuerdos del General Francisco Carrillo

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Cuando se oyen las cosas de la guerra grande, se cierran los ojos, como cuando reluce mucho el sol, y al volverlos á abrir están llenos de lágrimas. Y si el que cuenta las cosas de la guerra es Francisco Carrillo, no se puede oír de pie, no se puede: la barba tiembla de la vergüenza de no estar donde se debía; se ven sabanas, lomas, cabalgatas de triunfo, agonizantes inmortales, fuertes encendidos; la vida cuelga de la garganta, con el ansia de la pelea; se sale el cuerpo de la silla, como si fuera silla de montar, como si nos tendiéramos sobre el cuello del caballo, picando espuela, besándole la crín, hablándole al oído, para alcanzar al general bueno, que se echa á morir por salvar á los demás, para correrle al lado al general de barba de oro, que va, de sombrero de yarey, tejido por sus manos, y de polainas negras, para que lo vean bien los españoles, bebiéndole los secretos al camino, rasando, como el viento, la sabana.—Porque Francisco Carrillo cuenta así, como si volviese á ver lo que cuenta,—como si le estuviera calculando al enemigo los alientos, para ganarle el combate por un hilo,—como si estuviese hasta la cintura en la batalla. ¿A Carrillo, quién lo ha visto sentado? Mira, y es un ojeo. Pinta un puesto, y sale un plano. Oírle, es un curso de armas. Sus cuentos son un manual de la

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

revolución. A veces, cuando el enemigo le pica las ancas á Palomo, se oye el chis chas de las vainas, se oye el soplo de los caballos: los hombres van sin resuello. O vuelve grupas, y le brillan los ojos, como si los tuviera tendidos por delante, con la bandera amarilla hecha pedazos. O acordándose del compañero infeliz, se le aguan los ojos azules. O de pronto, como si pasara una visión, se le ve en la cara el paño de la muerte. ¡Eso es contar, y aquello fué pelear! Cuanto hay aquí que conmueva y resplandezca, es de Francisco Carrillo, es de él; cuanto hay aquí impotente, es mío.

Oír á Carrillo, de veras, es como ir de la mano por la revolución;—alzarse en las Villas y correrse en busca de elementos,—entrar en el Camagüey, y ver á Ignacio Agramonte,—meterse hambriento por los farallones orientales, y volver adonde el Mayor, á aprender la táctica sentados en la glorieta de Jimaguayú,—á curtir el cuero de jutía, que andaba escaso, y era el único vestido,—á mandar el ejercicio á los soldados, fríos de hambre. Es apearse de la montería con los novillos cogidos, en la habilidad del corral falso, á puño y á pecho; y almorzar de la res cuando había fiesta, ó tallo de corojo y mangos verdes, que era el almuerzo de costumbre, con miel de la colmena del país, que no es como la de España, porque la de España clava, y deja el alma con la picadura, y la del país, la abeja cubana, no tiene ponzoña. Es sentarse, después de un día de marcha, á descansar haciendo cartuchos:—un cuarto de hoja de Diccionario, repartido como pan bendito: de bala, un pedazo de clavo ó de balaustre, "con más picos

que el demonio;" la goma, la del jagüey, que no se despega sino con la vida:—"enróllese la bala, y está hecho el cartucho." Es oír á Agramonte, cuando el capitán Hernández le fué á decir que le quitara la compañía de chinos, que no los podía mandar, y salió Hernández con los ojos aguados, y como mejor de lo que entró, diciendo que á ver á aquel hombre no volvía él, porque "si vuelvo á ir allá, me hago hasta padre de los chinos esos." Es oír á Máximo Gómez, cuando un adulador le viene á celebrar los triunfos que gana con las fuerzas que organizó Ignacio Agramonte, y Gómez le contesta, de un revés magnífico: "Amigo, aquí lo que ha pasado es lo siguiente: me he encontrado un violín con muy buenas cuerdas, y muy bien templado, y yo no he hecho más que pasarle la ballestilla"

Pero hay un nombre que no se cae de los labios de Carrillo, ni de los de la gloria, porque hasta allí pueden ir las hazañas, pero más lejos de allí, no. ¡Da gusto ser hombre, y cubano, cuando con la mano al sombrero, como para saludar, se le oyen á Carrillo los cuentos de su teniente Crespo, de Jesús Crespo, "el último en la huída y el primero en atacar." Y apenas sabe Crespo leer y escribir, pero sabe cien veces más, y es grande en literaturas, porque no es de los que escriben poemas, sino de los que los hacen. Carrillo le enseñó las primeras letras que supo; porque aquellos hombres, el capitán y el cabo, el general y el asistente, se enseñaban á leer unos á otros, sentados en un tronco, con el dedo en el libro y el machete al lado. Del padre no pudo aprender mucha lec-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

tura, porque era campesino como él, y porque se lo mataron los españoles de un hachazo:—"¡Veo á mi padre! ¡veo á mi padre!" dicen que decía, en medio del fuego, chamuscado de la pólvora, con la cabeza por sobre todos los demás, con el machete chorreando. Y era bueno como una paloma, y tan sufrido que parecía un cobardón, y cuanto tenía era de sus compañeros; á Carrillo, con los dientes, arrodillado en tierra, le sacó un día una estaca del pie. Pero cuando tocan á combatir, llama á sus dos hermanos, se cierran á pelear los tres, de cada mandob'e rueda una rebanada por el aire; y un día que acude ciego á la carnicería, á galope de presa, con el machete en alto, y al llegar ve el tendal de hombres muertos á sus pies—del ímpetu inutil, rodó por tierra desmayado. Siempre volvía del ataque con la hoja sin puño, ó no más que la empuñadura, ó con un balazo en la hoja, ó con el machete hecho una cuchara. Un día vino muy satisfecho, con un sable de Toledo que se halló, de esos que se doblan hasta la mano sin quebrarse; y "estaba loco por probar el pájaro." Pero el toledano le falló en el ataque de Santa Cruz, y le pareció mal "porque hace padecer mucho al infeliz," por lo que se decidió á buscar "una cosa suya, porque la de otros no le daba resultado." Al amanecer colgaba de una rama un palo de manajú, que era la invención de Crespo, que lo quería orear al sol, para que se le pusiera invencible. Y andaba así, por aquellas llanuras ardientes, grandazo, ido de lado, huesudo y socarrón, con la macana á la muñeca, derribando árboles. Un día, oye, en el estruendo de la fusilería, que adentro del cuartel, en un ataque al pueblo, se quedó un

cubano. ¿Quién es el que se queja, con ayes muy hondos, como si estuviese herido? Tomeguín es, el negrito de once años. Entra por medio de balazos; se pierde en la humareda; retumba adentro el tiroteo, y sale Crespo, rodeado de humo, con Tomeguín, como un fardo, colgando del brazo.

El día grande, que en piedras se ha de escribir, fué el de la toma del fuerte de Tetuán. A Carrillo le dolía que el fuerte aquel, que se alzaba orgulloso en el limpio, camino del Príncipe, tuviera de defensores á los bomberos remedianos. Que el de afuera oprima, bueno, porque es de afuera; pero ¡que un hermano se ponga al servicio del que acuchilla á su hermano! De breña en breña se van descolgando, sigilosos, los noventa hombres de Carrillo, agachándose, saltando, alargándose los fusiles, hasta que acaba el seborucal, donde se ve ya el fuerte. Era pelea de lujo, y Carrillo iba con Crespo al lado, deslizándose por las piedras, con el oído puesto al aire. De dos en fondo se lanzan, á carrera tendida, sobre el fuerte. Una cerca, la saltan. Por entre tiros llegan al fuerte que ha cerrado las puertas. De las aspilleras, al alto de un hombre, disparan los de adentro, tiro abajo. Pegados á la pared, entre las balas, aguardan el disparo. Por el tajo de la aspillera, boca á boca el fusil, meten el tiro de respuesta. Encuclillado pasa el jefe de una aspillera á otra. Blasfeman los de adentro. Vocean los de afuera. ¡Salgan! ¡Vengan! Vuelan tiros é injurias. ¿Por dónde se podrá entrar? Macurijes, el mulato de la cabeza milagrosa, toma vuelo; corre sobre el fuerte; de un salto, cabeza baja, se tira sobre la puerta; vuelve,

con la cabeza entre los hombros: "¡Me he matado! me he matado!"; ¡la puerta se había movido! Unos hombro á hombro, bregan por desencajarla. Allá, al pie de uno de los torreones de la esquina, Crespo, de pie en un poyo, escala la torre, con ayuda de Carrillo. Ase el borde abierto, y por la boca les dispara adentro á los remedianos el fusil; todos los rifles le apuntan, y él se echa entre ellos, "solo contra toda España." A filo de machete se abre paso; taja la masa viva; con el puño aturde á uno, y con la hoja corta á otro; y cercado de sus enemigos, con una mano al cerrojo y otra al arma, abre la puerta. De la arremetida, no quedó bombero. El humo llenaba la casa. Entra Carrillo en un cuarto, ve en la mesa de comer un huevo revuelto con arroz, y de un manazo se lo lleva á la boca. Perdonaron, perdonaron mucho entonces: "lo que les dió un resultado magnífico."

Si había que cazar al español atrevido, con Crespo tenía Carrillo bastante, como cuando mandó á un correo á Caibarién, y volvió el correo del susto de los españoles, con la lengua negra. Con Crespo y sus hermanos, y algún valiente más, salió Carrillo á ver cuántos eran, que eran más de lo que tan pocos jinetes podían vencer; pero no lo querían oír aquellos locos, que corrían loma abajo á dar sobre el campamento, sin más recurso que volver colas, por la loma seca, con la caballería contraria á la espalda. Los vocean. Los tirotean. Van anca con cuello. No hay monte, y es la muerte. Agramonte se dispuso á morir en Jimaguayú por salvar á sus compañeros fugitivos, y ver luego de salvarse él. Carrillo, en la fuga desesperada,

se acuerda de Agramonte, y como él, ordena á sus amigos rebeldes que se metan por el primer monte cercano; él, él solo, con su revólver y su caballo Palomo, tendrá á raya á los españoles, mientras sus compañeros huyen. Gritos salvajes festejan su apuro. Los caballos lo cercan, desdeñando á los que escapan. A tiros y á miradas, los retiene Carrillo, que va á escape, disparando para atrás, con el enemigo por la izquierda, para que el revés del machete sea seguro. No se respira. Los sables chischean. Ya ve Carrillo la cabeza del potro español; ya la va á echar atrás de un machetazo. Palomo, de una ancada, les aventaja, los deja lejos, ya no se oyen los sables. Carrillo vuelve la cabeza: está el español como á cinco cordeles: tuerce Carrillo grupas, en lo alto de la loma, y de pie en los estribos, les echa encima una magnífica desvergüenza. Pero volverá el jefe por donde vino con los cabellos erizados; volverá el jefe, solo, á donde deben estar sus muertos: los habrán seguido, los habrán alcanzado. Palomo, que sabe como gente, anda sin pararse, largo y de oreja en punta, porque no da con rastro español. Y cuando Carrillo se juntó con los suyos, y se le abrazaron al caballo todos, y á las manos, y á las piernas, Crespo estaba contra un tronco, donde no lo veían, llorando.

Pero como el valor sublime no basta, por desdicha, á vencer en las guerras, sino que ha de dirigirlo y de concertarse con él, una política sincera y hábil, que le abra el camino en vez de entorpecérselo, y lo vaya limpiando de las enfermedades que le salen con el uso, sucedió aquel oprobio innece-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

sario, en que por envidia de los unos y desmayo de los otros, se rindió la guerra floreciente á un sitiador sin esperanza: y los héroes clavaron sus espadas en el fango. Cubrían las Villas los españoles victoriosos, Cada árbol llevaba cinta de hule. Carrillo, invicto, les disputaba las últimas defensas. Iban de ancas, corridos, los que habían atacado de frente tantas veces. Crespo, en una fuga, llevaba la pierna derecha lisiada y se clavó la izquierda, al bajar del caballo. Carrillo se lo llevó, poco menos que en brazos, al guardián casto y astuto de las mujeres de los oficiales, y de lo más sagrado de la fuerza, al pulcro y caballeroso sargento mulato Pablo Martínez, que llamaban "el viejo Pablo" por su moderación y sensatez, y era persona de tanta limpieza y respeto, que donde estaba él no había quien dijera una desvergüenza en una legua á la redonda.—Allí, en las barbas de los españoles, Pablo le halló un asilo al teniente Crespo, —el mulato Pablo. Con sus manos le armó la cama de hojas; con su boca le rociaba las heridas; en el hueco de sus palmas le traía agua que beber; hasta que un día, gigantazo como era, por poco le ven el cuerpo grande, los españoles, al bajar al arroyo. ¡Y le quitarían á su teniente, al amigo del general, á Jesús Crespo el bueno! Pisando por el aire, la mano á la oreja y el dedo al gatillo, llega al escondite. Agacha el cuerpo, con las manos en las rodillas, y dice: "Monte, teniente." Con el rifle en una mano y el lío de ropa en la otra, monta Crespo en el mulato Pablo.... El arroyo cae á lo lejos. Las hojas, dormidas, no se mueven. El sol, como suspenso, vela su luz. "¡Teniente!" dice Pablo, mirándolo de abajo, "tenga cuidado con la

retaguardia, que yo me ocuparé del frente!" Y en el silencio de la selva, avanzaban, sagaces, los dos gigantes. Al llegar al seguro, se limpió Pablo el sudor y se arrimó á un tronco: "¡Desmóntese, Teniente!" Cuando Crespo, con una luz inefable en los ojos, se lo contaba á Carrillo, como una sencillez, "te puedo decir,—le dijo,—que iba más seguro montado en el viejo Pablo que en mi caballo *Adela*."—Es justo que haya aún palmas en Cuba, porque cuando la tiniebla se acabe, y seamos dignos de poner la mano en ellas, al mulato Pablo, de la palma más alta le hemos de tejer una corona!

¿Y cómo vive ahora, dónde vive ahora el teniente Crespo? ¿Dónde, á más de nuestros corazones? Hace unos meses venía de Cuba un amigo de él y de Francisco Carrillo, que le fué á pedir el recado que quisiese para el General. Pensó el pobre enfermo; miró á su alrededor, en las paredes desnudas; miró, en vano, en las gavetas vacías; mandó descolgar una cartuchera y la llenó de huesos: "Ahí te mando, Carrillo, lo único que te puedo mandar, la cartuchera que le quité al oficial de las Nuevas de Jobosí, y los huesos que me han sacado." ¡Le mandaba su gloria y su existencia! Carrillo al contarlo, una vez, al fin, palideció. El teniente Crespo vive en Cuba, enfermo de un mal terrible, en una casita muy pobre, cayéndose á pedazos.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES [1]

(1) Trabajo publicado en *El Avisador hispano-americano* del 24 de Enero de 1889.—New-York.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

No ha de afearse con lamentos falsos la cesación natural de una vida larga y feliz, empleada amorosamente en el servicio de la patria. La triste compañera mirará con desconsuelo, en días que ya para ella no tendrán sol, el sillón vacío en que Cuba agradecida ha puesto, donde descansaba la cabeza del anciano, una corona,—una de sus últimas coronas!

Pero estas tumbas son lugares de cita, y como jubileos de decoro, adonde los pueblos, que suelen aturdirse y desfallecer, acuden á renovar ante las virtudes, que brillan más hermosas en la muerte, la determinación y la fuerza de imitarlas. Y la lección tiene más eficacia cuando no es el muerto uno de aquellos hombres preparados por el fuego de la imaginación ó la intensidad de la conciencia, al heroísmo que lleva en su singularidad y en sus desdichas como el decreto de no imitarlo; sino un carácter manso y acaso tímido, apegado á los goces y honores del mundo, y á la calma celeste de la sabiduría, que con su labor de toda la existencia, con su resolución en un momento heroico, con su serenidad en los años de desdicha, con su paz ejemplar y el crédito de su nombre, enseña á los cobardes que para ser cauto, y hombre de casa y felicidad, no se necesita dejar de ser honrado.— La inteligencia es don casual que la Naturaleza,

soñolienta á veces, pone en el cráneo de un vil, como pone en un cuerpo de hetaira la hermosura: á muchos hombres se les puede dejar la espalda descubierta de un tirón, y enseñar el letrero que dice claro: ¡hetaira! El don propio, y medida del mérito, es el carácter, ó sea el denuedo para obrar conforme á la virtud, que tiene como enemigos los consejos del mundo y los afectos más poderosos en el alma.

Americano apasionado, cronista ejemplar, filólogo experto, arqueólogo famoso, filósofo asíduo, abogado justo, maestro amable, literato diligente, era orgullo de Cuba Bachiller y Morales, y ornato de su raza. Pero más que por aquella laboriosidad pasmosa, clave y auxiliar de todas sus demás virtudes; más que por aquellos anaqueles de saber que hacían de su mente capaz, una como biblioteca alejandrina; más que por aquel candor moral que en tiempos aciagos, y con la bota del amo en la frente, le tuvo entretenido, como en quehacer doméstico, en investigar las curiosidades más recónditas de su Cuba, de su America, y los modos más varios de serles útil; más que por aquella mezcla dichosa de ingenuidad y respeto en la defensa de sus juicios, y por la sencillez é ingenio con que trataba, como á amigos de su corazón, al principiante más terco y al niño más humilde; más que por aquella juventud perenne en que mantuvieron su inteligencia el afán de saber y la limpieza de su vida,—fué Bachiller notable porque cuando pudo abandonar á su país ó seguirlo en la crisis á que le tenían mal preparado su carácter pacífico, su filosofía generosa, su complacencia en las dignidades, su desconfianza en la empresa, sus hábitos de rico,

dejó su casa de mármol con sus fuentes y sus flores, y sus libros, y sin más caudal que su mujer, se vino á vivir con el honor, donde las miradas no saludan, y el sol no calienta á los viejos, y cae la nieve.

***

Nació cuando daba flor la horca de Tupac Amaru; cuando la tierra americana, harta de pena, echaba á los que se habían puesto á sus ubres como cómitres hambrientos; cuando Hidalgo, de un vuelo de la sotana, y Bolivar, de un rayo de los ojos, y San Martín, de un puñetazo en los Andes, sacudían, del Bravo al Quinto, el continente que despertó llamando á guerra con el terremoto, y cuajó el aire en lanzas, y á los potros de las llanuras les puso alas en los hijares. Nació cuando la misma España, cansada de servir de encubridora á un gitano, se hallaba en un bolsillo de la chaqueta el alma perdida en Sagunto. Nació cuando, al reclamo de la libertad que les es natural, los americanos saludaron la redención de España, la luz del año doce, con acentos que al mismo De Pradt parecían dignos, no de colonos de Puerto Rico y Verácruz, "sino de los hombres más instruidos y elocuentes de Europa." Nació en los días de Humboldt, de padre marcial y de madre devota, el niño estudioso que ya á los pocos años, discutiendo en latín y llevándose cátedras y premios, confirmó lo que Humboldt decía de la precocidad y rara ilustración de la gente de la Habana, "superior á la de toda la América antes de que ésta volviese por su libertad, aunque diez años después ya muy atrás de los libres americanos."

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Pero no Bachiller, que se cansó pronto de latines, por más que no les perdió nunca aquel miramiento de hijo, y aquella hidalga gratitud, que fueron bellezas contínuas de su carácter, á punto de hacerle preferir alguna vez que le tomasen por hijo tibio de la patria que adoraba, antes que por ingrato.

Estudió en el colegio de San Carlos, no cuando aún daba con la puerta en la frente á los que no venían de cristianos viejos "limpios de toda mala raza," ó trajeran sangre de negro, aunque muy escondida, ó fuesen hijos de un penitenciado de la inquisición, ú hombre de empleo vil, hereje converso ó artesano; sino cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco, y La Luz arrebataba; cuando, hallando la sátira más útil á la libertad que el idilio, con ella y con sus discursos bregaba Hechavarría por sustituir en las aulas el derecho castizo á la Instituta, y el estudio de lo presente á la ciencia de momia, que anda ahora resucitando la tiranía en las Repúblicas americanas, so capa de literatura y academias; cuando los discípulos del alavés Justo Vélez, que en español enseñaba á los españoles su derecho y no en latín, andaban por plazas y cortinas disputando en favor de la novedad, con sus cuadernos bajo el brazo, con el fuego y orgullo con que se juntaban en los cerros de París los jóvenes abelardinos. Abajo, en el infierno, trabajaban los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón, para el lujo y señorío de los que sobre ellos, como casta superior, vivían felices, en la inocencia pintoresca y odiosa del patriarcado; pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó á quebrantar su propia autoridad, antes que á perpetuarla. Era de rayos aquella elocuencia, de ariete aquella polémica, de ángeles aquella caridad. El aire era como griego, y los conventos como el foro antiguo, á donde entraban y salían, resplandecientes de la palabra, los preopinantes fogosos, los doctores noveles, con su toga de raso, los escolares ansiosos de ver montar en su calesa amarilla de persianas verdes, á aquel obispo español, que llevamos en el corazón todos los cubanos, á E pada que nos quiso bien, en los tiempos que entre los españoles no era deshonra amar la libertad, ni mirar por sus hijos. A Vélez, el alavés, lo seguían por las calles, bebiéndole sus lecciones, los discípulos enamorados. A Ramírez, el castellano viejo, lo acompañó en su entierro la Habana entera, con muestras de congoja. A Espada, el vizcaíno, se lo arrebataban á la puerta del campo-santo los jóvenes cubanos, con tal empeño por probarle amor, que en aquella lengua de oro que se llevó consigo los saludaba así nuestro tierno Luz: "¡Oh juventud divina! ¡Oh época de la vida más honrosa para la humanidad, porque te dejas regir del corazón, sin conocer la ponzoña del egoísmo! Vosotros me conmovísteis y conmovísteis á todos los presentes, jóvenes compatriotas míos! Vosotros volvísteis á hacer brotar la no agotada fuente de mis lágrimas, y vosotros me hicísteis gustar con

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L

noble orgullo que era habanero el corazón que en mí latía!"

De aquellos cubanos ardientes y españoles buenos, aprendió Bachiller sus leyes y sus cánones, y el afán, secundado por su naturaleza activa y generosa, de emplear lo que sabía en servicio de la patria y comunicarlo desinteresadamente. Firma "Tirso" ó "Saeta" su prosa del *Diario* de la Habana, más nutrida que correcta, como era entonces de uso, y es "Alcino Barthelio" en "los versos que todo hombre escribe en ciertos años de la vida." Ya escribe dramas y traduce comedias. Ya estudia pictógrafos, y busca por el Príncipe lo que queda de los pobres tainos,—unas cuantas vasijas rotas y los montones de huesos de los caneyes. Ya, por el saber probado en los exámenes y en las academ'as, tiene la mesa de caoba llena de pleitos, que despacha á pura ley, porque no hay rama ó caso que no halle en seguida, con hojear un poco en la memoria. Pero ¿puede ser feliz quien sólo es útil á sí propio?: él disputará á plumas más hechas el premio de la Sociedad Económica sobre el tráfico libre del tabaco, y obtendrá el premio: él anhela enseñar, y es catedrático aplaudido de Prima de Cánones, que era ciencia en aquel tiempo, en que ya no vivía la Isla, como cuando Las Casas, viendo lucir en paz sus talentos hermosos, sino entre cadalsos y somatenes, con un bando al alba y un muerto á la puesta, traída y llevada á latigazos, como un perro sin dientes, por un capitán feroz, que lograba cerrar las puertas de las Cortes á los antillanos en quienes recelaba ver brillar la elocuencia superior de José Mejía aquel formidable, aquel injusto Argüelles.

¡Pero han de volver, sin duda, los tiempos de Espada! ¿Qué importa que Tacón mande la Isla como señor de horca y cuchillo, echando perros á los hombres, y barcos á los generales que obedecen la ley nacional, la ley que él pisotea? ¿Qué importa que quieran hacer de la isla una mancebía, é imperen en ella, no ya Escobedos y Govantes, sino barbones de cuarta en puño, ahitos de onzas, que sientan payasos á su mesa, como los castellanos del tiempo de los feudos, y cuando quieren música, la tienen de alaridos de dolor, de los alaridos de los esclavos, que bailan con el són de la cuarta, y de las risas de sus mismos compañeros, al sol que no baja sobre el maestro de danza rayo en mano? ¡Esta sombra pasará! ¡Está aún tan cerca el día en que hombres como Saco y Varela, como Luz y Delmonte, como Carrillo y Osés, agradecían, con una alocución que parece de hi-os, la "Academia Cubana de Literatura," que ¡mandaba fundar Cristina! Esos mismos generales, que reciben á los colonos con las manos en los bolsillos, para no darles la mano, y de pie, para no ofrecerles asiento, acatan de vez en cuando á un caballero negro, músico de oficio, que reclama con entereza la capitanía ganada de real orden por un acto de valor; ó persiguen, cuando les retoza la virtud, algún acto punible de sus mismos paisanos ó atraen, con falsa miel, á los criollos ilustres que no pueden creer falto de buenas intenciones al que se vale, aunque á hurtadillas, de sus trabajos y consejos, y les entretiene la ira con encargos patrióticos y empleos amables.

Bachiller es ya alma de la Sociedad Económica, que de nadie tiene más trabajos, ni de aquel

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

mismo pasmoso Noda, en sus Memorias injustamente olvidadas. Por su mismo denuedo se gana la amistad del general á quien se opone. Ya el general no quiere mas asesor que él; pero "eso sí, que no se sepa." Bachiller sirve al general, en lo que conviene á su patria, porque ni la distinción le desagrada, ni tiene miedo de que le falte en un trance apurado la honradez, ni cree que ha de perderse la ocasión de mejorar, con un átomo hoy y otro mañana, la suerte del país.

Ya es de todos sabido aquel afán de ciencia, y aquel modo sencillo de enseñarla. Ya vence al sabio más laborioso de Cuba, á Noda, en la polémica sobre la lengua de los isleños aborígenes, que de seguro no es maya, como Noda cree, sino más de Haití y de Cumaná, que de los imperios dónde ya sabían de marinos y de negros. Ya de Dinamarca y de los Estados Unidos lo declaran socio de honor por sus estudios sobre América y sobre los Ericks y los Bjern y la hermosa Gudrich que la conocieron antes que españoles é italianos, como hoy saben cuantos leen, pero entonces andaba escondido en vejeces y códigos, en que gastaba el erudito lo más de sus ganancias. Ya es juez hoy y mañana tesorero; vocal de todas las juntas, ponente de las comisiones difíciles, autor de libros agrícolas é históricos, maestro al fin de su ciencia querida, donde él ve juntas, con la harmonía de Krause, la razón del hombre y la autoridad de Dios, su ciencia de "Derecho y Religión natural," que enseñará como la entiende, pacífica y universal, en un texto copioso. Funda periódicos, donde el modo prudente de pedir el bien de Cuba, no quita un ápice á la fuerza del concepto. Persigue

la trata de negros, en que los generales son cómplices de los barbones de cuarta en puño, y se reparten las onzas de la venta á tanto por barba. Llega á creer, por admiración candorosa é impaciencia excusable, que su país de raza pelinegra, puesto por la desdicha en la boca abierta del lobo, hallará la libertad, sin la guerra terrible, en la boca del lobo pelirubio. Trabaja, en cuanto parece renacer en España la justicia, con el general Serrano, que lleva á las Cortes las quejas sinceras de los criollos que trató con guante, trabaja con Asquerino en *La América*, con Félix Bona. Luz muere, y él cuenta á los españoles quién era Luz, ¡que todo lo era! Es ya persona de gran cuenta, representante tácito, por ambas partes reconocido, del país ante sus mandarines, director del Instituto, que le pone atado en las manos un plan de estudios necio,—cuando vuelven de Madrid, abofeteados como en 1837, aquellos hombres ilustres que en el sigilo insolente de las sesiones de información, no brillaron tanto por su empeño generoso y sagacidad inútil en poner de acuerdo dos términos políticos que no admiten amalgama, ni pueden resolverse sino por exclusión, como por el brío con que abogaron, en las manos de sus enemigos, por los derechos públicos. Cuando vino por tierra toda razón de fe en la justicia española, anunciada como al llegar, con los mismos argumentos, y las palabras mismas, que habían de repetir veinte años después intrigantes interesados y diputaciones noveles; cuando á un pueblo que se disponía á morir por la libertad, se le declaraba, cuarta en puño, incapaz de ella, Bachiller, como todo el país, sintió el rostro encendido é impacientes las manos.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

"¡La guerra es bárbara, dijo, y no creo que será nuestra la victoria; pero entre mi país á quien le niegan lo justo, y el tirano que se lo niega, estoy con mi país!" Y se embarcó el maestro, con los apuntes para su próximo libro sobre tabaco, ó sobre pozos, ó sobre si Luis Diez tuvo hijo ó nó, ó sobre el Centón, ó sobre el Coctus, ó sobre Madoc el irlandés, ó sobre los críticos nuevos de Gioberti, porque de todo sabía con abundancia y firmeza: se embarcó sin volver los ojos á su instituto cubano, á su banco cubano, á su casa amplia, de los cubanos tan querida, á su biblioteca famosa, en aquellos vapores á donde los niños se entraban por las escotillas, sobornando á los marineros con el reloj, para irse á pelear. Los vapores traían la carga de hombres. ¡Oh, flor de la patria, no se puede recordarte sin llorar!

***

Y vivió en estos fríos, sin que la mudanza de fortuna le agriase la mansedumbre, con aquella sanidad ejemplar que le daba fuerza de mente, en su vida de prócer habanero, para acabar traduciendo versos pomposos de Lefranc de Pompignan el día que había empezado cotejando el libro de Horn sobre orígenes de América con la relación del pobre lego Ramón Pane, escrita por mandado de su señor el almirante; ó rematar, en el desahogo del domingo, un estudio sobre los nombres del aje, ó la región de los omaguas de casco de oro y peto de algodón, ó un comentario sobre lo que dice Moke de la raza pacífica de las Antillas en su "Historia de los Pueblos Americanos."

Nueva York mismo, harto ocupada para cortesías, le daba puesto de honor en sus academias; y no había asiento más bruñido que el del "caballero cubano," en la biblioteca de Astor; porque de otra cosa no muestra vanidad, pero sí de que sepan cómo estuvo en la biblioteca "por última vez en tal día."

Daban las tres, cuando el trineo del lechero madrugador sujeta en la nieve de la puerta las campanillas; y ya estaba á su mesa, sin que el frío le arredrara, componiendo su "Guía de Nueva York" su carta al *Siglo XIX* de Méjico, en que cuenta al correr de la mano las cosas yankees, sus libros de texto para el excelente "Educador Popular," su artículo del día para *El Mundo Nuevo*, su diario de la revolución, donde con aquella alma franca y sin malignidad ponía cuanto de heróico, contradictorio ó feo veía á su alrededor en aquella época confusa. El autor de "Cuba Primitiva," donde está "mitigando el entusiasmo," cuanto se sabe sobre antigüedades antillanas, y como la flor de lo que se ha escrito sobre la América aborígene; el autor de los "Apuntes para las Letras Cubanas," en que no hay nada que poner, salvo un poco de orden, porque ya en sus relatos, ya en sus biografías de hombres ilustres, de Arangos y Peñalveres, de Heredia y Varela, de los Castillos y la Luz, está, desde sus albores hasta la mitad de este siglo, cuanto recuerda de sus maestros é institutos Cuba reconocida; el autor de aquel libro aún inédito sobre los palenques donde se refugiaban, á vivir libres con sus hijos á la espalda, los bravos cimarrones; el autor que más materiales ha allegado acaso para la historia y poesía futuras de un pueblo ¡ay! que debe vivir, quiso dejar de su mano,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

para ejemplo de políticos y caudal de la leyenda, lo que con su juicio sereno percibía de pernicioso ó útil en nuestros elementos, y con su alma poética admiraba en aquella mocedad que no le preguntaba al interés, sino á la honra, cuál era el mejor modo de vivir: allí las procesiones de jóvenes armados, el ejercicio á la luz de los ojos y á la sombra de las banderas, las despedidas de la novia, la madre echada por tierra, abrazada á las rodillas de sus tres hijos, que no han vuelto!: allí los desastres increíbles, las esperanzas locas, las pasiones enanas!

Y luego de escribir bajaba á pie, revolviendo despacio las mesas de los librovejeros, por si hallaba un "tomo de Spencer que no valiera mucho," ó de Darwin, que "de ningún modo le parece bien," ó "un Cazelles que anda por ahí, y dice con mucha claridad todo eso de evolución y disolución simultáneas, y de lo homogéneo que se integra y lo heterogéneo que se desvía, que veo claro como la luz, mi joven amigo, porque yo siempre he creído que en todo se va por grados, en las cosas de los pueblos como en las del alma." Un día compraba un "Millevoye" de Ladweat, con su lámina de Millevoye, sentado libro en mano en lo sombrío de una roca, para ver si en esta edición tenía cierto verso el adjetivo feliz que le puso Heredia. Otra vez llegaba dichoso al término del viaje, que era la librería de su yerno Ponce de León, porque en un mismo estante había encontrado la edición de Lardy de Derecho Internacional de Blüntschli, y la Fascinación de Gulf, donde se cuentan, con mitos semejantes á los de los indios de Haití, el nacimiento y población de los cielos

escandinavos. ¡Qué no daba él por una lámina de un dujo, con su espalda de piedra taraceada de oro, ó por un cigarrillo de los toltecas de las siete ciudades; ó por un apunte nuevo sobre las metamórfosis del haitiano Guaganiona, que le interesaban más que las de Ovidio; ó por un areito del famoso Bohequio, que debió cantar la muerte fiel de la bella esposa Guanahata; ó por una buena pintura del muro de Mitla, todo de grecas del más fino dibujo, que él copiaba con líneas minuciosas, como las que Catherwood le puso á Stephens! Luego se iba, alegre por el cariño que todos le mostraban, á tomar nota en lo de Astor, "porque no tenía ejemplar suyo," de las biografías que escribió para los "Apuntes," donde no pone su persona por encima de la que describe, ni busca en lo oficial y aparente el carácter, sino en lo íntimo y pintoresco, ya Espada dando voces para que le muden de prisa "aquel altar churrigueresco por otro "¡sencillo, sencillo!" de oro y caoba; ya el valiente Ramírez, que desahoga la pena de su honradez atacada, en las cartas á Arango; ya Luz, á quien recuerda con mano amorosa, no por esta pompa ó aquella, de las pocas que tuvo su vida, sino en las reuniones de "nuestro Sócrates:" "¿dónde está el habanero que se atreva á sustituir al fundador del Salvador en esas improvisaciones bellas, desordenadas por su familiaridad, nutridas de fe y esperanza, radiantes de caridad y amor al bien?" En la biografía de Arango acaso fué donde dejó ver una defensa disimulada, y algo como de la propia persona: "Arango, dice, no podía ser nunca un revoltoso: hombre de orden y con los hábitos de la magistratura, hubiera sido un con-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

trasentido: más, una ingratitud indigna para quien joven aún habrá merecido las más notables consideraciones del gobierno local y del supremo."

En esas biografías es donde, con la fuerza del asunto, se muestra más elegante y agraciado aquel estilo suyo, deslucido por su hábito de emitir sin condensar, que no le venía por cierto de falta de poder para mirar de arriba, en sus ramas y relaciones, las ideas madres, sino por aquel bello desinterés con que escribía, más cuidadoso de la noticia útil, que á otro sirviera como á él, que de la fama que pudiera venirle por la galanura en expresarla. El no tiene el afán del color, ni le persigue la vocal vecina, ni brega con el pensamiento hasta que lo ha puesto en caja durable: su adjetivo no pinta, ni su verbo es preciso, ni muestra en parte alguna de su obra, á no ser en su discurso inaugural de la cátedra de Derecho y Religión, aquel afán, más generoso acaso que el descuido, de servir al lector la idea tersa y resplandeciente, en plato de oro. Pero ese mismo estilo, que con puntuarlo mejor dejaría obras de permanente belleza en literatura, abunda, á poco que se le mire, en frases de sentido sumo, ó súbita energía, ó arranques de delicado sentimiento, ó cierta leve vena de donaire que nunca lo abandona. En lo que no falla á menudo es en el arte de componer, de que sus biografías son muestra excelente; porque sabe fundar el carácter de modo que éste se enseñe por sí antes que lo retoque y complete el biógrafo, y no se pone en lugar del que escribe, ni confunde épocas, ni pierde ocasión de embellecer el relato, donde viene á cuento, con descripciones propias y amenas, que resultan tan vivas después de medio

siglo como acabadas de hacer. Ni se crea que porque un Higginson pudiera decir de él, como de Spencer, que tiene "la debilidad de la omnisciencia," era este saber pasmoso suyo cosa aprendida hoy para olvidarla luego, sino ciencia maciza, aunque de más extensión que altura: porque si escribe de botánica, los botánicos se lo celebran; si de agricultura, los campesinos siembran por su libro; si de filosofía, discípulos eximios dicen de él que "recuerdan sus lecciones con placer inefable," y que "le deben cuanto saben de la filosofía moderna;" si de lenguas, prevee lo que años después confirman juntos los filósofos famosos; si de cosas americanas, no hay quien sepa de ellas que no le tenga por guía cuerdo y por fuente segura; si de historia escandinava, los suecos, cuando apenas le ha salido la barba, lo nombran académico de honor; y "sobre cuanto escribe—dice el conde de Pozos Dulces—derramaba Bachiller vivísima luz."

Pero era la moderación, y cierta mezcla del ímpetu del país y de lengua togada, lo que da á su estilo el tono vivo que viene de expresar lo que se siente. "La naturaleza nunca nos engaña." "Amo la discusión racional, como aborrezco la disputa." "Religión, sí; pero no permita el cielo que la hipocresía ocupe el lugar del convencimiento." "Los ministros del altísimo," la "fe de sus mayores," "los consuelos de la religión," "los honores de la toga." "Cumplid con los deberes sociales y respetad los derechos ajenos." No le gustaba en las polémicas, ni aun en la defensa de sus mismas ideas "tanta alusión y amargura," ni "un fuego excesivo." Le indignaba "la miseria de las nulidades que no pueden soportar el mérito ajeno."

De Espada le admiraba esta frase: "Dios no quiere otra cosa sino que se observe constantemente el orden."

***

Pero lo que enamoraba de él era aquel carácter jovial y sencillo, á que la muerte de sus hijos dió ya, al medio de la vida, la sazón de la tristeza, más no el ceño que en almas menos bellas pone la desgracia. Con saber tanto, jamás pedanteaba; ni se ponía como otros, donde le oyesen—así como sin querer—las novedades que acaba de entresacar de éste ó aquel libro, ó componer, con cierto aire que parezca desorden, en la soledad de la alcoba literaria; ni era escritor femenil, celoso y turbulento, que va dejando caer por donda pasa piedras envueltas en papeles de colores, de modo que llamen la atención, sobre la fama del que con su valer le mueve á envidia; sino que fué, en la amistad como en la cátedra, hombre natural, que decía lo que pensaba con llaneza, sin esconder la sabiduría, que era mucha para escondida, ni ponerla á toda hora por delante; y gozaba como si le reconocieran el suyo, cuando hallaba un mérito nuevo que admirar. Y en las cosas del decoro, mucho más meritorias y difíciles que las de la palabra, no iba él, que sabía harto del mundo, censurando á los caídos y á los flojos; mas no era de los que lo creen todo permisible,—hasta la vileza, si se la puede esconder bien,—hasta el crimen de los crímenes, que es disfrazar la vileza de virtud, —con tal de adelantar en los bienes del mundo y preponderar sobre sus rivales. El amaba el bienestar, y supo procurárselo con las artes lícitas y concesiones prudentes de la vida; pero donde su fue-

ro de hombre podía sufrir merma, ó le querían sofocar la opinión libre, ó le lastimaban en algo su corazón cubano, aquel jurista tímido tenía bravura de tribuno, y era como los de Flandes, que antes que abjurar de su pensamiento querían que se les pegase la lengua al paladar. El fué tipo ejemplar de aquellos próceres cubanos, que lo eran por su amor al derecho y su pasión por el bien del infeliz, á tan de adentro traían, como fósforo del hueso y glóbulo de la sangre, el cariño á la patria, que era como sajarles en la carne viva, ó poner manos en la madre de su corazón el atentar á aquélla á quien, con fe de caballeros, habían jurado en pago de la vida, purísima ternura. Con ella se iban á la desdicha: por ella se sofocaban en el pecho el ardor generoso: por ella pedían á la naturaleza una mejilla más para ofrecérsela al tirano. Para ella viven, y con ella resplandecen. Con ella y con América.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

CARTA

AL DIRECTOR DE "LA HABANA ELEGANTE"

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

New York, 17 *de Marzo* 1889.

Sr. D. Enrique Hernández Miyares,
Director de *La Habana Elegante.*

Mi estimado señor:

No tiene la semana para mí día más grato que el lunes, cuando encuentro en mi mesa, entre los periódicos de Cuba, *La Habana Elegante*, á la que celebraría aquí por el arte de su composición y algo de ala y acero que brilla amenudo en sus versos y en su prosa, si no tuviera que pedirle el favor de la hospitalidad, para aludir á lo que de unas líneas mías sobre nuestro Bachiller, censura en el sesudo artículo "En la Antropológica," *Un Colaborador Asíduo.* (1)

Y aun me atrevo á creer, viviendo tan lejos de Cuba, como vivo, que no me negará usted su acogida por intruso, puesto que á ningún enamorado se le puede culpar porque pretenda excusarse de la tacha con que lo presentan delante de su novia.

---

(1) Se refiere á un artículo de Manuel de la Cruz, apropósito de un discurso del señor Montoro en dicha científica sociedad, y que con el pseudónimo de *Un Colaborador Asiduo*, vió la luz en *La Habana Elegante* el 3 de Marzo de 1889.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

No por lo que se dice "En la Antropológica" que el señor Montoro me honró, señalando alguna opinión mía, en apoyo de la suya siempre valiosa, sobre los méritos de Bachiller como escritor, que no son de seguro cuantos hubieran podido ser, ni tan escasos que un crítico deba suprimir los que le adornaron, al censurar los que no tuvo.

Y veo que "Un Colaborador Asíduo," á quien agradezco las palabras de estimación que sólo puedo deber á la benevolencia de la amistad, alude á lo que se sirve llamar "mi juicio," que rechaza en redondo, sin decir cual sea, por la culpa, que habría sido censurable, de alabar fuera de medida, sin discreción ni verdad, al que valió tanto que no podrán lastimarle la fama ni biógrafos turiferarios ni póstumas rencillas.

Pero yo no dije de Bachiller lo que el "Colaborador Asíduo," sin ocasión tal vez para ver por si mis líneas, supone; ni opiné sin estudio y fundamento, en un caso de esta dignidad, ni puse en Bachiller méritos que no pueda hallarle quien lo lea, ni celebré el lenguaje, sino donde á pesar de sus defectos merece celebración, ni extremé la alabanza por más que para dicha mía se me vaya la mano, con más gusto al encomio que al vituperio.

He aquí lo que dije:

"En esas biografías (de cubanos ilustres) es donde, con la fuerza del asunto, se muestra más elegante y agraciado aquel estilo suyo, deslucido por su hábito de emitir sin condensar, que no le venía por cierto la falta de poder para mirar de arriba, en sus ramas y relaciones, las ideas madres, sino por aquel bello desinterés con que escribía, más cuidadoso de la noticia útil que otro sirviera como

á él, que de la fama que pudiera venirle por la galanura en expresarla.

El no tiene el afán del color, ni le persigue la vocal vecina: ni brega con el pensamiento hasta que lo ha puesto en caja durable, su adjetivo no pinta, ni su verbo es preciso, ni muestra en parte alguna de su obra, á no ser en su discurso inaugural de la cátedra de Derecho y Religión, aquel afán más generoso acaso que el descuido de servir al lector la idea tersa y resplandeciente en plato de oro.

Pero ese mismo estilo, que con puntuarlo mejor dejaría obras de permanente belleza en literatura, abunda, á poco que se le mire, en frases de sentido sumo, ó súbita energía, ó arranques de delicado sentimiento, ó cierta leve vena de donaire que nunca lo abandona. En lo que no falla amenudo es en el arte de componer, de que sus biografías son muestra excelente, porque sabe fundar el carácter de modo que éste se enseñe por si antes que lo retoque y complete el biógrafo, y no se pone en lugar del que escribe, ni confunde épocas, ni pierde ocasión de embellecer el relato, donde viene á cuento, con descripciones propias y amenas, que resultan tan vivas, después de medio siglo, como acabadas de hacer. Pero es la moderación y cierta mezcla del ímpetu del país y de la lengua togada lo que da á su estilo el tono vivo que viene de expresar lo que se siente. "La Naturaleza nunca nos engaña." "Amo la discusión racional como aborrezco la disputa." "Religión, sí; pero no permita el cielo que la hipocresía ocupe el lugar del convencimiento." "Los ministros del Altísimo," "la fe de sus mayores," "los consuelos de la reli-

gión," "los honores de la toga." "Cumplid con los deberes sociales, y respetad los derechos ajenos." No le gustaba en las polémicas, ni aun en la defensa de sus mismas ideas, "tanta alusión y amargura, ni un fuego excesivos." Le indignaba "la miseria de las nulidades que no pueden soportar el mérito ajeno." De Espada le admiraba esta frase: "Dios no quiere otra cosa sino que se observe constantemente el orden."

No es mi intención mantener mi juicio, que perdurará si vale, y caerá si fué injusto, sino dejarlo escrito como es, para que él me condene ó me defienda. ¿Por qué no se ha de decir lo bueno de un autor, sobre todo después de haber enumerado sus faltas y descuidos? ¿Ni qué defensa tiene si es escritor honrado, el que halla la razón, tal vez loable, de un defecto, y señala el defecto y no lo que lo excusa? ¿O se ha de estudiar el estilo aparte del caracter, y no como producto de él? ¿O manda el arte de escribir negar á un escritor unas condiciones porque le falten otras? ¿O es mucho adjetivo para Bachiller llamarlo como lo llamé yo, al recapitular sus méritos "literato diligente?"

No en todas sus obras escribió Bachiller con el esmero de sus biografías y discursos; ni cultivó las dotes que como á pesar suyo resaltan en su estilo; ni puede presentársele como modelo de prosistas: pero sería injusto ocultar las sorpresas gratas del lector al recorrer aquellas páginas de los "Elogios," donde campean con su virtud ingénua nuestros próceres; y sus "Biografías," sentidas ó indignadas. Siempre nos interesa, y á veces nos cautiva. Suele sorprendernos por su elegancia y precisión el que las había luego de desdeñar por completo.

Corre fácil el párrafo, con abundancia y número. Compara con oportunidad, alaba con fervor, increpa en períodos de aliento, donde se le ve el pensar noble, y aun algunas repeticiones y cortes de esos que dan al lenguaje animación y música. Tiene un modo natural y como involuntario de revelar la época y el carácter en un rasgo bien observado y dispuesto. No es el arte de ahora casi perfecto é insaciable, sino una facil sencillez donde el abandono no obscurece la gracia, ni lo imitado y retórico desluce lo indígena é individual. En esas mismas imitaciones, más ambiciosas á veces que felices, se le ve un mérito, y es el de su carácter modesto y leal, criado en la admiración de aquellos maestros de nuestro país que hablaban á la vez la lengua de la Enciclopedia y la de los clásicos latinos. Bachiller no es el primero ni el último de nuestros escritores. Ni hemos de removerle ahora con polémicas estériles las cenizas.

El que padece escribiendo, por dar fuerza á lo que pinta y trasmitió al lector la emoción que lo posee, con la variedad de la música, el colorido del cuadro y la limpieza de la escultura; el que sujeta el arranque de la expresión, que busca por lógica el nivel de la impresión y es falsa cuando no se ajusta á ella ó no la trasmite en el grado y vigor en que la siente; el que con la naturaleza por modelo, aspira á poner en el lenguaje que la describe el monte y el gusano; con preferencia por el monte; á asir y clavar en el papel la mariposa que vuela, el aguila que pasa; á levantar con palabras, de modo que se les vea, la palma magestuosa, con sus coloquios y rumores, y el volcán chispeante, con sus tinieblas y su fuego; ese estima las dotes nece-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

sarias para el trabajo hermoso, donde quiera que las halle, aun cuando no sea con la abundancia que quisiera, como en el campo de batalla ve un soldado con ternura á otro que combate bien, sin volverle la espalda porque sale vencedor, ni maltratarlo porque cae vencido.

Ruego á usted, señor Director, que me perdone en gracia de lo raro del suceso, por el espacio que le robo; y dé en mi nombre gracias sinceras, por su alabanza y su censura, al elegante escritor que recata su mérito bajo la firma de "Un Colaborador Asíduo."

Queda sirviéndole su aftmo. paisano

José Martí.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

DISCURSO

Á FERMIN VALDÉS DOMINGUEZ

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Señor Presidente: Señores:

Vengo á cumplir, con legítimo orgullo, en nombre de los cubanos y puertorriqueños de Nueva York, el encargo de expresar á Fermín Valdés Domínguez la estimación en que tienen su hermoso corazón y su hecho heroico. La tarea es tan grata como difícil. Con la realidad con que, por la presencia misma de su vindicador reviven á nuestros ojos aquellos adolescentes que, como símbolos del alma cubana, supieron salir de la vida frívola á la muerte sublime; ante este espacio mismo que parece, con el misterio y la luz de su blancura, como mudarnos súbitamente el espíritu, de la malicia y pequeñez que en la tierra lo atormentan, á la región de amor y claridad donde viven en fúlgido deleite las almas emancipadas por el sacrificio; ante el temor de que, en las puertas mismas, vaguen aún sus almas sin entrada, manchadas con las manchas de su pueblo, ó negadas á gozar en la eternidad la dicha de que no goza su patria en la tierra,—la palabra se esconde y acongoja. La elocuencia con que se les ha de honrar, no es la de la palabra. En las tinieblas está aún, adonde lo hemos de ir á rescatar con nuestras manos, el altar que ha de recibir el homenaje digno de ellos. Un pueblo libre y justo es el

único homenaje propio de los que mueren por él. Las palabras, como ánforas vacías, rodarían despedazadas de mis labios, si no sirviesen hoy á una sociedad agradecida para rendir tributo ínfimo al que de las entrañas de la tierra sacó, apretadas á su pecho, las reliquias de sus compañeros, inocentes víctimas del odio español á América, y—cara á cara de la tiranía—enseñó al mundo el crimen, demostró á sus conciudadanos la eficacia del valor, y obligó á los culpables á rendir la cabeza castigada ante las víctimas.

No es de nuestro corazón cubano, ni de nuestro respeto, ni de la dignidad de nuestro concepto de la patria, que sólo excluye la opresión y el crimen, recrudecer la memoria harto vehemente del espantable asesinato; ni convidar, con palabra baja é imprevisora, á la venganza y el odio: ¡triste patria sería la que tuviese el odio por sostén, tan triste por lo menos como la que se arrastra en el olvido indecoroso de las ofensas, y convive alegre, sin más enmienda que una censura escurridiza y senil, con los tiranos que la estrujan, los soberbios que prefieren la dominación extraña al reparto de la justicia entre los propios,—y los cobardes, que son los verdaderos responsables de la tiranía! Verdad es que se padecerá siempre de un profundo dolor, como de hoguera que abrasase el pecho ó puñal que se retorciese en las carnes, cada vez que se recuerde el gran crimen, cuando aún se levanta por sobre cada cabeza útil un patíbulo, y el único modo de escapar al del verdugo es someterse al de la honra. Pero la estéril declamación sobre el suceso inícuo, que fatalmente figura entre los crímenes históricos, no sería apropiado tributo á quien real-

zó su persecución continua de la gran maldad, y su glorioso triunfo, con la moderación propia de las almas fuertes, y el perdón sincero de los arrepentidos,—sin caer por eso, con el disimulo de la prudencia, en el olvido inmoral é imposible con que cubre su palidez la cobardía.

El tributo mejor al hombre que, en la soledad tan natural en los arranques de la osadía como el séquito á la hora de su triunfo, se alzó, inolvidable, con la pujanza toda de su pueblo oprimido, y reanimó con su valor las esperanzas patrias, es el tributo que le ofrecemos hoy aquí: el de la constancia en el servicio de la patria infeliz. Y el del regocijo de que Cuba tenga en él corazón de tan puro linaje, y de aquellos muy raros que, en el vaivén revuelto de la vida, y entre sus caídas y desfallecimientos, guardan, como el rayo en las nubes, la grandeza que en las horas decisivas condensa á las sociedades y las salva. Es como imposición divina, ó marca de un fuego superior á la justicia misma de los hombres, la conjunción de un hombre y su pueblo; y cuando, siquiera sea por cortos instantes, llega un hombre á servir á su país de palabra ó de brazo, ya está á prueba de su misma maldad, y la patria agradecida no querrá ver en él el extravío con que se desluce, sino el servicio con que la honró. Se ama tiernamente, aún cuando se les vean las manos en el crimen, á los que la pusieron un día en la libertad, por aquella causa misma de que veamos con horror á los que contribuyen, por la flojedad de su corazón, ó la golosina del buen vivir, al envilecimiento de su pueblo. Pero más bello y útil que esos servidores casuales, es quien de la raíz de la vida viene con

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

aquellas dotes que culminan luego en un hecho excepcional, cuando el aislamiento mismo en que queda la virtud, por la falta de provecho ó de brillo en servirla, invita á los corazones caballerescos á defenderla en su abandono. Desde sus comienzos fué nobilísima la vida de Valdés Domínguez, y su mesa la de los desamparados, y sus amores la ciencia y el país triste, y sus amigos los que estudiaban ó servían á Cuba, y su único enojo el no tener que dar. Él fué preso cuando aún estaba en los primeros libros, y en las bóvedas de la infame fortaleza lloró abrazado, cuando su primer condena, á los mártires de la revolución, que le legaron, con la muda mirada, aquel amor enérgico y rebelde, aquella santa y justiciera altivez, con que había de defender su tierra luego de guías complacientes, hijos olvidadizos y venenosos corruptores. Él, cuando fué de su presidio á España, antes que al placer de Madrid, maleante y faldero, se dió todo, por sobre censuras y amenazas, á la tarea de proclamar la inocencia de las víctimas y clavó el marchamo en la frente de la nación culpable. Él, cuando tuvo gloria con que servir á la patria, no la puso de mercadería, á que le pagase el sonriente opresor la ágil tibieza, ó el arrebato aparatoso que encubre la productiva docilidad, ó la resistencia mansa y nula; sino que la echó entera, descuidado de obstáculos y redes, por la parte áspera y solitaria de la rebeldía y la indignación. Mas la patria tendrá siempre por secundarios todos sus méritos, ante el acto inesperado y difícil que le ha dado asiento perdurable en nuestra historia. Fácil es el heroismo de contagio cuando el arrebato popular enciende el aire, cuando la ilusión de la libertad

oculta á un pueblo estremecido sus obstáculos; cuando el abogado pomposo prende al cabello de sus hijas la flor de la patria, la flor mortal, de aspas de astro; cuando las mujeres, sofocando la tentación perenne del amor egoísta á la infidelidad á la patria y el servicio del hombre, más dañina y punible que las infidelidades del amor, prefiere ver al amante ausente ó muerto que inferior á su deber, ó á los amantes de sus compañeras; cuando el país entero se lanza en el quitrín del paseo á la guerra romántica y literaria. Pero sólo, frente á la turba que no podía olvidar quien la vió ahullar una vez, y sacudir, goteándole la sangre, la cabeza desmelenada,—sólo, por sobre los consejos de los pechos temerosos, ó acobardados por la persecución larga y sutil, ó descorazonados por la pobreza aparente del espíritu público,—sólo, pedir y lograr la confesión exculpatoria ante el cadaver que pudo, á su mera reaparición, desenfrenar la rabia contenida de los que creen que cada pensamiento cubano es un pan que le roban de su mesa ó una joya que hurta el criollo á la corona real,—sólo, demandar justicia, ante una sociedad inerme y aterrada, para los que no tienen ya cómo pagar su defensa en este mundo, ni podían darle más honorarios que un rincón junto á sus huesos..... ¡ah! ese hombre no ha vindicado solamente á los estudiantes de medicina, ese hombre ha vindicado á la sociedad de Cuba.

Ese fué el singular servicio de Fermín Valdés Domínguez á su patria. El dolor natural que nos causa la censura á nuestros conciudadanos, por merecida y oportuna que sea, acorta, por piedad y decoro, la alabanza de un hecho que resplandece

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

más por su rareza en la sociedad que lo produjo: ¡amargo elogio de unos el que envuelve la condenación de los demás! Las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructoso, sino por sus instantes de rebelión. Los hombres que ceden no son los que hacen á los pueblos, sino los que se rebelan. El déspota cede á quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer: no cede jamás á quien se le humilla. A los que le desafían respeta: nunca á sus cómplices. Los pueblos, como las bestias, no son bellos cuando, bien trajeados y rollizos, sirven de cabalgadura al amo burlón, sino cuando de un vuelco altivo desensillan al amo. Un pueblo se amengua cuando no tiene confianza en sí: crece cuando un suceso honrado viene á demostrarle que aún tiene entero y limpio el corazón. Y eso hizo este vindicador: descubrió, de entre sus cenizas aparentes, el corazón cubano: reveló al pueblo de Cuba su unidad y su pujanza. Parecía en su lecho de venenos adormecida para siempre el alma cubana; toda la hez y pereza de España, carnicera vestida de torero,—de la España podrida de la monarquía conquistadora, en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades'—se comía, triunfante como el pus, la sociedad criolla: ya no tenía, por lo visible de afuera, mucho que hacer el afortunado vencedor, y eran los hijos de Cuba, viciosos ó conformes, los soldados más seguros de la tiranía que la avergüenza—¡cuando en este hombre atrevido se alza soberbia toda el alma hollada; pálpase, al verlo, el pecho el pais; hállalo, como siempre, indómito y sano; y dice, por la vengadora voz de este hijo puro:

"Aquí estoy vivo, con el puñal en el costado, y la bravura en el corazón. Ni el cadalso ni el destierro me han domado: me creías muerto, sentenciado, reducido á unos ocho cráneos húmedos, perdidos por las entrañas de la tierra, y aquí me tienes, inmortal como la conciencia, invicto como la justicia, indomable como el honor, y yo creceré como la luz, y tu maldad y tiranía huirán aterradas por las tinieblas de la historia!"

Y aquí he de poner término brusco al encargo que me dió la comisión organizadora de esta fiesta de cariño y gratitud. Mi alma, que sólo al horror de la fealdad humana retrocede rendida, entona como un canto de resurrección, y en la zozobra de la muerte exhala el grito universal, cuando contempla un corazón donde el polvo del camino no ha bastado á apagar la llama triunfante de la virtud. El egoismo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol. En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan, antes que todo, su propio interés, bien sea el de su vanidad ó el de su soberbia ó el de su peculio:—ni hay más que una raza superior: la de los que consultan antes que todo, el interés humano. Sagrado es el que, en la robustez de la vida, con el amor á la cabecera de la mesa cómoda, echó la mesa atrás, y los consejos del amor cobarde, y sirvió á su pueblo, sin miedo á padecer ni á morir: y así es Valdés Domínguez. Pero el amor entrañable que le tengo, porque desde la niñez amamos juntos la verdad y el dolor, porque aborrecemos con el mismo fuego la arrogancia y la codicia que dividen á los hombres, porque derramamos con la misma pasión la amistad que los calma y congre-

ga, porque en la vida nublada perseguimos la misma estrella doliente y adorable, impone á mis labios el silencio en el instante en que desbordarían de ellos el entusiasmo y la ternura. Nos queremos, como de la misma raíz. Juntos gustamos por primera vez la lealtad de los amigos, que es la almohada cierta; y el amor, que suele irse en cieno ó en espuma, ó llevarnos del brazo por la existencia, como un ángel de luz. Juntos descubrimos en nuestra naturaleza el fuego escondido de la cólera patria, que enseña y ordena, desde el sigilo del corazón, y nos juramos á la única esposa á quien se perdonan la ingratitud y el deshonor. Juntos vimos, en la desnudez de las cárceles, la poquedad que suele afear á los favorecidos de la vida, la grandeza que crece inculta, como con menos obstáculo, en la gente infeliz, y la sublimidad envidiable de la muerte por la redención del hombre y la independencia de la patria. Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, ó en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.

Pero el silencio á que me obliga esta amistad, de nada priva al huésped que ya era como de todas nuestras casas, porque es la suya entre nosotros historia de aquellas pocas que se quedan prendidas al corazón del país, y dan al dichoso héroe puesto de honor en todos los hogares, y asilo caluroso en los más tibios brazos. Su pueblo le ha dicho muchas veces, y lo vuelve á decir hoy, lo que le está vedado decir á mi cariño. Para él ya no hay desdicha ni muerte. No viene aquí á la tristeza ni al frío, sino al abrigo íntimo de nues-

tro afecto. Cuanto piensa y siente entre nosotros se congrega aquí á dar muestra pública de aprecio á su valor sin alarde, á su prudencia sin hipocresía, á su corazón sin más flaquezas que las de una desbordada piedad. De la patria ha de padecer cubano tan viril, de la existencia puede ser que sufra su alma ardiente, pero el orgullo con que le vemos los cubanos le dará fuerzas para sobrellevar sonriendo la amargura inevitable de toda vida sincera y generosa. Y esta ternura nuestra no es excesiva, ni indigna del extraordinario mérito que la promueve; sino arranque natural de nuestra gratitud, y como la caricia del corazón desesperanzado á quien le vuelve la fé en el honor y en la felicidad: —porque no hay dicha sin honra y sin patria:— porque cuando desfallezca el corazón cubano, y sienta que ya le llega la turbación de los campos perseguidos, y el tósigo de la ciudad envenenada por la miseria y los placeres en que el hombre busca entretenimiento á la inactividad forzosa ó consuelo á su deshonra; cuando se pregunte el corazón cubano por el hecho mayor, por el hecho único, que después de la guerra ha extremecido á Cuba con la intrepidez excelsa de los diez años de gloria, volverá los ojos, á la hora en que el sol cae, á la fosa en que este hombre leal,—sin que la tímida admiración de la ciudad le fuera defensa contra el rencor de la soldadesca embravecida,—sacó de la tierra, con sus brazos desnudos, los restos del crimen pasmoso por donde muestra España la crueldad permanente que la incapacita, con su corazón de Ovando, para reinar sobre el alma altiva y pía de América, y de pié junto á la desgarradora sepultura, miró al cielo, y vió brillar en él, como

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

astros proféticos, las almas de sus compañeros de martirio. Las coronas de la historia y el corazón de sus conciudadanos son, con justicia, para el hombre que supo, él sólo, tener frente á los déspotas de su patria, el valor que había tenido antes todo un pueblo.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

UN POETA

"POESIAS" DE FRANCISCO SELLEN

PUBLICADO EN "EL PARTIDO LIBERAL"
MÉXICO 28 DE SEPTIEMBRE DE 1890

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Poesía no es, de seguro, lo que ocorre con el nombre, sino lo heróico y virgíneo de los sentimientos, puesto de modo que vaya sonando y lleve como alas, ó lo florido y sutil del alma humana, y la de la tierra, y sus armonías y coloquios, ó el concierto de mundos en que el hombre sublimado se anega y resplandece. No es poeta el que echa una hormiga á andar, con una bomba de jabón al lomo; ni el que sale de hongo y chaqué, á cantarle al balcón de la Edad Media, con el ramillete de flores de pergamino; ni el desesperado de papel, que porque se ve sin propósito, se lo niega á la naturaleza; ni el que pone en verso la política y la sociología; sino el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas; ó batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama á triunfo y á fe al mundo, y mueve á los hombres cielo arriba, por donde va de eco en eco, volando al redoble. Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania ó de Francia.

De Francisco Sellén toda la América ha leído versos, porque él es artista infatigable, que no deja

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

pasar "día sin línea," ni cree que haya gusto mayor que el de cumplir en silencio con el deber, fuera del cual no hay poesía cierta, y propagar el culto de la idea hermosa. Hijo de aquella tierra desangrada que purga en la desesperación una riqueza inicua; hijo de Cuba, á cuyos héroes novicios dió tiempo para errar la indiferencia de un continente sordo, ni pudo Sellén volver adonde es una reconvención cada hoja de árbol, y el amo de cinto y espuelas, con Frinea en las rodillas, escancia en las copas criollas el veneno; ni pudo de su vida rota, de la vida que ofrendó á la patria en la hora triste, sacar la energía poética de quien mora en su suelo natural sin la pesadumbre del aire prestado, y la soledad que espanta á los corazones amorosos. Y como el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado, no afeó el destierro con quejumbres pueriles, ni puso tienda de rimar, donde se rima á todo lo que viene, y hoy sale una oda á la caridad y mañana un estornelo al sinsonte, sino que, cegadas ó interrumpidas, las fuentes de la poesía propia, entretuvo el genio suspenso con la agena.

Un día era Ibsen, y Blumenthal otro. Los griegos eran un mes, y otro los rusos. Estudiaba á Khaiyam, y á Horacio luego. Leía el original, perdido en lo alto del Himalaya ó en las riberas del Anio, y lo seguía por las literaturas, de copia en copia. No era lector de los de á granel, que toma de la mesa lo que le trae el correo del día, y anda de petimetre poético, paseando de diario en diario los últimos patrones, ora lloroso, de dálmata y calzas, con la peluca rubia coronada de margaritas y de no me olvides, ora fatídico, de labios de

cinabrio y ojos de kokol, negro el traje y enjuto, con un hueso al ojal, y el ajenjo en la mano temblador; sino que leía en grupos, ya viendo cada literatura de por sí, en lo que tiene de primaria, ó tomó de las otras, ya estudiando la misma pasión en todas ellas, para notar los modos de decirla, y sus razones, ya comparando á los poetas de un temple, ó de una época, á ver cómo caía la luz igual, en diferentes vasos; hasta que halló que con el pensamiento del hombre pasa como con los árboles, donde son pocas las raíces y muchas las hojas, y que el hombre es sencillo y uno, como se saca de sus literaturas, en que se ve á la vez lo romántico y lo real, sin más diferencia que las que pone en la imaginación, por los sujetos peculiares, el país y época de cada poesía. Vió caída la pompa y la sencillez perenne.

De lo vago y esencial, oyó mejor música que de lo diluído y académico. El apólogo y el apóstrofe le parecieron más propios, en el arte de la imaginación, que la polémica y el discurso. En sí mismo llevaba como cierto crepúsculo, que es el de los que ya saben del mundo todo lo que tienen que saber, y andan con la luz venidera sobre el rostro. ¿A qué el sol, si no lo había en su patria?: ni era verdad el sol, cuando no lo había en su vida. Ya desde que escribió en la juventud su "Libro Íntimo," sabía que por la tierra hay que pasar volando, porque de cada grano de polvo se levanta el enemigo, á echar abajo, á garfio y á saeta, cuanto nace con ala. En los astros silenciosos empezó á poner su amor, y estudió con afán las lenguas de aquellos pueblos de nieve perpetua, cuya poesía, blanca y azul, sube por el cielo en la noche elo-

cuente, con el manojo de flores ventaneras, y por la espalda los cabellos de oro. Ni de sus penas había de cantar, porque es como quitarse el sexo, esta queja continua; ni había de servirle á su patria bombones, y cestos de fresas, cuando su patria, enhiesta entre los cadáveres, señala al mundo impasible, con la mano comida, el festín de los cuervos; ni la vida rutinaria, apuntalada, odiosa, en la ribera del Hudson hostil, le había, ni daría acaso, aquella flor de luz, breve é inmortal, en donde el poeta sazonado por el dolor, cuaja el alma propia. Ni el castellano de erisipela que se usa en los versos, inflado y de colorines, es la lengua precisa y radiante que debe hablar la poesía.

Así, en la busca de lo ideal y sincero, se dió tanto Sellén á lo alemán, donde está vertida la obra toda del hombre, que vivió años enteros, en las cosas de su arte, como olvidado de sí, y como si no fuese poeta él, sin más afán que el de poner ante los demás lo que le parecía hermoso, y tallar y esmiritar el verso, y probarlo á la luz del sol, hasta que le quedaba en los colores naturales;—lo que era faena recia, porque el alemán es rosado y azul, y el castellano amarillo y punzó, y los rayos de la luna se le iban y venían por entre los dedos, sin que hubiera siempre modo de aprisionarlos en el encaje. De Heine, el que vivió con el corazón atravesado, se prendó antes que de los demás,—porque todo el mundo sufre de la puñalada. Por lo tierno é intenso le cautivó Geibel, y lo tradujo con esmero de hermano. El invicto Goëthe le movió menos que Uhland aéreo, y el leal Hartman, y Kerner desamparado y doloroso. En lo sutil de Von Arnim trabajaba un día, y otro

con el ardiente Freitigrath, ó con Bodestedt, hecho al cuarteto firme de los persas, ó con Simniock, cuyas palabras eran cuños, ó con Ruckert, que escribía con las raíces. Su gusto no era que lo viesen á él, sino á ellos. Consolar quería él, y esparcir por el mundo castellano la belleza pura. Y tradujo tan de continuo que pudo parecer, á los que juzgan sin ahondar, traductor nato, que cargaba una urna vacía, é iba echando en ella cuanto hallaba al andar; sin verle el ejercicio de domar la lengua, ni la pasión por la poesía esencial y perdurable, ni la honradez de callar hasta que tuviera algo que decir. ¿Por qué no ha de celebrarse, sin miedo á parecer crítico contentadizo, al poeta fuerte que sale salvo de todas las literaturas, y canta con fe de novio el espíritu eterno de la naturaleza, en la estrofa labrada sobre su corazón?

"Poesías" se llama el libro; y tiene pocas, por ser como el diamante la poesía genuina, en que á veces la vida entera da un solo cristal. Lo primero que cautiva, es la modestia con que el poeta presenta sus frutos, como si fueran ensayos de estudiantes y no obra de maestro, en que cada composición vive por sí, y todas juntas cantan, como coro de diversas voces, la paz final y corona angélica del mundo. En dos partes divide su libro el poeta, "Antes de la guerra," y "Después de la guerra," como un tronco que el rayo ha partido en dos, ni hay cubano que no vaya por el mundo así,—partido por el rayo. Desde la juventud se ve á Sellén dueño de sí, con su pecho por fuente, la tierra por agonía, y por pasión el descanso. Del primer vuelo lo echa atrás el pavor. Nunca esperó, y deseó apenas. Sus

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

"Deseos" son imitados: lo suyo el no desear, que es en lo que se conoce la grandeza. "Humo y ceniza" la ilusión: tiembla de "lo que le falta por andar": quiere "olvidar cuanto existe": supone al cielo más quieto de lo que está, y lo envidia porque está tranquilo "mientras la tempestad ruge en su pecho": pero "el que sufre, calle": el que desfallezca, mire al hogar, al hijo en que continúa la vida, á la tarde solemne, ¡y vuelva la mano al arado! Lo amará todo el que lea su canto á *Las Mariposas*, que es como juego de iris, de una pena bella, que se queda en el alma. Todo tiene para él espíritu y pena, y por todo sufre, para todo se "abre su amor en el infinito." El ver las flores, le da deseos de subir hecho centella al cielo, para beber del agua encendida y bajar sobre el mundo con las alas abiertas, "derramando á raudales, dicha luz y libertad." Jamás, jamás hablará de su dolor, para no prostituirlo, y porque de su dolor solo ha de decir el hombre lo que aproveche y consuele al género humano; pero la muerte es lo que apetece él, "la eterna aurora," "el lecho voluptuoso." De gigantescos lirios, á la bajada de la noche, parece ascender, como bandada de vírgenes, la primera estrofa del "Himno á la muerte." Sobre aromas, como una reina aérea, pasea la muerte por el mundo. Novia amable es la muerte, y no bruja famélica. Ya se va á abrir el mundo. "como una inmensa flor." La Vírgen de la Piedad, con el Cristo en los brazos, es para él la muerte, que recibe en sus brazos al hombre. Y el ave de las Tempestades, en símbolo casi sublime, negro el plumaje y fatídico el canto, tajando el nubarrón y arrebujándose en la bruma, entona

serena, al fulgar del rayo, el himno fúnebre de los que "murieron en el mar."

Acá, enamorado de una imagen, peca por repetir en ella lo que dijo con la anterior, ó desluce un cuadro natural con una palabra metafórica, ó remata la estrofa, con una rima de estampilla, ó rebaja el verso con un epíteto fácil, ó da al diptongo, con la autoridad engañosa de la prosodia, más valor del que en música y lógica debe. Pero el estilo aunque inseguro á veces en esta primera parte, va ya en ondas y masas de uno ú otro color, que se mecen si canta "Ondas del Río," ó zumban, giran, y se paran jadeantes, como las parejas frenéticas y revueltas de "Un Baile en Cuba."

***

¿Y la segunda parte escrita al poniente de la vida? Del remolino de los hombres; más libre en el aire azul por lo estrecho y prolongado de la prisión, surje "El Condor Cautivo" de monte en monte, rasgando á pico las nieblas, aleteando entre lavas y humos, poniéndose los rayos de corona, metiéndose entre los soles, á ver cuál es más, si él ó los del cielo. Suena un himno de victoria; pebeteros son las montañas; peldaños los astros; las estrofas, con la verdad al hombro, suben de nube en nube, como doncellas con sus ánforas; el poeta, magnífico, proclama en las alturas la fraternidad universal; la fe nueva desciende, en la aurora épica, sobre el espíritu del mundo. Todo palpita y canta: de inefable ternura se llena el pecho humano, que es uno con el astro y con la flor: la beldad del dolor hermosea el rostro, y purga la tempestad ó la naturaleza, como la llama

del tronco que se consume, de la muerte, que depura y transforma, exhálase la vida, alegre y nueva: todo palpita y canta. Y el poeta esencial y absoluto, en la visión de la espiritualidad superior, padece suavemente, como la mirra del incensario, y se da al aire repleto de vida, á que lo lleve, en sus giros y vuelos, con las aromas que suben y las almas desembarazadas, adonde en el pináculo de la luz, como joyas que vuelven á la corona descompuesta, encajan en sus cuencas, centelleando los orbes.

El dolor delicado y continuo, por donde el hombre se conoce y ennoblece, acendra y eleva el espíritu que se abraza á él como á la verdadera salvación y la cruz que ensangrentó los hombros viene á ser el áncora con que el alma despercudida se clava al puerto eterno. Y como el fuego con el cuarzo, que por las grietas humeantes suda el oro hermoso, así el dolor, con su llama perenne, descubre, entre la escoria que cae, lo verdadero de la vida. El dobla la fagina de castigo, al soldado rebelde que quiere subir á las alturas sin haber cortado con sus manos el árbol del monte, y labrado en angustia los peldaños: él echa á tierra á latigazos, y lo vuelve á echar cada vez que se levanta, al perezoso que quiere entrar de copa y coche sin pagar portazgo, por la puerta que lleva de la desdicha del mundo á la perpetua dicha: él consuela á los que padecen sin miedo, y gozan en padecer, insinuando en el alma depurada la certidumbre de la serena eternidad, y el parentesco de todo lo creado. De un solemne sentido, grato como la música, empieza á henchirse el mundo, y de un puro perdón, que se derrama por el alma y

la deleita. Cada pena trae su haz, con que se nutre la hoguera de la fe en lo espiritual y venturoso de la vida culminante del Universo, adonde todo asciende por la prueba, y de que es esta vida de ahora mero retazo y áspero preparativo. Un sentimiento como de familia, vago y feliz, y una claridad excelsa y ténue, suceden á la duda rudimentaria, el pueril descontento, ó la satánica turbulencia: se va por entre voces, luces é himnos: como los lirios del campo se abre, á un sol invisible, el espíritu enagenado; y á los acordes, espontáneos y continuos, de la lira universal, ora graves y lentos, oro estridentes y retemblando de pavor, pasan, exhalando alma, los órdenes de mundos, Y en su marcha gloriosa, y en la función y harmonías de sus elementos, el poeta sazonado por el dolor, vislumbra, para cuando se perfeccione la sabiduría, el canto triunfal de la última epopeya.

Cree Sellén en "Preexistencia," poesía famosa ya en castellano y en inglés, que en otra vida, que no sabe cuál fuese, ensayó ésto: "la palabra es inútil para explicar lo que sólo se percibe con el alma": en "Panteismo" saluda en el Universo al "glorioso agape que no se ha interrumpido jamás, al vaso misterioso y eterno donde beben todos los seres de hoy, y los que han sido": en "Transformación," con alegría primaveral, entona "el himno poderoso que resuena desde el origen obscuro de los tiempos": en "Meditación," ido el espíritu, ve, al resplandor de los cometas fúnebres, rodar, gélida, "la tierra vacía:" en "Aspiración," no osa afirmar, con el rigor del juicio, lo que le canta con sus voces firmes la naturaleza, pero pide á los astros, "atormentado por un anhelo inmortal, que

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

lo lleven en su ronda bullente al palacio de lo infinito, al piélago que vierte la inmensa catarata de diamantes." Pero no es ya su afán aquella ansia, excusable en la juventud, de salvarse del padecimiento por la muerte, y de huír adonde no se sufra. El dolor inevitable florece en su vida, y llega á llamarlo "lo único eterno y verdadero," mas luego ama su pena, porque se ve por ella hermano de todo lo vivo, y descubre la hermosa verdad, que es la de consolar á los demás, por ser más propio del hombre, aunque no lo parezca, el derramar consuelos que el recibirlos, como se ve cuando se recibe un bien, que no es tanto el goce como cuando se hace. Sellén padece, hasta caer sin sentirlo en penas de imitación, y despedirse del "sol de las ilusiones" en una "Tarde de Otoño," ó entristecerse porque no ve el Mayo en sí, cuando en todo lo publica su "Mañana de Primavera;" pero su pena no es de adorno, como la de los dudadores de oficio, que no ve que en la creación todo aflrma y persiste, y se va en cuanto la doncella sirve los vinos y pasteles; ni le copia á los franceses el pesimismo traducido del alemán; sino que en la dicha que le crece de su mismo dolor, como la aurora que sigue á la noche, y en la limpieza celeste que de la obediencia al deber y el conocimiento de lo natural le queda en el alma, tal como el aire puro que corre en las alturas, aprende sin violencia, con el testimonio unánime de cuanto existe, que lo eterno es apetecible y hermoso, y que á la pena se le ha de cortejar, en vez de huír, porque el que renuncia á sí, y se doma, entra desde esta vida en un goce de majestad y divino albedrío, por donde el espíritu,

enlazado con el universo, pierde la noción y el apetito de la muerte.

No es la suya la eternidad sombría de Leconte de Lisle, ni los vivientes son para él, como para Leopardi, "imbéciles" "irreparables," ni proclama la muerte final y la inutilidad de vivir, como Luisa Ackermann; sino que de un impulso salta de sus penas á las cumbres universales, con la llama en el casco, como los guerreros de las fantasías. Plumas de ave del paraíso tienen sus estrofas, cuando canta el universo permanente y radioso. "En todo existe un alma:" "La nota de una canción olvidada revela al alma su existencia anterior." "El mundo es una harmonía, una llama que no se extingue." "La vida va del sol al átomo, y del hombre á la estrella." Es vida todo, y luz, y movimiento.

En sus poesías más personales, que son las menos, persiste ese concepto majestuoso de la creación, "cuyos árboles son como su alma;" clavada por la raíz y con el ramaje al cielo; y "la corriente del golfo," como los recuerdos de su niñez, que canta en versos caudalosos y graves, de modo que la imagen osada se justifica por el volúmen y nobleza de las voces; y si va á la "Orilla del Mar," que es para él "el principio de la vida," no será como rapsoda desmelenado, á enderezarle odas de tambor, ni á lo pontífice académico, con el concurso delante, como en un teatro, para que se miren unos á otros, y digan que está bien, y que ha resucitado Píndaro, sino á anegarse en su silencio augusto, y á convidarle á que se despeñe sobre "las gehennas espantosas y las ergástulas infames."

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Ama al buey lo mismo que Carducci, y lo celebra en un soneto que parece ventana del Japón, fino como la mejor ebanistería, por donde se ve, recortado en lo azúl, el lomerío florido, con sus valles verdes, y allá, en un boscaje ameno, la casa del labrador, como un grano de oro. Helios es para él "divino;" y aspira en sus versos á la belleza griega, que seduce por la razón del conjunto y aborrece la línea extravagante; pero no es su helenismo de ese segundón que traspone á las leguas de ahora los idilios de flauta y pezuña, y echa á andar á los sátiros de chistera y casaca, sino aquel sabio acuerdo de la idea y el lenguaje, por donde la idea no queda vestida de sobresaya de tres vuelos, con pasamanes y rebordes, sino imponente y lisa, como una buena estátua,—y aquel arte de expurgar del asunto todo lo que no lo ayude y realce, sin poner en cada detalle tanto color que se desfigure el dibujo por él, ni tampoco que salga el dibujo torcido ó escaso. Porque lo eterno de los griegos no es lo que nos cuentan de Atys y Cybeles, sino la ponderación y armonía por donde alcanzaban la plenitud de la hermosura. Ni entiende Sellén por helenismo lo que otros, que cincelan el mármol, y se olvidan de ponerle sangre, sino que en sus versos, bellos como el potro espumante y enarcado que cabecéa de la mano del domador, corre fogoso é imprevisto, el romance que constituye y anima la poesía.

No es poeta de una nota, que unas veces la dá en la guerra, y en la gaita otras veces y otras en el caramillo; sino que expresa la pasión, que es lo esencial de la poesía, como lo quiere el estado de su alma, ya manso y contemplativo, como el fuego ahogado en el rescoldo, ya ondeante como la lengua de la hoguera, ó despeñado como ola de lava. Su amor no es cifra escrita sobre la arena, sino geroglífico tallado en la pirámide: "la que lo ama es como un templo nuevo que recibe á su Dios;" cuando se besan, brota la centella, y el mundo se pone á loar. Si canta al amor pagano, es pagano él; y es india joven, cuando canta el areito de la india. Entre lo muy bueno del verso castellano, merece figurar la balada dramática de "Los Fugitivos," por la estrofa que se columpia en la mar, como la nave donde huyen, ó tiembla, como la barba del padre que los persigue. Y en la del duelo de los hermanos la estrofa espantada galopa y ojea; y con el caballo del ginete muerto se hunde tras el matador en la tumba. Si describe "La noche tropical," no se pone en ella á desarreglar el cuadro con su persona intrusa, como los poetas personales, sino que la persona se ve donde debe, que es en el arte de pintar la escena de modo que dé ruido, misterio y pavor, ya con los grupos de acentos, dispuestos vagamente ó apiñados de súbito, ya con la semejanza de la frase y el lance ú objeto que describe. Y si la que ama lo hace padecer, se vengará en "Injusticia," besándole la mano, ó escribirá, con amor grandioso "Las dos olas:" ¡á la par por el mundo, el hombre y la mujer! ¡de mano por el mundo, los dos que han sufrido! No es hombre para quejarse del peso, como amante de tocador, y andar sobre los demás, chupando almas y dejándolas en gollejo al borde del camino, sino para acompañarlas mano á mano, cantando en la pena la canción del valor: y si se le cansan de andar, echárselas al hombro. A su

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

patria la adora, y ama al pobre delicadamente, por lo que no se pone á decirlo, de corbata blanca y plastrón, con un vaso de agua y azúcar sobre la mesa, como tantos que salen á dar limosna en verso, y á compadecer de oficio, como si el dar limosna en público no fuera siempre feo, en verso como de cualquier otro modo.

Al pobre, del "cielo mismo bajará á derramar sobre él ventura:" A la patria, en la hora de pelear, le ofreció la vida. Y si canta á la patria, humearán como pira, sus octavas *A la Memoria de los Héroes;* llorarán, como madres dolientes, sus décimas *A Cuba;* esconderá, como en el *Canto de Espera*, la espada entre flores; vibrará, como el caracol, de colina en colina, el *Canto de Guerra.* Sus versos patrióticos relucen, bruñidos como fusiles. Pero no rebajará con la pompa verbosa la dignidad del más delicado de los sentimientos.

Así se enseña, con más que uno ú otro reflejo de sus lecturas, este poeta salvado de la erudición, que brilla por sus poesías originales en época de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros, sin ceñirse á sacar del estudio del ajeno, aquel conocimiento de la identidad del hombre, por el que las naciones, aún rudimentarias, han de perfeccionarse y confundirse, sino bebiéndose por novelería, ó pobreza de invención, ó dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona ó traducida, sale al mercado ahito.

En América se padece de ésto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjár rehervido, reciben de España; ni tienen aún, por la población revuelta é

ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más por su novedad poética, que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. Ya lo de Becquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce al original precioso; y lo de Nuñez de Arce va á pasar, porque la fe nueva alborea, y no ha de regir la duda trasnochada, porque traiga, por único mérito, el manto con menos relumbrones que el del romanticismo. Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza á privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho qué decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa á veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, ó riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, ó toman como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética, en pueblos podridos ó aún no bien formados.

Para Sellén fué mayor el peligro, por haber andado desde joven de Pettofft en Gogol, y de Tirdusi en Hugo, y por tener su morada constante en los Estados Unidos, donde se dió en poesía el misterio de Poe, y la oda profética de Emerson, y el ritmo revolucionario de Walt Whitman. Por sobre todo, con su pena oculta, pasa inmaculado el poeta, y atento á la canción universal, proclama, con fe vaga y ardiente, imperio de la dicha, la

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

fuerza de la virtud y la espiritualidad del mundo.

Y no es que otros no hayan hallado de Lucrecio á acá, "el alma de las cosas," ó que lo que vuelve á decir Sellén no se ha dicho antes. Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas. Confirmar es crear. Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir cómo está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo. ¡Pues no veamos un árbol porque es plagio, puesto que los hombres están viendo árboles desde que nacieron! Y cada hombre que nace ¿no es un plagio? El que saca de sí lo que otro sacó de sí antes que él, es tan original como el otro. Dígase la verdad que se siente, con el mayor arte con que se pueda decirla. La emoción en poesía es lo primero, como señal de la pasión que la mueve, y no ha de ser caldeada ó de recuerdo, sino sacudimiento del instante, y brisa ó terremoto de las entrañas. Lo que se deja para después es perdido en poesía, puesto que en lo poético no es el entendimiento lo principal, ni la memoria, sino cierto estado de espíritu confuso y tempestuoso, en que la mente funciona de mero auxiliar, poniendo y quitando, hasta que quepa en música, lo que viene de fuera de ella. Por ahí peca alguna vez Sellén, que no peca mucho; como cuando dice "Adiós á la Juventud," en unos alejandrinos compuestos de penas viejas; ó cuando de las memorias de lo pasado escribe "Calma," que no le salió tan feliz como otros versos suyos, porque en poesía, como en pintura, se ha de trabajar con el modelo; ó cuando en el mismo "Mar," se nota, por el desmayo de ciertas líneas, que no fueron escritas sobre la roca, como debieron ser, con la mano húmeda

de los chispazos. Pero por lo común Sellén, que es poeta honrado, espera la hora de rimar, sin violencia ni afán de que lo vean, y cese en cuanto cese la emoción. La poesía ha de tener la raíz en la tierra, y base de hecho real.

Se desvanecen los castillos de nubes. Sin emoción se puede ser escultor en verso. ó pintor en verso; pero no poeta.

Mas lo que da á Sellén carácter propio y derecho á sentarse con los mejores, es la novedad de trabajar el verso como arte que es, y bregar con la emoción, sosteniéndola ó podándola hasta que entra en la turquesa que le conviene. No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcáicas ó violentas; ni en deslucirle la beldad natural á la idea poética poniéndole de tocado como á la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza ó señorío aviven el verso ó le den paso imperial, y silben ó zumben, ó se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo ó se aflojen y arrullen, ó acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado. Lo que se dice no lo ha de decir el pensamiento solo, sino el verso con él; y donde la palabra no sugiera, por su acento y extensión la idea que va en ella, ahí peca el verso. Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dactilos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren iambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas. En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

ha de oirse la ola en que estalla, y la que le responde y luego el eco. En el aparato no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en que el verso salga entero del horno, como lo dió la emoción real, y no agujereado ó sin los perfiles, para atiborrarlo después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, ó remendarle las esquinas con estuco. Por no alterar la impresión primitiva, ha dejado Sellén, por acá ó por allá, una línea prosáica, que pudo con su habilidad, colorear según él sabe, y dotar de alas, como ha de ser toda línea en poesía, que es arte aéreo, donde no tiene puesto el mero raciocinio, ni sus giros trabados, ni sus voces. Aún prefiere la elegancia latina á la raíz criolla. Aún es "umbría" la selva, y tiene "sed de lo ignoto," y "esperanza" rima con "lontananza;" pero apenas en esta segunda parte hay versos catalécticos, ni hipermétricos. La línea va docil por donde el poeta la lleva. El lenguaje, vivo y feliz, parece brisa y orea, si pinta "El Amanecer," ó es lento y vago, en la "Tarde de Otoño," ó en el "Mediodía de Cuba," caliginoso y resplandeciente. "Los soles de zafiro brotaron como escuadrones de los abismos mudos;" "el gran dosel de pedrería sublime:" "quiere fundirse en la esfera brillante y adiamantada" "á la rueda del tiempo le atará lazos de seda y de flores." Parece que se ve subir por el aire, como el aroma de un rosal sacudido suavemente cada vez que se leen las estrofas "A L...." donde enseña con el ejemplo cuanto va de la idea en el arreglo de las palabras, que en el arte de escribir es decisivo y sólo los ignorantes descuidan ó motejan. Retozan los versos como el nenufar, cuando travesea con ellos el aire del lago. Pasa el verso, hostigado y huyendo, cuando pasa el perro jíbarro. Cada cuadro lleva las voces del color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas, y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes, y lo negro otros dilatados y obscuros. Con unas vocales se obtiene un tono, que quedaría con otras falso y sin vigor la idea; porque este arte de los tonos en poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, ó no decirlo. Así Sellén, maestro en su lengua, pondera los acentos, y los reduce ó acumula, de modo que cada composición halague á la vez los ojos y el oído, y llegue á la imaginación por ambas vías. Desbocará el verso, ó lo tremolará ó lo plegará al asta. Y cuando quiera pintar en "Panteismo" los aspectos múltiples de la naturaleza, en cada línea pondrá el nombre substancioso que conviene y el epíteto justo; y cada estrofa será un aspecto nuevo, apacible ó terrible, y el encrespado después del llano; y todo lo calculará con sutileza de orquesta, á fin de que por lo variado corra lo uno, y los tonos distintos, ligados á una voz, rompan con fuerza de coro, en el cántico final, é impere en el poema, como en toda su poesía, la música simple y colosal del Universo.

***

Y si algo faltase, fuera del decoro, y viveza de su inspiración, para explicar la enérgica sencillez é íntimo encanto de esta poesía artística, sería la noble paz á que, por la escalera estrecha de la vir-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tud, ha llegado, siempre venciendo, el poeta. Dicen los que lo conocen que no tiene en su mesa de emigrado vientres de trucha que ofrecer á la gacetilla complaciente, ni túnica nueva en su guardarropía para los críticos de mala ropa. Dicen que por entre sus libros, puestos en hilera con esmero de novio, pasa todas las tardes, de vuelta de la labor, al cuarto donde padece, clavada á su enfermedad, la esposa que se mira en él, y no cree que su espíritu sea de hombre como es, sino el de las flores que él mismo le riega, antes de salir al trabajo, en su ventana. Dicen que de su corazón limpio y severo, manan hilos de sangre silenciosos, y que su vida ejemplar se ha consagrado á la benignidad y al sacrificio.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

ESPADERO

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA VELADA
ARTÍSTICO-LITERARIA
DE LA SOCIEDAD LITERARIA HÍSPANO-AMERICANA
DE NEW-YORK
EN 3 DE MARZO DE 1891

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Señoras y Señores:

Muchos años hace, porque los años que se pasan lejos del suelo nativo son años muy largos, en una tarde de Mayo en que estallaban al sol tierno las primeras lilas, ví al gentío de seda y encajes, de petimetres y marquesas, de generales canosos y de duques, levantarse entusiastas de sus asientos, vitorear una música entrañable y conmovedora, proclamar, en el aire lloroso, al que enviaba á la corte feliz el dolor de la noche, la queja de las sombras, la plegaria de los cañaverales. Era Madrid: la sala famosa de los conciertos de Madrid, que aclamaba *El Canto del Esclavo*, de Espadero. La Sociedad Literaria hace, pues, bien en tejer, con las rosas de su casa, una corona más para aquel que aprisionó en sus notas, como en red de cristal fino, los espíritus dolientes, que velan y demandan desde el eter fulgoroso y trémulo del cielo americano. La Sociedad Literaria no podía cerrar sus puertas, abiertas de par en par á la gloria, cuando llamaba á ellos una noble mano de mujer (1) pidiendo con derecho de hermana, la caridad de una flor para la tumba del genio austero y compasivo.

---

(1) Alude á la distinguida pianista señora Isabel Caballero de Salazar, quien organizó la velada.

No he de decir aquí, porque todo el mundo lo sabe, que el músico creador á quien rendimos homenaje, no fué artista de mera habilidad, que saca del marfil jadeante y estrujado, una música sin alma: ni lacayo de su tiempo, que al esqueleto de su patria le pone sobre la oreja una moña de colores, ó de gritos salvajes compone un baile impuro, para que lo bailen, coronados de adormideras en el gozo del fango; sino salterio sensible, que en la limpieza de la soledad, cuando cae sobre el mundo lentamente el bálsamo de la noche, ve alzarse de las maravillas, volando de onda en onda, el alma de la flor, y danzar sobre el río, con la nota en los labios, á las doncellas de agua y luz, y á las palmeras, como madres deshechas de amor, acojer en sus ramas á los espíritus que huyen de la tierra con el rostro cubierto, sangrando y despavorido: era arpa magnífica, que en la fiereza del silencio, entona un himno fúnebre á todo lo que muere: saluda con alborozo de aurora á lo que nace; recoje en acordes estridentes los gritos de la tierra, cuando triunfa la tempestad y viene la luz del rayo!

De lo que sí no se puede dejar de hablar, porque por ahí se medirá más tarde la alteza del hombre, es del montaráz sigilo en que cuentan que vivía aquel domador de notas. ¿Ni cómo había de vivir, siendo sincero, aquel peregrino que pasaba por la tierra, como todo artista que de veras lo es, con la ira y desdén de quien ve luces, que no ven los que le rodean, y entreoye acentos que la zahurda vulgar no le deja oir, y se revuelve áspero, contra los que no le dan tiempo, con el bufido de los fuelles y el martilleo de las forjas, á levantar, en el encanto de la luna, su torre de aspas, de estrellas

y de cristales? ¿Cómo, sino tétrico y fuera de sí, había de vivir, con su poder de unir encantos, las voces del conjunto, y en una nota un haz de esperanzas y de penas, quien no vino al mundo en aquellas edades en que las almas, afinadas en coro, remedaban con su unidad en esta vida la plenitud de la obra, sino en época y tierra de retazo, donde ni la música de lo interior ni la de ciencia de afuera, hallaban en torno suyo harmonía y estímulo, sino perturbación, fealdad y espanto?

¡Bien hace, de veras, la Sociedad Literaria en llevar con este concierto de espíritus, un alivio póstumo á la tumba de quien acaso sacó su música más bella del choque del espíritu excelso, con la vida que se lo ofendía y acorralaba! ¡Bien hacen estas manos caritativas de mujer, en poner en la tumba del artista desconsolado la limosna de una flor!

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

DISCURSO DE JOSÉ MARTÍ

EN "HARDMAN HALL" NEW-YORK

EL 10 DE OCTUBRE DE 1890

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

CUBANOS:

OTROS llegarán sin temor á la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes: yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie, y decir: "¡presente!"

¿Ni qué falta por decir, ni qué soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar á los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan: porque el hombre acude á la fortuna, como el mendigo al sol, y esquiva el sacrificio oscuro y la sombra del silencio: aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, ó no se ejercitó con desinteres y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo á brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombro de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene, en angustia heróica, á oir con cariño, á alentar con su presencia, á coronar con su aplauso á los que, con el ejemplo de ayer y con la palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es facil volver, al hijo á quien un decreto superior á la vida manda seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y qué es lo que dicen estos hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba á sentar, y se sentó al pie de nuestra bandera? A nuestra patria, de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: "¡Patria, más querida mientras más infeliz, y

más bella, mil veces, á nuestros ojos, mientras más debil y abandonada! tu semilla dió fruto; las frentes que besaste te son fieles; la sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos á tu espada empuñadura de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan á tender las manos!"

Porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heróicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos á dejar caer la espada. Epoca de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, é indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entra en revolución no sale de ella hasta que se extingue ó la corona. No han entendido que la política científica no está en aplicar á un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras; sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución era

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando ó amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar tanto á los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crecer é influir en junto. No han entendido que en la guerra, á pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente, los intereses y hábitos criados en su ejercicio, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva,—como que existen, tan graves como antes, las causas de la anterior,—había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, sino es fundar? No es ir de lira ó de bonete por el mundo, trovando y arguyendo, con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde ó un barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber

contínuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, á despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantenemos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman á su patria y quieren ahorrarle males, tener preparado el pais para la guerra. Por supuesto que es lícito, y tan patriótico como lo que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve á la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito, y más práctico continuar, con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis; ni está para paciencias el sentimiento estremecido; ni el ánimo llevado á las alturas por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que hemos visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda á cuyos brazos no volvió nunca el compañero, permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución que en la academia política fuera menester: aunque á todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política,—porque el

sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discreteos y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere este público, cuando le vino un estado mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases y muchos cordeles, y muchos cálculos y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: "¡Al diablo las maniobras: arriba y á ellos!" Pero la política es un arte muy delicado y complejo; y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores: es nuestro pueblo nuestro corazón, que no hemos de querer que nos lo engañen ni nos lo destrocen: es nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un empeño fanático, en foro de leguleyos ineptos, ó en hato de generales celosos, ó en montón de cenizas.

Si se nos salta el corazón ¡cómo no se nos ha de saltar! cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes, en el silencio de los montes, lleno de consuelos, á uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando, que montó á caballo cuando el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto poseía. Si se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento, cuando oímos de algunos labios asombrados, por-

que de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner con lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, ó sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llama. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos,—¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!—cuando vemos vivo, ó veneramos muerto, á uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias!—ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad: ¡diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican y el corazón de los pueblos es de los que osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos, cuando, rendido con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al són del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos, la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al czar y Schamyl callaba. Cosacos y kurdos y turcomanos pasaron, vitoreando, de amarillo y de azul, ó de espadón al aire y banderola, y Scha-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

myl callaba. Y de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, tendiéndoles desde el alma los dos brazos: "¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!" Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando á mal esta honrada admiración nuestra, yerra á sabiendas el que diga, como por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone delante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen á muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonra cuando deshonra á los demás; ni á su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse á ella; ni nos conocen á nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuese una de las que nos hubiese quedado de la guerra; si con la golosina de la pereza ó el hábito del mando hubiese acabado éste ó aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición ó mercancía de patriotismo; si los que despertaron á

nuestra libertad virgen, y la escoltaron diez años por los montes pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra; otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí, y sabemos por qué estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aun cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería á éste ó aquel pretendiente militar, errante por oficio ó despótico por naturaleza, á quien habría que temer; ni á los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles á la patria por ser fieles á un jefe y traidores al bien público por sumisión servil á su capitán; sino á los hombres civiles sin propósito ni carácter, que por su pusilanimidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó á conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen á la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, ó usado como mero instrumento y cómplice, á menos que, á la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

morir, para que la respeten los que saben morir. No son los admiradores ciegos del prestigio militar los enemigos más temibles de la república; sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan á ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La historia verdadera no enseña que los pretendientes militares,—que por lo general sólo arrollan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente,—sean tanto de temer como los letrados incapaces que en el momento decisivo de la acción, dan tiempo á que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente á la sombra de su autoridad, ó le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún á nacer, si las militares, ó las civiles!

Pero si por este lado padecemos, y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea á la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza á levantarse desde que la piedra se empieza á formar en la montaña; los que vemos al cubano errante, hijo de la revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, y en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe que no pueden tener los que vinieron á la guerra con el corazón flojo y maleado por la capitanía general,—ó en los diez años del he-

roísmo vivieron lejos de él ó con los que lo fusilaban,—ó no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre, y ven por sí, y en cabeza de otros, los peligros contínuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, á ese ingenio cubano nuestro, á la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no obscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente la injuria y desafía, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo á la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid, y su lengua grosera; que á su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos como se ha de poner el pecho á cuanto nos parezca amenazar, de fuera ó de adentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores; ni imaginamos, crueles y desagradecidos que el único modo de resolver nuestro problema

BIBLIOTECA CENTRAL
UAN L.

social es enconarlo: ¿de qué sirve tener á Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volanta y calesero, que no habla con los que van por el mundo á pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas, y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y si les ayuda la justicia pueden volcarnos la volanta. No creemos que el arte de gobernar un pueblo mixto, en que están unidos por la sangre, y aun por el apego á la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aun cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino en pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego á quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar á nuestra casa para que nos gobierne á un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública á sus adversarios vencidos, apedreó por las calles á los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de

decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos! No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá á su hora y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con unos treinta locos, que llamaron luego "inmaculados," de fuga por los montes, con un imperio á la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo, á quien el discurso de un poeta libró por cierto de morir, es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra,— la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratados en moda ahora, que aunque le saliesen á España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitória, que de un modo ú otro ha de venirse abajo, sacrificase la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer, y son carne perpétua de su carne; aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del tratado se habría de crear, una liga odiosa, y á la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodati-

cio del cubano; aunque con el gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país,—¡con la fuerza del pan nuevo le volvería á la sangre dormida la memoria, la dignidad latente azotaría el rostro en cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazones reanimados el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos; con este cuidado preveemos; con esas miras preparamos; así adelantamos atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respecto á los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, á los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clases, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve á la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo á otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Obra de hombre prometemos. Si el clarin suena de allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos

á donde nos llame el clarín. Y si por la timidez contína de los intereses esperanzados,—ó por el freno que á la guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles, —ó por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad,—ó porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés que nos está comiendo ya las carnes; —si por habilidad de nuestro opresor ó culpa nuestra, se fueran dividiendo allí los que se debieran unir, y cayéndose á tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar,—aquí, de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, á los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!

BIBLIOTECA CENTRAL
UANL

F1759
M3
v.2

CAP.8047

AUTOR
MARTI, José
TITULO
Cuba
FECHA DE

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.